
EL
DIRECTOR
RENEE ROSE
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

EL DIRECTOR

SERIE CHICAGO BRATVA

LIBRO DOS



RENEE ROSE

Traducido por

M ZACHS

RENEE ROSE
claimed by love

ÍNDICE

Libro Gratis de Renee Rose
Nota de la autora

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

¿Quieres más?
Libro Gratis de Renee Rose
Otros Libros de Renee Rose
Sobre Renee Rose

Derechos de autor © octubre 2020 The Director y 2025 El director por Renee Rose y Renee Rose Romance

Todos los derechos reservados. Esta copia está destinada ÚNICAMENTE para el comprador original de este libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en cualquier forma impresa o electrónica sin la previa autorización por escrito de las autoras. Por favor, no participe ni fomente la piratería de materiales con derechos de autor. Adquiera solamente ediciones autorizadas.

Publicado en los Estados Unidos de América

Wilrose Dream Ventures LLC

Renee Rose® es una Marca Registrada de Wilrose Dream Ventures LLC.

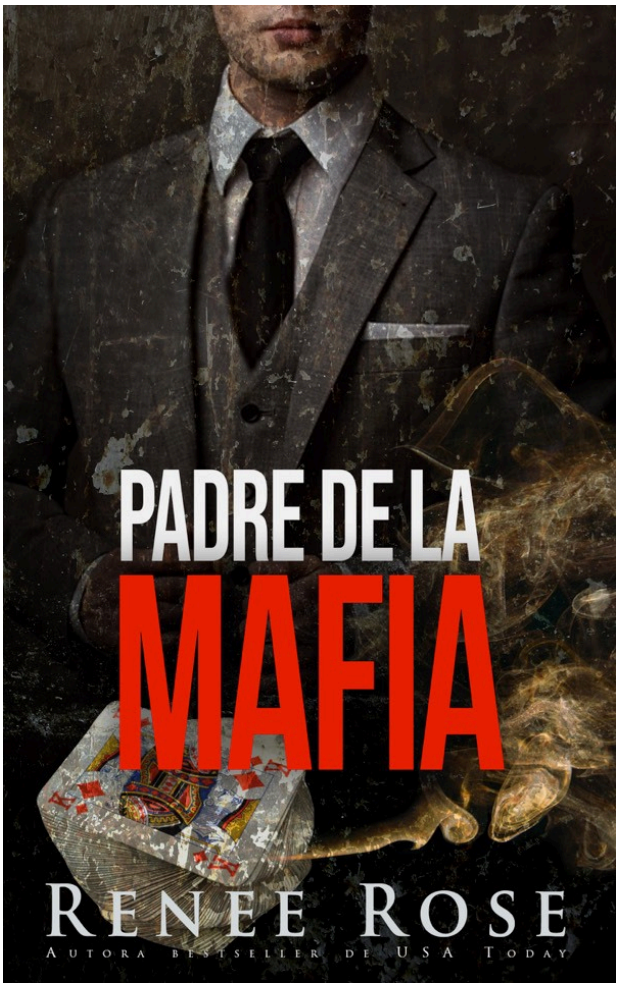
Este libro es una obra de ficción. Aunque se haga referencia a acontecimientos históricos reales o locaciones existentes, los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de las autoras o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Este libro contiene descripciones de muchas prácticas sexuales y BDSM, pero es una obra de ficción y, como tal, no debe utilizarse de ninguna manera como guía. La autora y la editorial no se responsabilizan de ninguna pérdida, daño, lesión o muerte que resulte del uso de la información contenida en este libro. En otras palabras, ¡no intentéis esto en casa, amigos!

❀ Formateado con Vellum

LIBRO GRATIS DE RENEE ROSE

Quiere un libro gratis de Renee Rose? Suscríbete a mi newsletter para recibir ***Padre de la mafia*** y otro contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos. https://BookHip.com/NCVKLK


PADRE DE LA
MAFIA
RENEE ROSE
AUTORA BESTSELLER DE USA TODAY

NOTA DE LA AUTORA

Queridos lectores:

Muchas gracias por elegir el primer libro de mi nueva serie de la bratva. Si lleváis tiempo leyendo mis obras, sabréis que el secuestro/seducción es mi argumento favorito. Cuando empecé a escribir esta historia, me di cuenta de que, por supuesto, mezclarlo con el argumento del bebé secreto era bastante complicado. No puedo estresar a una protagonista embarazada, y sin embargo me encanta que mis protagonistas estén un poco estresadas.

Solo quiero recordaros que esto es ficción y fantasía. No todo lo que Ravil y Lucy hacen en la historia puede ser médicamente recomendable. Si estáis embarazadas o planeáis quedaros embarazadas, por favor, jugad con responsabilidad. :-)

CAPÍTULO 1



Lucy

Quizás sea el momento de dejar de usar tacones, o de elegir unos más bajos.

Recién salida de otra victoria en el tribunal, entro en el ascensor abarrotado. Disimulo mi mueca de dolor, cortesía de mis pies hinchados embutidos en mis stilettos de jefa implacable, los que uso para afirmar mi antigüedad, estatura y dominio general dentro de la sala del tribunal y, más importante aún, dentro del bufete de mi padre.

Casi vuelvo a hacer una mueca cuando veo que Jeffrey está en este viaje.

Él mira mi vientre hinchado y luego encuentra mi mirada con un tormento de conflicto detrás de sus ojos grises.

No es suyo.

Rompimos seis meses antes de que tuviera esa aventura sexual tan fuera de mi carácter en D.C. que resultó en mi cambio de estado.

—Lucy —dice. Es una declaración, no una apertura. Un reconocimiento de los ocho años que malgastamos juntos.

Me trago un suspiro. —Jeffrey.

Por suerte, hay otras cuatro personas en el ascensor, así que me coloco rápidamente a su lado para mirar fijamente las puertas

mientras el ascensor sube.

—¿Cómo está tu padre?

Ay, Dios. ¿De verdad íbamos a hacer esto?

—Igual. —Le lanzo la mirada obligatoria.

—Lo siento.

—Sí. Bueno, es lo que hay.

Me enfrento a abogados hostiles a diario, en mi bufete y frente a mí en la sala. Puedo soportar otro viaje en ascensor con mi ex. Pero la mezcla de lástima y remordimiento en la mirada de Jeffrey hace que mi chaqueta Lafayette 148 New York, esa con un botón tensándose sobre mi vientre, de repente se sienta insoportablemente apretada y caliente.

Aunque, a decir verdad, imagino que llevar cualquier chaqueta en julio estando embarazada sería insoportable.

Aun así, desearía que procesara su basura emocional y dejara de convertir mi creciente vientre en la fuente de algún conflicto interno. Supongo que se pregunta cómo sería si fuera suyo. O quizás se siente culpable de que esté haciendo esto del bebé sola porque él nunca se comprometería.

El hecho es que he seguido adelante sin él.

Fin de la historia.

El ascensor se detiene en la planta de su estudio de arquitectura, pero él vacila, moviendo su brazo frente a los sensores, sin llegar a salir. —Vamos a tomar algo en The Rocket esta noche si te apetece unirte —dice y luego hace una mueca, probablemente dándose cuenta de que las bebidas están descartadas para mí considerando la pequeña vida creciendo en mi interior.

—Otra vez será —digo con ese tono de voz desinteresado que debería transmitir *nunca* pero se queda un poco corto. Quizás también tengo sentimientos encontrados sobre Jeffrey.

O quizás simplemente estoy aterrorizada de no poder hacer esto sola.

Mantengo la cabeza en alto, conservando mi postura de tribunal hasta que las puertas se cierran. Luego resulta más fácil mantenerla cuando las puertas se abren en mi planta, y adopto mi paso confiado hasta el escritorio de la secretaria.

—¿Primera cita? —Normalmente conozco mi agenda sin que me la digan. Soy el tipo de persona con la proverbial mente como una trampa de acero, pero las hormonas también están afectando mi memoria. Me siento confundida. Inestable.

Y odio lo vulnerable y fuera de control que eso me hace sentir.

—La primera cita es con Adrian Turguénev, el joven acusado del incendio provocado en la fábrica de sofás de la calle 11 —me dice Lacey, la secretaria.

Cierto. *Mafiya* rusa, o bratva, como ellos la llaman. El cliente fue referido por Paolo Tacone, uno de mis clientes de la familia criminal italiana.

Curioso, ¿los rusos y los italianos son amistosos entre ellos? No importa. No es mi trabajo conocer los detalles reales de sus negocios.

Mi trabajo es solo defenderlos con los hechos recogidos por las fuerzas del orden.

Tengo que admitir el ligero presentimiento que me cosquillea en la nuca al involucrarme con los rusos. No porque adopte una posición moral elevada con las personas que defiendo. No puedes ser un abogado defensor y montarte en ese caballo.

Solo por *él*.

Amo R, el sexy criminal ruso que conocí en Washington D.C. el pasado día de San Valentín.

El donante de esperma involuntario para mi aventura en la crianza en solitario.

Pero él estaba en Washington D.C. Probablemente sin conexión con la célula aquí en Chicago.

Abro mi despacho y entro, luego saco el expediente de Adrian Turguénev para revisar las notas que la secretaria hizo sobre el caso. Me siento detrás de mi escritorio antes de quitarme los tacones de ocho centímetros, que se clavan en mis pies hinchados.

Cielo santo. El embarazo no es para cobardes. Especialmente no a los treinta y cinco años.

—Lucy. ¿He oído que vas a encargarte de una nueva organización criminal?

Intento no entrecerrar los ojos ante Dick Thompson, uno de los socios de mi padre en el bufete. Lo conozco desde que era una niña y tengo que trabajar muy duro para evitar que me siga tratando como tal.

—Has oído correctamente. —Levanto las cejas para preguntar por su punto.

Él sacude la cabeza. —No sé si es una buena idea. Pasamos muchas horas deliberando sobre qué tan inteligente sería aceptar a los Tacone en su día cuando tu padre representaba a Don Santo o como se llamase. No podemos permitir que este bufete se hunda con una mala reputación.

Lo recuerdo. Trabajé aquí durante mis vacaciones de verano e invierno desde que tenía dieciséis años. También recuerdo lo que mi padre había dicho en ese momento.

—Este bufete es famoso por defender a asesinos y criminales. El crimen organizado simplemente proporciona la garantía de clientes recurrentes. —Le lanzo las cejas con una sonrisa fría.

Esto no tiene nada que ver con alguna posición moral elevada. Es Dick siendo un capullo. Me presiona a propósito. Siempre lo ha hecho. He tenido que trabajar el doble de duro para demostrar que merecía el puesto en este bufete, tanto por ser mujer como porque mi padre me ayudó a conseguirlo. Ahora hay algún tipo de campaña en marcha a mis espaldas respecto a la sociedad. Dick está construyendo un caso en mi contra. O quizás contra mi padre. Probablemente contra ambos.

Ya veremos.

Como mujer en un negocio despiadado y en una de las firmas más implacables, siempre estoy esperando el puñal que se encuentra a centímetros de mi espalda.

Mi teléfono suena.

—Probablemente sea él. Tengo que irme —le digo a Dick con ligereza mientras vuelvo a meter los pies en mis zapatos de tacón y contesto el teléfono.

—El señor Turgenev y el señor Baranov están aquí para verla.

—Hazlos pasar, por favor.

Me pongo de pie y rodeo mi escritorio, lista para darles la mano cuando entren.

Debería haber estado preparada para ello.

Tenía esa sensación inquietante. Aun así, cuando la puerta se abre y veo el rostro apuesto y brutal del hombre que está allí parado, la habitación da vueltas, se hunde y momentáneamente todo se vuelve negro.

Es él. *Amo R.* Mi compañero de Black Light, el club de BDSM en D.C.

El padre de mi hijo.



RAVIL

—Dama Fortuna.

Sujeto el codo de la encantadora abogada rubia mientras se tambalea. Estoy tan sorprendido de encontrarla aquí, en Chicago nada menos, que al principio no me doy cuenta de la causa de su desmayo.

Entonces lo veo. Su vientre sobresale indiscretamente bajo el botón de su chaqueta de diseñador.

Su vientre *embarazado*.

Hago las cuentas muy rápidamente. La noche de San Valentín. Preservativo roto. Hace cinco meses. Sí, su barriga tiene el tamaño adecuado para ser mía. Pero podría haberme ahorrado el cálculo; todo está ahí en su rostro sin color.

Está esperando un hijo mío. Y no quería que lo supiera.

Blyat.

Puede que haya pensado muchas veces en nuestra noche juntos. Incluso puede que haya vuelto al club en D.C. para buscarla, sin éxito. Pero sus pensamientos hacia mí no han sido tan cariñosos.

Definitivamente no está feliz de verme. De hecho, parece completamente alarmada.

Como debería estarlo.

Tomo aire pausadamente.

—Fortuna, sin duda —murmuro, soltando su codo mientras se recupera rápidamente, su máscara de princesa de hielo volviendo firmemente a su hermoso rostro.

Dama Fortuna fue el nombre que eligió en el evento de ruleta donde la conocí. Hasta hoy, no sabía su verdadero nombre. Ni que vivimos en la misma ciudad.

—Señor Turgenev. —Ofrece una mano delgada a Adrian, quien se encorva un poco mientras la estrecha, intimidado por su presencia—. ¿Y el señor Baranov, era?

—Llámame Ravil.

O Amo, como me llamaste la última vez que estuvimos juntos.

Sus ojos marrones revolotean hacia mi rostro nuevamente. Es aún más hermosa de lo que recordaba. El embarazo ha suavizado su ya hermoso rostro con unos kilos extra. Tiene un resplandor radiante.

—Encantada de conocerlos. Por favor, tomen asiento. —Indica las sillas frente a su escritorio.

—Usted venía altamente recomendada, señorita Lawrence. —Me siento y la observo mientras ordena los papeles en su expediente. Su mano tiembla ligeramente. Cuando ve que la estoy mirando, inmediatamente suelta los papeles, levanta la cabeza y fija en Adrian una mirada astuta.

—Así que está acusado de incendio provocado con agravantes. Supuestamente incendió West Side Upholstery donde trabajaba. Su fianza se fijó en cien mil dólares y fue pagada por el señor Baranov. —Me lanza una mirada rápida y luego vuelve a centrarse en Adrian —. Cuénteme qué ocurrió.

Adrian se encoge de hombros. Es uno de los más nuevos en unirse a mi grupo. Su acento aún es fuerte, a pesar de mi orden de que solo debe hablar inglés. Exijo eso a todos mis hombres porque es la manera más rápida de aprender.

—Yo trabajo en fábrica de sofás, sí. Pero no sé nada sobre el incendio.

—La policía encontró líquido para mechero en su uniforme.

—Hice barbacoa después del trabajo.

Y vaya si la hizo. Justo después de irrumpir en la casa de Leon Poval, con la esperanza de matarlo con sus propias manos. Cuando encontró el apartamento del hombre vacío, incendió su fábrica para consolarse.

Obviamente no resulta convincente, todavía en su postura defensiva por el interrogatorio policial. No le digo que actúe de otra manera. No es mi costumbre revelar ninguna carta antes de que deba ser mostrada, aunque ella esté trabajando para nosotros.

También estoy mucho menos interesado en el caso de Adrian ahora que estoy asimilando lo que está pasando con mi hermosa abogada. ¿Por qué no me lo dijo?

—¿Solo llevaba una semana contratado allí?

—*Da*.

Le lanzo una mirada.

—Sí —rectifica.

—¿Antes de eso trabajaba para el señor Baranov? —Me mira de reojo—. ¿Como… ingeniero estructural?

Adrian se encoge de hombros otra vez. —Sí.

—¿Por qué aceptó un trabajo con salario mínimo en una fábrica de sofás cuando está formado como ingeniero?

—Tengo interés en construir muebles.

Lucy se recuesta, un destello de fastidio cruza su rostro. —Puedo ayudarlo mejor si me dice la verdad. —Me mira, como buscando apoyo—. ¿Conoce el secreto profesional? Cualquier cosa que discutamos sobre su caso permanecerá confidencial y no se me puede obligar a revelarlo en un tribunal.

No hago nada para interceder. Este es su trabajo. Puede ganarse mi dinero.

Adrian le dirige una mirada aburrida.

Ella suelta un suspiro. —¿Entonces no regresó a la fábrica después del trabajo esa noche? ¿Ni se quedó hasta tarde?

Adrian niega con la cabeza. —*Nyet*… no.

Ella continúa interrogándolo, tomando notas y estudiándonos tanto a él como a mí. Yo permanezco en silencio. Que se pregunte y se preocupe.

Ya estoy haciendo mis planes. Esta tarde necesito averiguar todo lo que hay que saber sobre Lucy Lawrence. Y entonces sabré exactamente qué estrategia usar con ella.

—Probablemente pueda negociarlo y reducirlo a incendio provocado. Conlleva de tres a siete años de prisión en lugar de cuatro a quince por agravado.

—No —la interrumpo—. Se declarará inocente. Por eso hemos contratado a la mejor para representarlo.

No parece sorprendida.

—Muy bien. Requiero un anticipo de cincuenta mil dólares, pagaderos antes de presentar la declaración. Y necesitaré más recursos si voy a ganar este caso.

Me pongo de pie, indicando el final de la entrevista.

—Transferiré el dinero hoy mismo, y discutiremos los hechos con más detalle. Gracias, letrada.

Ella se levanta y rodea el escritorio. Sus tacones dirían *fóllame* si fueran rojos, pero al ser color nude son más bien un *te-follaré*. Especialmente por la forma en que camina con ellos como si viviera a esa altura. Apuesto a que es un tiburón como abogada. Paolo Tacone lo dijo claramente.

El embarazo no hace nada por suavizar los bordes de su imponente estatura. Si acaso, la hace parecer aún más una diosa. La forma femenina que debe ser venerada y temida a la vez.

Excepto que sé que es ella quien prefiere ser dominada.

Supongo que es un secreto que no muchos conocen. Era inexperta en la sumisión cuando la tuve. Si no lo ha explorado desde entonces, puede que yo sea el único hombre que la ha dominado.

Ese pensamiento no debería excitarme, pero lo hace.

Volveré a dominarla.

Me ajusto la polla ante la idea, y su mirada cae hacia mi entrepierna. Parte de su regia compostura se desvanece. Un rubor colorea su cuello y la piel visible en la V abierta de su cara blusa.

Tomo su mano cuando me la ofrece, y la aprieto, pero no la suelto. Su inteligente mirada se entrelaza con la mía, y la mantengo.

Su respiración se entrecorta y se detiene.

—Adrian, espérame en el pasillo. Saldré en un momento. —Adrian sale, y cierro la puerta tras él, todavía sujetando su mano.

Sus ojos se ensanchan ligeramente. Reanuda su respiración con un pequeño jadeo mientras retira su mano como si la hubiera quemado.

—Ravil.

Un hormigueo me recorre al escuchar mi nombre en sus labios. Porque lo dice como si lo reclamara para sí misma. Como si ella también hubiera lamentado la ausencia de detalles personales después de nuestro encuentro.

Pero eso es imposible. Si espera a mi hijo, tenía todas las razones, el derecho y la responsabilidad de contactar con Black Light y solicitar mi información personal. De contactarme con la noticia.

Y no lo hizo. Lo que significa que no quería conocer mi nombre.

—¿Tienes algo que decirme, Lucy Lawrence?

—No —responde tajante, dándose la vuelta, con su comportamiento profesional en pleno control.

Le agarro del brazo, y ella vuelve como un resorte. La suelto de inmediato cuando me lanza una mirada fulminante a la mano.

—Realmente deberías haber llamado —le dirijo una mirada significativa a su vientre.

Se yergue más alta, con los músculos de su cuello tensándose.

—No es tuyo —suelta mientras el color le inunda la cara. Sus pupilas son pequeños puntos de miedo.

La mentira me golpea en pleno pecho. Tenía razón. No quería que yo supiera de la existencia de este niño.

Inclino la cabeza.

—¿Por qué mentir?

Su cuello y pecho también se colorean, pero mantiene su voz tan uniforme y baja como la mía.

—Sé quién eres, Ravil. No creo que tu —aclara su garganta para enfatizar— *profesión* sea compatible con la paternidad. No te pediré manutención. No pidas visitas. No me obligues a demostrar en un tribunal por qué no eres apto para ser padre.

Mi labio superior se curva ante su amenaza. Soy un hombre que ha llegado a la cima de mi organización y de esta ciudad con un

pensamiento rápido y sin emociones. No suelo ofenderme. No suelo tomar las cosas como algo personal.

Pero esta vez, es jodidamente personal. ¿Lucy Lawrence piensa que no soy apto para criar a mi hijo? ¿Cree que me mantendrá alejado de este niño?

Ni hablar.

Le dedico una sonrisa que promete retribución.

—No te preocupes, letrada. No lo pediré.

Lo tomaré.

—Espero verte pronto. —Cargo mis palabras con todo (insinuación y advertencia) y ella lo capta todo.

CAPÍTULO 2



Lucy

Me apoyo en mi escritorio después de que Ravil y su joven soldado de la bratva abandonan mi despacho y respiro profundamente.

No es una respiración yóguica. Es más bien ese tipo de jadeo frenético para no desmayarme.

¿Cuáles son las putas probabilidades?

Después de toda mi preocupación de que mi mejor amiga Gretchen le contara a alguien en el Black Light y que de alguna manera llegara a oídos del Amo R, mi compañero de aquella noche, él termina en mi despacho por pura casualidad.

Una recomendación del capo de la mafia italiana Paolo Tacone.

Gretchen lo llamará destino cuando se lo cuente. Ella cree en que el Universo te entrega lo mejor para ti y todas esas tonterías. También me dijo que tenía la obligación de contarle a Ravil sobre mi embarazo.

Pero yo tenía una muy buena razón para no hacerlo.

Dios, no sé si he jugado bien mis cartas. Amenazar a un jefe de la mafiya rusa probablemente no ha sido mi movimiento más inteligente.

Y definitivamente lo he ofendido.

Pero quizás no tenga interés en el niño. Por lo que sé, podría estar casado. O detestar a los niños. O estar de acuerdo conmigo en que su profesión no se presta a la paternidad.

Un escalofrío recorre mi piel al recordar cómo sostuvo mi mano durante demasiado tiempo. Cómo me convertí en un ciervo deslumbrado por los faros, su magnetismo masculino haciendo temblar mis rodillas incluso cuando sé que debería huir.

Definitivamente no debería haber mentido. No es mi estilo y ha insultado su inteligencia. No había forma de que no adivinara que es suyo. Recuerdo que era extraordinariamente perspicaz. Sabía cómo reaccionaría yo a cada una de sus sugerencias antes de que lo hiciera. Planeaba nuestras escenas juntos con cada matiz de tiempo y acción perfectos para provocar mi rendición.

También recuerdo cómo estranguló a un hombre por decir algo irrespetuoso sobre mí.

Ravil es peligroso. Letal, incluso. Está en la bratva o *mafiya* rusa. Lo supe cuando lo conocí en Black Light por los tatuajes que cubren su piel. Probablemente ocupe un puesto importante, considerando al diplomático ruso con el que estaba en el Black Light. Opera al margen de las leyes con las que me paso el día haciendo malabarismos. Toma lo que quiere.

No me importa que un cliente sea letal. He estado expuesta a la familia Tacone desde que me colegié. Una parte de mí encuentra estimulante el poder y el peligro que manejan. Lo encontré igual de emocionante en un compañero de juego en Black Light. Hasta que la violencia se desarrolló ante mis ojos. Fue entonces cuando usé mi palabra de seguridad y me fui.

Y definitivamente me importa que lo sea el padre de mi hijo. Alguien que cumpla realmente el papel de padre, no solo la parte de donante de esperma. Como donante de esperma, Ravil Baranov es perfecto. No conozco su historial médico, pero está en buena forma física y es atractivo, con penetrantes ojos azules, cabello claro y un cuerpo construido de puro músculo. También es muy inteligente.

Simplemente no es el tipo de hombre que quiero como modelo a seguir para nuestro hijo.

Maldita sea.

Ahora estoy en ascuas, esperando su reacción. ¿Intentará inmiscuirse en este embarazo o se marchará? Él está al volante mientras yo anticipo que el cielo se va a caer.

Y temo que pueda caer.

Simplemente no sé cómo. O cuándo.



Ravil

—Es un niño. —Dima, el mejor hacker de este continente y de Rusia, me guiña un ojo por encima de su portátil.

Un niño.

Voy a tener un hijo.

Me inclino sobre el hombro de Dima mientras desplaza los registros médicos de Lucy. Le ordené que me diera toda la información que pudiera encontrar sobre ella, empezando por los registros médicos.

—La fecha prevista del parto es el seis de noviembre —lee Dima en voz alta. Su gemelo, Nikolai, se cierne sobre su otro hombro.

—Eso hace que la fecha de concepción sea… espera… —Los pulgares de Nikolai trabajan sobre la pantalla de su iPhone—. El día de San Valentín. —Encuentra mi mirada—. Pero eso ya lo sabías.

Contengo la respiración y me froto la mandíbula. Sí, lo sabía. El bebé es definitivamente mío.

Voy a tener un hijo.

Nunca pensé que sería padre.

—Tendremos que compartir a nuestro papa con un nuevo hermano pequeño —bromea Nikolai, dándome una palmada en el hombro. *Papa* es un nombre que a veces se usa para el *pakhan*, o jefe de la bratva. No es uno que yo haya reclamado nunca, pero mis hombres lo usan en broma.

La dura mirada que le lanzo hace que retire inmediatamente la mano. Se encoge de hombros. —¿Felicidades? ¿Vas a reconocerlo?

Parte del Código de los Ladrones de la bratva consiste en renunciar a toda familia: separarte de madres, hermanos, hermanas,

esposas.

Las amantes están bien porque no renunciamos al sexo. Somos lo contrario de los monjes.

Pero cortar lazos es una forma de proteger a la organización. Mantiene los intereses de todos limpios y sin impedimentos. Protege a los inocentes.

Es una de las razones por las que nunca perseguí a Lucy después del día de San Valentín, a pesar de que me cautivó por completo esa noche. No he dejado de pensar en ella desde entonces. Descubrir que está embarazada lo cambia todo y nada en absoluto.

No es que las reglas de la bratva no se rompan.

Especialmente por los de arriba.

Igor, nuestro *pakhan* en Moscú, según se informa tiene una hermosa hija pelirroja. No se casó con la madre (la ha mantenido como su amante todos estos años), pero esencialmente tiene una familia. Por supuesto, su paradero es desconocido. Tiene que mantenerlas a salvo. Cuando muera (y se dice que su cáncer se está extendiendo rápidamente), es posible que intente dejarles sus muy grandes intereses financieros.

En cuyo caso, esa bonita pelirroja probablemente no sobrevivirá a su funeral. Le daría tres meses después de su muerte, como máximo.

Y ahora yo también tendré un hijo que proteger.

¿*Voy* a reconocerlo?

Lucy parece pensar que no tengo ningún derecho. Que no soy apto.

—El niño es mío —digo con tono sombrío.

Nadie se lleva lo que es mío.

—Envíame cada trozo de información que puedas encontrar sobre Lucy Lawrence —le ordeno a Dima—. Qué hace. Dónde come. Qué compra. A quién llama. Todo.

CAPÍTULO 3



Lucy

Después de parar en una cafetería cerca del trabajo para cenar rápidamente, tomo un taxi a casa. Tengo los pies demasiado hinchados para siquiera considerar coger el metro y caminar las pocas manzanas hasta mi apartamento.

Salgo cojeando del ascensor y abro la puerta de mi apartamento, dejando caer mi maletín de trabajo dentro de la entrada. Mi hogar es pequeño pero inmaculado porque necesito orden a mi alrededor para gestionar todo lo que tengo entre manos. Enciendo la lámpara junto a la puerta. Ya me he quitado un tacón antes de percatarme de mi equipaje colocado cerca de la puerta.

¿Qué demonios?

Aspiro bruscamente, llenando mis pulmones para…

—No grites —apenas lo dice. Solo una baja entonación de la figura ensombrecida en el sillón de mi salón, junto a la ventana.

Mi corazón se detiene y late dolorosamente cuando lo identifico, con una elegante pierna cruzada sobre la otra, recostado como si fuera el dueño del lugar.

Despliega su gran figura del sillón con gracia.

—¿Q-qué haces aquí? —Me agarro al respaldo del sofá con las yemas de los dedos para estabilizarme mientras la habitación da vueltas. Maldito volumen sanguíneo.

No responde, simplemente se acerca con paso decidido y una sonrisa diabólica en su rostro. Como si supiera todo lo que está a punto de suceder y disfrutara de que yo no lo sepa.

Maldito ruso.

—He venido a buscar lo que es mío. —Avanza lentamente.

El suelo deja de inclinarse lo suficiente para que aparte la mano del sofá y la meta en el bolso que todavía cuelga de mi hombro para buscar mi móvil. Quizás pueda llamar a la policía…

Ravil atrapa mi muñeca y me quita el móvil, guardándoselo en el bolsillo.

O no.

Me despoja del bolso, que deja caer al suelo junto al maletín.

Si hubiera parecido enfadado, si su contacto me hubiera hecho daño, estoy segura de que habría gritado. Al menos, eso es lo que me digo a mí misma.

En realidad, estoy atrapada en su mirada azul, con los recuerdos de cómo dominó mi cuerpo tan magistralmente la última vez que estuvimos juntos volviendo a mí.

Encuentro indulgencia en sus ojos… no ira. Solo un atisbo de peligro.

Coloco una mano protectoramente sobre mi vientre y doy un paso atrás hacia la puerta.

Él atrapa mi muñeca de nuevo y me atrae hacia él. Coloca mi palma de vuelta en el sofá. —Me gustabas donde estabas, *kotyonok*.

Kotyonok. Su apodo cariñoso para mí.

Gatita.

Toma mi otra mano y la coloca en el respaldo del sofá, y no tengo ninguna duda de por qué le gusta esta posición. Estoy perfectamente presentada para una azotaina. Presiona sobre el dorso de ambas manos, su cuerpo acorralando el mío desde atrás. —No. Te. Muevas —murmura contra mi oreja.

Inmediatamente me rebelo, levantando una mano.

—Hmmm. —Es paciente. Atrapa mi mano y la sujeta de nuevo. —No hay palabras de seguridad para ti esta vez, gatita. Pero seré suave.

Rodea mi cintura con un brazo y extiende su mano sobre mi vientre creciente. —No deberías haberme ocultado esto.

Me quedo inmóvil, con la respiración atascada en la garganta.

La agresión de Ravil está contenida. Suave. No es más amenazador que una cita que se toma demasiadas confianzas, y sin embargo, no soy lo bastante tonta como para subestimarlo. Está seguro de que tiene todas las cartas aquí, y hasta que sepa cuáles son esas cartas, debo ser cautelosa. Frota un círculo lento sobre mi barriga de embarazada.

No insulto su inteligencia intentando hacerme la tonta. Decir que no sabía cómo contactar con él. Ambos sabemos que podría haberlo averiguado.

Manteniendo su mano sobre mi vientre, usa la otra para subir el dobladillo de mi falda por detrás.

Llevo medias hasta el muslo, no para ser sexy, sino porque las medias normales son demasiado calurosas para llevarlas en julio. Especialmente para una mujer embarazada.

Oigo la inspiración de Ravil cuando las descubre. —Joder —se ahoga—. ¿Para quién te has puesto estas?

De repente me siento tentada a mentir. A decirle que hay alguien más. Que he vuelto con Jeffrey, o quizás, que he conocido a alguien nuevo. Tal vez eso detendría sus avances sexuales.

Excepto que no *quiero* detener los avances sexuales. Son lo que menos me asusta de este hombre.

Ya ha demostrado ser un amante atento. Me dio los mejores orgasmos de mi vida.

Y no he estado con ningún hombre desde entonces.

Así que opto por la verdad. —Son más frescas que las medias normales.

—Más frescas. —Prácticamente ronronea su aprobación. Acaricia con la palma el hemisferio izquierdo de mi trasero. —Sí. Eso sería importante. —Coloca la falda de mi vestido por encima de mi cintura y empuja mis pies para separarlos. Me tambaleo, todavía con un tacón a medias, y él se inclina para quitármelo.

Como un príncipe azul moderno, solo que su forma de encanto es bastante más aterradora.

—Tienes los pies hinchados —comenta con aspereza—. No más tacones para ti, gatita. —Lanza el zapato por el pasillo.

Me siento tentada a desafiar su derecho a establecer reglas para mí, pero temo descubrir su respuesta. Ciertamente cree que tiene derecho a ello.

Me inclino a creer que podría tenerlo.

Su mano cae sobre mi trasero con una sorprendente palmada.

—¡Eh! —Me incorporo de golpe e intento girar mis caderas lejos de él, pero su agarre alrededor de mi cintura lo hace imposible.

—Silencio, *kotyonok*. Un castigo es necesario. —De alguna manera lo hace sonar más como una delicia que como algo a temer. Pero entonces, ya me he sometido a su dominio antes. Otra palmada, esta vez en la otra mejilla. Golpea fuerte, lo suficiente para que el lugar donde cayó la primera bofetada comience a escocer y picar.

—Ravil —jadeo, y él acaricia con su palma mis ofendidas mejillas.

—Me gusta oírte decir mi nombre, encantadora Lucy. No intercambiamos nombres la última vez, lo que parecía una gran lástima. —Su mano abandona mi trasero, y me preparo para otra palmada. Llega, seguida de un apretón brusco y posesivo.

—Pero por supuesto la mayor vergüenza es esta. —Acaricia mi vientre—. No que estés esperando a mi hijo, sino que quisieras ocultármelo.

Me mareo al oír que sabe que estoy esperando un niño. Esto confirma mi teoría de que me ha tendido una trampa, y ya he caído en ella. ¡Maldita sea! ¿Por qué no tomé el control de la situación en mi oficina esta mañana?

—Lo siento —digo.

—No te creo. —Su acento se vuelve más espeso. Me da otra palmada en el trasero, tres veces, con fuerza, y luego desliza el satén de mis bragas hasta mis muslos.

—Siento haberte ofendido —corrijo. Tiene razón, no lamento haber intentado ocultarle lo del niño. Aún desearía que no lo supiera.

Y con buena razón, ya que ahora soy objeto de su castigo.

No es que no haya algo deliciosamente erótico y placentero en ello. Especialmente cuando desliza sus dedos entre mis piernas y los pasa por mis pliegues extraordinariamente húmedos.

—Eso puede ser verdad o no, gatita —continúa explorando entre mis piernas, deslizando un dedo lubricado hasta mi clítoris y dando golpecitos.

Dejo escapar un gemido entrecortado. No era mi intención; solo intentaba exhalar, pero tiene un sonido lascivo que hace que Ravil emita un ronroneo de aprobación.

—Pero me aseguraré de que recibas un buen castigo por la ofensa que me has hecho.

Toc-toc-toc.

Me retuerzo ante el contacto en mi clítoris, sugerente e insuficiente.

—Y créeme, gatita, si alguna vez quieres volver a correrte, harás lo que yo diga.

Mi corazón se acelera porque sé que no estamos hablando solo de sexo aquí. Hay un peligro inconfundible en su voz, aunque solo haya amenazado con negarme el orgasmo.

—T-tienes que irte ahora —digo, pero no me muevo de la posición en la que me ha colocado. No me aparto bruscamente ni cierro las piernas ni hago nada físicamente para mostrar que no quiero su contacto.

Porque sí quiero su contacto.

Con bastante desesperación.

Tengo que decir que las hormonas del embarazo me han convertido en la mujer más cachonda e insatisfecha de todo el estado de Illinois. Paso las noches con mi portátil abierto viendo porno y con los dedos entre las piernas, pero nunca quedo saciada.

Y culpo a Ravil por mi elección de porno. BDSM, preferiblemente ruso. Y créeme, hay muchísimo porno ruso por ahí. Nunca tuve el más mínimo interés en ninguno de los dos antes del día de San Valentín.

Toc-toc-toc.

Gimo quedamente.

—Me iré, gatita. Y tú vendrás conmigo.

Empiezo a negar con la cabeza, pero él elige ese momento para aumentar la presión sobre mi clítoris, rodeándolo lentamente con la yema del dedo.

Gimo de nuevo.

—N-no voy a ir a ninguna parte contigo —afirmo.

Ambos sabemos que es mentira. Solo que aún no estoy segura de cómo planea obligarme.

—Abre más las piernas.

El hecho de que obedezca lo dice todo. Él tiene todo el poder aquí. No por sus amenazas (aún no las ha hecho, aunque estoy segura de que lo hará).

Sino por la magia de sus dedos.

Quiero más.

Necesito más.

Con tanta desesperación.

Empuja mis bragas más abajo, como si necesitara quitarlas de en medio. —Quítatelas —ordena. Su voz es áspera y gutural. No es indiferente a lo que me está haciendo.

Con la respiración entrecortada, me quito las bragas de una patada y retomo mi posición.

Ravil me da una palmada entre las piernas.

Jadeo, intentando cerrarlas instintivamente. Puede que le deje azotarme el trasero, pero mi coño es algo diferente. Está tan hinchado y resbaladizo ahora con mis fluidos. De forma vergonzosa. Es así cada vez que me masturbo desde que estoy embarazada.

Demasiada testosterona del bebé, me imagino.

—*Abre.* —Una sola palabra, muy firme.

Lo hago, solo porque quiero que continúe. Puede que no me haya gustado que me azotara el coño, pero solo ha servido para volverme más necesitada. Más desesperada.

Me da otra palmada allí. Y otra más.

—Gatita traviesa. Disfrutaré castigándote.

Me ruborizo de calor, el latido entre mis piernas volviéndome loca.

Deja de azotarme y frota sus dedos a través de mi humedad otra vez. —Ahora, si quieres que termine esto más tarde de una manera

que te haga gritar mi nombre, harás exactamente lo que yo diga.

Mi pulso se acelera.

Retira sus dedos, me da otra palmada en cada lado del trasero, y baja mi falda sobre mis nalgas desnudas y ardientes. —Es hora de irnos. Vendrás a vivir conmigo en el centro por el resto de tu embarazo. Dirás en tu oficina que estás en reposo y que ya no puedes acudir. Te permitiré mantener tu trabajo y amistades de forma remota siempre y cuando nunca me menciones a mí ni tu situación. Estaré vigilando.

Me pongo de pie pero me agarro al respaldo del sofá con una mano para mantener la estabilidad. —¿Y si no lo hago?

La pregunta que temo hacer.

—Entonces te llevaré a Rusia hasta que nazca el bebé. Sin promesa de que vuelvas sana y salva cuando todo termine. —Omite por completo si mi hijo estaría conmigo cuando (o si) regresara, así que supongo que la respuesta es no.

La habitación da vueltas.

Debo parecer que estoy a punto de desmayarme porque Ravil me toma en sus brazos, al estilo luna de miel. —Vamos, no hay necesidad de preocuparse. Me aseguraré de que tengas todas las comodidades y lo necesario para este embarazo. —Me lleva hasta la puerta principal y la abre—. Son pautas fáciles de seguir.

Detrás de la puerta hay un gigante. Más oso que hombre, con hombros anchos como los de Paul Bunyon, barba desaliñada y ojos oscuros penetrantes.

Dejo escapar un pequeño grito.

—Shh. Es Oleg. Él te llevará al coche.

—No necesito que me lleven —digo rápidamente. No es que el hombre me parezca amenazante, pero es enorme y un desconocido. Y no me gusta que Ravil me entregue a nadie más.

Ravil me deja en el suelo para que me ponga de pie. —¿Saldrás conmigo en silencio? ¿Sin alertas ni alarmas? ¿Sin problemas por tu parte?

Miro mis pies cubiertos solo con las medias. —Necesito zapatos.

—Los tacones no —dice Ravil con firmeza. Inclina la cabeza hacia Oleg y le dice algo en ruso al hombre gigante que entra en el

apartamento. Permanecemos en silencio en el pasillo de mi apartamento. Mi mente no deja de dar vueltas durante todo el tiempo.

¿Qué haría si apareciera un vecino? ¿Intentaría pedir ayuda a pesar de la advertencia de Ravil?

No. Me creo su amenaza.

Si me llevara a Rusia, tendría aún menos posibilidades de escapar. No hablo el idioma. No conozco a nadie allí que pueda ayudarme. Y las posibilidades de escapar serían prácticamente nulas.

Oleg regresa cargando mis cuatro maletas a la vez, junto con mi bolso y mi maletín de trabajo de cuero.

Ravil se agacha para abrir una de las maletas, pareciendo saber exactamente dónde buscar, y saca mis chanclas. Las deja caer en el suelo para mí. Oleg recoge la maleta y se dirige hacia el ascensor sin decir palabra.

Intento meter mis pies en las chanclas con las medias hasta el muslo todavía puestas, pero no consigo colocar bien la tira entre los dedos.

—Espera, gatita. —Ravil me sorprende agachándose frente a mí para bajarme una de las medias hasta el muslo. Me inclino para ayudar con la segunda, pero él me empuja hacia atrás, inmovilizando mi pelvis contra la pared—. No tengas prisa. —Su acento se vuelve más marcado—. Estaba disfrutando de las vistas.

Desliza la segunda media por mi pierna hasta quitármela del pie pero mantiene firmemente la mano que inmoviliza mis caderas contra la pared. —Qué piernas tan largas. —Agarra detrás de mi rodilla para tirar ligeramente hacia delante y besar mi muslo interno.

Un cosquilleo recorre mi pierna directo hacia mi sexo ya necesitado. Desliza su mano por mi muslo interno para rozar mi coño desnudo y luego levanta mi falda y acerca su rostro entre mis piernas.

Gimo antes de que su lengua haga contacto. —Uhn. Ravil.

—Eso es, gatita. Di mi nombre.

Mi coño se contrae. Me molesta mi propia necesidad. Definitivamente no debería estar suplicándole a este hombre por

nada, especialmente no por sexo. No merece mi rendición. Básicamente me está robando de mi vida, y solo Dios sabe qué planea hacer conmigo y con el bebé una vez que nazca.

Pero la punta de su lengua da una vuelta alrededor de mi clítoris, y gimo otra vez.

Ravil agarra ambos muslos y vuelve a girar la lengua, pero luego se aparta, dejando caer mi falda y poniéndose de pie, con mis jugos brillando en sus labios. Los lame. —Sabes aún mejor de lo que recordaba.

Sus palabras se cuelan bajo mis defensas. Tal vez sea algo que le dice a todas, pero me gusta oír que podría haber pasado tanto tiempo recordándome como yo a él. Lo había dudado. Yo era una novata torpe que apenas descubría lo que le gustaba, y él era obviamente un dominante experimentado, cómodo con su habilidad y sexualidad.

Pero entonces, me dijo aquella noche que sentía algo diferente por mí. *Eres algo especial*, dijo. Y quise creerle. No lo suficiente como para buscar algo más allá de esa noche. Solo para preservar los recuerdos del hombre que me dio el regalo de este hijo.

Lo que había deseado desesperadamente de Jeffrey, pero que él nunca me daría.

Pero ahora la frustración sexual está apoderándose de mí. Quiero darle una patada a Ravil por provocarme así. Parece una auténtica crueldad teniendo en cuenta que mis hormonas del embarazo me tienen casi febril por obtener satisfacción.

Me pongo las chanclas y sacudo mi larga melena mientras camino hacia el ascensor. Oleg ya ha bajado, así que tarda un momento en volver, y me quedo allí, mirando las puertas de acero en lugar de mirar al hombre que está a mi lado.

—No puedes mantenerme prisionera —digo finalmente, aunque solo sea un pensamiento ilusorio.

—Prisionera, no —dice con suavidad—. Invitada especial. Debo mantenerte cerca, para poder protegerte y asegurarme de que estés muy bien cuidada. Llevas una carga preciosa, por supuesto.

Ahora le lanzo una mirada. —Voy contra mi voluntad. Bajo protesta.

Sus labios tiemblan. —Lo tendré en cuenta.

Maldita sea. No debería encontrar tan sexy este tira y afloja con él.

Deben de ser las hormonas hablando.

Porque mi peor pesadilla sobre tener un bebé con un miembro de la bratva rusa se está haciendo realidad.

Y parece que soy incapaz de impedirlo.

CAPÍTULO 4



Ravil

Subimos por el ascensor trasero hasta la última planta. Soy propietario de todo este edificio del centro: el Kremlin, como se le conoce en el barrio. Todos los que están en él son rusos.

Y corrí la voz antes de salir para irrumpir en su apartamento. Todos hablan ruso delante de Lucy. Nada de inglés.

Si quiere algo, tendrá que depender de mí.

Lucy me dijo que ya había cenado, así que llamé durante el trayecto y cancelé el pedido de una comida completa, pidiendo en su lugar que prepararan una variedad de aperitivos y comodidades.

Mantengo mi mano en su espalda baja mientras avanzamos. No me gusta ese gesto tenso en su rostro ni su palidez general.

Camino sobre una línea muy fina: asegurarme de que se tome mi amenaza lo suficientemente en serio como para no desobedecerme, pero a la vez hacerla sentir relajada y cómoda, para que se mantenga saludable y pueda descansar tranquila.

Ya estoy cuestionando mi plan. No soy de los que se aferran a la ira. La recuerdo, la archivo para usarla como motivo de cualquier venganza que esté ejecutando, pero no mantengo la emoción.

Aun así, no esperaba encontrarme tan ansioso por verla bajo mi dominio, con las piernas separadas, el cuerpo entregado para que yo lo saquee.

No creo que ni siquiera quisiera rendirse a mí en su apartamento. Fue como si no pudiera evitarlo. Su cerebro se rebelaba, pero su cuerpo decía *sí*.

Decía *más*.

Decía *por favor*.

Y ahora ya estoy planeando nuestra noche juntos. Su castigo.

Posiblemente incluso una recompensa.

Blyat. Me tendrá comiendo de su mano si no tengo cuidado. Simplemente por ser Lucy.

No sé qué tiene, pero lo sentí desde el principio. En el momento en que la vi en Black Light, la deseé. Quizás reconozco en ella algo similar a lo que hay en mí.

Ese impulso por la perfección. La excelencia. Como si tuviera algo que demostrar, y quisiera hacerlo bien.

Me hace querer ayudarla a llegar allí. Protegerla del fracaso.

En Black Light, me hizo querer extraer su rendición. Demostrarle que podía confiar en mí para no humillarla ni degradarla, pero aun así ser dueño de cada una de sus respuestas, cada estremecimiento, cada orgasmo.

Y todavía tengo ese impulso, a pesar de las ideas muy irrespetuosas que pasan por mi mente.

Definitivamente recibirá una flagelación.

Probablemente la ate, pero con algo suave y benevolente como una corbata de seda. Mi mano se desliza más abajo en su trasero. Saber que no lleva bragas me provoca una media erección.

Entramos en la planta superior, mi cuartel general.

Después de comprarlo hace cinco años, remodelé todo el edificio, un poco cada año, utilizando solo trabajadores rusos. Muchos de ellos viven aquí también, en las plantas inferiores. Dan lo mejor de sí para mí porque los cuido bien. Pago bien, les ayudo cuando hay un problema y les proporciono protección frente a la ley estadounidense y el mundo exterior. Además, viven en una zona privilegiada por una fracción del precio que normalmente pagarían.

Como ninguno de los miembros de la bratva tiene familia propia, todos mis brigadieres viven en esta planta conmigo. Formamos nuestra propia familia.

Salen ahora de sus habitaciones para contemplar a mi princesa cautiva. Su espalda se endereza aún más, rígida como una vara.

—Lucy, estos son mis hombres. Ya has conocido a Oleg, mi ejecutor, si no lo habías adivinado.

Oleg levanta la barbilla en un fantasma de saludo.

—Maxim es un poco como yo: él es el solucionador.

—*Rad vstreche.* —Maxim le estrecha la mano. Su inglés es excelente, pero está siguiéndome el juego. Nadie dejará entrever que pueden entender a Lucy mientras esté aquí. No a menos que yo cambie mi edicto. Mi palabra es ley en este edificio.

—Nicholai es mi contable. —Por supuesto, con contable me refiero a *corredor de apuestas*.

—Dima, su gemelo, es el especialista en informática. —*Hacker*.

—Gemelos —murmura ella, con la mirada alternando entre ellos. No sé por qué todo el mundo encuentra tan fascinantes a los gemelos, pero entre los dos, Dima y Nicholai consiguen mucho más coño que el resto de los hombres del edificio.

—Pavel es un *brigadier*.

—¿Qué es un brigadier? —Me gusta la rapidez con que lo asimila todo y hace preguntas. Tiene una mente inquisitiva. Será difícil mantenerme tres pasos por delante de ella, pero lo conseguiré.

—Es como un capitán.

—Capo —dice.

—Sí, como el *capo* italiano.

—¿Y cuál es tu trabajo? ¿También solucionador?

Niego con la cabeza.

—Soy el director. El *Pakhan* de la Bratva de Chicago.

—Papa —dice Maxim con una sonrisa burlona.

Le lanzo una mirada de advertencia. Se supone que no debe entender lo que estoy diciendo. Y yo no uso el título de *Papa*. Igor sigue siendo técnicamente el Papa, aunque esté en su lecho de muerte y en Rusia.

Ella mira alrededor observando la distribución de la planta. Originalmente consistía en cuatro áticos de tres mil quinientos pies cuadrados. Derribé las paredes de dos de ellos para convertirlos en una enorme mansión con alas separadas.

—¿Todos vivís aquí? ¿Juntos?

—Sí. Somos una familia.

Maxim y Dima observan su reacción con diversión. Disfrutan de mis juegos, y el hecho de que este esté dirigido a una mujer hermosa lo hace aún más entretenido. Que ella comparta nuestro espacio será una novedad para todos nosotros.

—Ven. —Tomo su codo y la guío hacia mi suite principal donde Oleg ya ha llevado sus maletas. Como todo en la planta superior del edificio de apartamentos, está decorado con lujo total: todos los accesorios son de alta gama, los suelos de roble brasileño, las encimeras del baño y la ducha de un suave cuarzo blanco con motas de oro y remolinos púrpura.

Mira a su alrededor con dudas.

—¿Esta es tu habitación?

—Sí. Aquí es donde te quedarás. Para que pueda atender tus necesidades.

—Quiero mi propia habitación.

No me sorprende su petición. La verdad es que dudé sobre esta elección. Tenerla en mi espacio nos pondrá a prueba a ambos.

Pero en última instancia, quiero que pague impuestos. Quiero que viva bajo mi constante y benévolo dominio hasta que me acepte.

Al menos durante el embarazo.

Mantenerla permanentemente puede que no sea lo más beneficioso para ninguno de los dos.

—Te quedarás aquí conmigo —digo con firmeza—. Que te deje salir de esta habitación dependerá de lo bien que sigas mis reglas.

Sus fosas nasales se dilatan y sus ojos destellan, pero no dice nada. No es del tipo que hace rabietas. No tengo duda de que cuando elija su batalla, estará bien armada. Obtendrá más información antes de hacer su movimiento.

Ella y yo somos muy similares.

Estamos jugando una partida de ajedrez. Podría ser placentero para ambos, aunque uno de nosotros (*yo*) siempre ganará.

Suena un golpe en la puerta.

—Adelante.

Valentina, nuestra ama de llaves, entra con una jarra de agua helada llena de rodajas de pepino, así como un plato de tentempiés: cuadrados de queso y chocolates, algunas uvas y cerezas frescas. Sirve un vaso de agua de spa para Lucy y se lo ofrece.

—Bebe mucha agua. Es importante para el bebé —dice en ruso, inclinando la cabeza y sonriendo.

—Esta es Valentina. Es nuestra ama de llaves. Prepara parte de la comida, pero también tenemos un chef que prepara y cocina nuestras comidas principales.

Lucy toma el vaso de agua de ella.

—Gracias.

Otro golpe suena en la puerta, y Oleg entra, llevando la camilla de masajes para embarazadas que compré hoy. Natasha, nuestra masajista residente, entra tras él, llevando una cesta de suministros y sonriéndome radiante. Está encantada de que haya comprado esta nueva camilla para su uso y que vaya a exigir masajes diarios para mi cautiva.

Su inglés es perfecto (la joven de veinticinco años creció en Estados Unidos) pero hace una gran actuación, volviéndose hacia Lucy y ofreciéndole un torrente de ruso. —Hola, tú debes ser Lucy. Felicidades por tu embarazo. Estoy encantada de apoyarte durante este proceso. Trabajo con muchas mujeres embarazadas porque mi madre es comadrona.

Lucy frunce el ceño.

—Esta es Natasha, tu masajista.

Lucy da un paso atrás, retrocediendo.

—Oh no. No. Gracias, pero debo declinar.

Arqueo una ceja. Estaba tan dispuesta a aceptar placer de mis dedos antes, que no esperaba resistencia ahora. No estoy seguro de si sentirme halagado de que le guste tanto mi tacto o desanimado de que no esté dispuesta a aceptar este simple placer que puedo proporcionarle.

—Quiero que se elimine el estrés de tu cambio de residencia —digo con firmeza—. El bebé no debería sufrir simplemente porque sus padres están en guerra.

—He dicho que no —dice Lucy, con la misma firmeza—. No me gustan los masajes.

—¿Por qué no, *kotyonok*?

Ella mira a Natasha.

—¿Es siquiera seguro durante el embarazo?

—La madre de Natasha es comadrona. Masajea a mujeres embarazadas todo el tiempo. Sabe exactamente lo que necesitas.

Natasha mueve la cabeza, obedientemente.

—Dile que tengo una certificación especial para masaje de embarazo y linfático, así como masaje con piedras calientes, reflexología, acupresión, tui na, craneosacral, reiki, puntos gatillo, watsu, Zero Balancing y Access Bars. Si está nerviosa, puedo hacer solo una sanación energética sin contacto hoy.

Traduzco la esencia de eso al inglés para Lucy, quien se muerde el labio inferior como si estuviera indecisa. El hecho de que no le guste que la toque una extraña no debería sorprenderme. Eso me hace sentir un poco orgulloso de mí mismo por lo fácilmente que se rindió ante mí en su apartamento. No esperaba que lo hiciera. Había sido más difícil suscitar una respuesta de ella en Black Light, y esta vez, estábamos en desacuerdo. Tal vez ha pensado en mí con cariño.

—Disfrutarás el masaje —digo con firmeza—. Acuéstate en la camilla y relájate. A partir de ahora, me ocuparé de tus necesidades.

—*Necesito* dormir en mi propia cama —espeta—. *Necesito* mi libertad.

—Y yo necesito mantenerte cerca —digo suavemente, deteniéndome para girarme en la puerta—. Es un compromiso.

Ella resopla.

—Las concesiones unilaterales no son compromisos, Ravil.

Le doy una sonrisa peligrosa. Me gusta cuando saca las garras.

—Los últimos cinco meses en la oscuridad fueron mi concesión. Así es como me lo pagas.

Veo que su máscara de hielo se desliza mientras cierro la puerta, y sonrío con suficiencia.

Mi plan está saliendo exactamente como estaba previsto.

~

Lucy

Una magnífica suite de ático con vistas al lago Michigan, un masaje en la suite y chocolates. ¿De qué hay que quejarse?

De nada si no fuera una prisionera. Si no me estuviera siendo impuesto todo por un loco.

Pero no, eso es incorrecto. Ravil no está loco. Está jugando un juego aquí. Dándome una lección. Es una lección suave, sin duda porque estoy embarazada. Cualquier estrés que me inflija va directamente a nuestro hijo.

Estoy agradecida de que al menos entienda eso.

No es un loco.

Miro a la guapa masajista pelirroja. Tiene el pelo rubio rojizo y la piel pálida, sin pecas. Calcularía que está a mediados de sus veintitantos.

Dudo de sus habilidades. ¿Puedo confiar en que la formación y certificación en Rusia sea la misma que aquí? ¿Realmente sabe cómo masajear a una mujer embarazada de forma segura?

Pero aparte de la barrera del idioma, parece perfectamente capaz. Incluso parece estadounidense, con sus pantalones cortos y camiseta de manga corta, con un ala de pájaro tatuada en el bíceps.

Instala su camilla, que tiene espuma extraíble para mis pechos y vientre, y la cubre con dos sábanas. Me quedo de pie observándola torpemente. No puedo deshacerme de la persistente sensación de que algo malo me va a suceder, aunque ella parece perfectamente digna de confianza.

Pero, claro, soy prisionera del jefe de la bratva de Chicago, así que ese sentimiento no es injustificado.

Me habla en ruso, con una sonrisa fácil y reconfortante. Camina hacia el baño de la habitación y cierra la puerta, señalando hacia la mesa cubierta y hacia mí como si me estuviera dando instrucciones. Después de encerrarse dentro, me doy cuenta de que está esperando a que me desvista y me suba a la mesa.

Cierro los ojos y me obligo a exhalar. A la mierda.

Mejor lo disfruto. Si Ravil quiere contrarrestar el estrés que me provocó con un masaje, no debería ser tan rencorosa como para cortarme la nariz para fastidiarme a mí misma.

Me quito el vestido y el sujetador. Mis bragas siguen en el suelo de mi apartamento, un pensamiento que ahora me hace rechinar los dientes. No debería haberle permitido hacerme esas cosas.

Las deseabas, susurra una vocecita.

Y es cierto. Incluso ahora, el simple hecho de quitarme la ropa en la habitación de Ravil me ha puesto húmeda. Como si mi cuerpo supiera que finalmente obtendrá la atención que tanto anhela con desesperación.

Y esa atención no era un masaje.

Pero desde luego voy a disfrutar de esto. Me meto bajo la sábana superior y me coloco boca abajo en la mesa, alineando mi vientre con el hueco disponible.

Natasha golpea la puerta y la entreabre, preguntando algo en ruso.

Murmuro en el hueco para la cara.

Música de spa comienza a sonar desde algún altavoz que ha colocado sobre la cómoda.

De repente deseo que hablara inglés. Quiero sonsacarle información sobre Ravil. Cuánto tiempo hace que lo conoce, cómo trata a sus empleados, cómo es. Cualquier cosa que pueda verificar o refutar las ideas que ya tengo sobre él.

La imagen de él estrangulando al hombre en Black Light vuelve a aparecer en mi mente.

Ravil es violento. Amenazó con cortarle la lengua al hombre si volvía a hablar irrespetuosamente de mí.

Pero fue gentil conmigo.

Mucho más gentil que la mayoría de los dominantes que vi escenificando con sus sumisas en Black Light. No hubo cañas ni látigos pesados. No dejó marcas en mi piel ni me humilló demasiado. Más que eso, fue mesurado. Controlado. Captó mis respuestas y se ajustó en consecuencia. Existíamos dentro de la misma versión de la realidad.

Este es el mismo debate interno que he tenido cada vez que lo pensaba dos veces sobre mi decisión de no contarle sobre el embarazo. Si merecía saberlo. Si era seguro que lo supiera.

Desde luego ahora no se siente seguro.

No puedo decidir si eso significa que tomé la decisión correcta o incorrecta al ocultárselo. ¿Habría sido razonable si hubiera sido directa y honesta desde el principio? ¿O este uso de la fuerza era inevitable?

Oigo el chasquido de una tapa y el frotamiento de las palmas de Natasha, y luego hace contacto. Me estremezco al principio. Hasta el anterior asalto-seducción-*lo que fuera* de Ravil, no me habían tocado en meses. Ciertamente no de una forma placentera. Claro, abrazo a mi madre una vez a la semana cuando la veo en el centro de rehabilitación de mi padre, pero eso es todo.

Mis músculos se agrupan y tensan bajo sus lentas caricias, pero finalmente me relajo. Calma mis nervios inquietos, y la tensión se libera poco a poco. Es buena. Muy buena. No profundiza demasiado martirizándome para deshacer los nudos, pero los encuentra todos, y de alguna manera los persuade suavemente para que se relajen.

Gradualmente, me relajo y comienzo a entrar y salir de un sueño ligero. Me despierto cuando murmura algo en ruso con la sensación de que había estado muy, muy lejos. No ha habido sueños frenéticos y perturbadores, ni aquellos en los que intento demostrar mi valía en el bufete o en el tribunal, ni los que estoy en mi boda pero no puedo encontrar a mi novio.

Nada de eso. Solo una profunda sensación de paz.

De mí misma.

Es como volver a casa.

Toca mi hombro ligeramente y murmura de nuevo.

El masaje ha terminado. Ella entra al baño y cierra la puerta, y yo me tomo unos minutos para orientarme y encontrar la manera de bajarme de la mesa. Abro una de mis maletas y saco un pijama. No tiene sentido volver a ponerme la ropa de trabajo, especialmente si Ravil no va a dejarme salir de esta habitación.

Natasha sale y señala hacia el sillón mullido junto a la ventana. El que tiene una vista magnífica del agua. Me dirige hacia él y rellena

mi vaso de agua y me lo entrega.

—Gracias —digo, aunque no estoy segura de que me entienda—. Ha sido magnífico. Eres realmente una sanadora con un don.

Sonríe, recibiendo mi gratitud tanto si entiende las palabras como si no.

Quita las sábanas de la mesa y la dobla, llevándola al vestidor, donde la apoya contra una pared. Dice algo más en ruso y me saluda con la mano mientras se va, con su gran cesta de mimbre con las sábanas, el aceite de masaje y el altavoz, colgando de su hombro.

—Adiós. Gracias de nuevo. Siento haber dudado de ti.

Ella me lanza una sonrisa traviesa antes de saludar de nuevo y marcharse.

Bueno, mirando el lado positivo y todo eso. Debería haberme dado un masaje meses atrás. Fue el cielo puro.



Ravil

Los chicos están reunidos en la sala cuando salgo, sin duda esperándome. La televisión está encendida, pero Oleg baja el volumen cuando entro.

Dima ya ha sacado el portátil de Lucy de su bolso y está haciendo lo suyo con él. Haciendo que cada parte sea accesible para mí. Insertando chips de seguimiento en él, en su bolso y en su móvil en caso de que de alguna manera logre escapar.

—Es hermosa —observa su gemelo, Nikolai, desde un sillón, todavía hablando en ruso como les ordené.

Un hilo de irritación me recorre. No soy del tipo celoso, pero supongo que sí posesivo. No es que crea ni por un microsegundo que alguno de estos hombres tocaría jamás lo que me pertenece. Somos hermanos de armas, y yo soy su *pakhan*. La lealtad entre nosotros es profunda.

—Tendréis bebés preciosos —coincide Maxim en inglés.

—*Russkom* —gruño.

Pone los ojos en blanco pero continúa en nuestra lengua materna. —Primero ordenas a todos que hablen solo inglés. Ahora todo el edificio debe hablar ruso. ¿Y para qué? ¿Por cuánto tiempo? Cuéntanos tu plan, Ravil.

Me meto las manos en los bolsillos para enterrar mi irritación. No me siento con ellos. Aún no. Están esperando noticias de su líder. —Ella es mi prisionera hasta que nazca el bebé. Después de eso, no he decidido.

—Esto realmente solo puede terminar de una manera —dice Maxim. Está recostado en el gran sofá rojo, con los pies apoyados en el otomano y las manos detrás de la cabeza. Como yo, prefiere la ropa cara: camisas abotonadas y pantalones. Zapatos brillantes.

Los demás visten más informal: camisetas y vaqueros o pantalones chinos.

Arqueo una ceja. Normalmente, aprecio sus opiniones. Es un líder y estratega nato. Si Igor no lo hubiera enviado lejos, sería el siguiente en la fila como *pakhan* para toda la organización cuando Igor muera. —¿De qué manera?

—Debes quedarte con ella. Seducirla. Hacer que se enamore. De lo contrario… es una abogada defensora de alto nivel. Tiene la inteligencia y las conexiones para destruirnos. No querrás convertirla en un arma contra nosotros.

Me froto la cara. —*Nyet*.

Maxim tiene razón, pero quiero darle un puñetazo en la garganta por ello.

Hacer que se enamore.

Dima se ríe desde su mesa de trabajo. Lleva una camiseta negra con la imagen de las brillantes líneas de código de *Matrix*, su película favorita. Dima tiene una oficina, pero insistió en montar una estación de trabajo aquí fuera, para poder ver la televisión con los demás mientras rompe todos los códigos jamás escritos. —Hacer que se enamore quizá no sea tan difícil.

Maxim baja los pies y se inclina hacia delante. —¿Qué has encontrado?

—Bueno, su Kindle está lleno de novelas románticas vikingas, todas compradas después de San Valentín. Antes de eso, solo leía no

ficción.

—¿Y?

Se encoge de hombros. —Tiene debilidad por ser raptada por hombres grandes y rubios. Pero se pone mejor. Mucho mejor. ¿Adivinas qué busca en Google tu señorita cuando está sola por la noche?

La piel se me eriza. —¿Qué?

—Es bueno. Te va a gustar. —Mira alrededor, sonriendo y arqueando las cejas hacia todos nosotros para asegurarse de que estamos escuchando.

—¿Qué? —exclamo con impaciencia.

—Esperad.

—Dima —gruñe Nikolai.

—¡Dínos! —Maxim levanta la voz.

—¡*Azotes… rusos*! —grita Dima con alegría.

La habitación estalla en burlas y carcajadas.

Una parte de mí quiere aplastarlos a todos por reírse a su costa, pero estoy demasiado complacido con la información.

Mi encantadora abogada *sí* me echaba de menos.

Cuando la dominé en Black Light, era su primera vez experimentando con BDSM. Estaba superando una ruptura, y su amiga de D.C. la convenció para ir. Entró vestida de forma inadecuada, pero perfecta, con un vestido rojo cruzado. En el momento en que la vi, supe que la quería, pero la velada estaba organizada como un juego de ruleta. Las parejas se elegían por el giro de la bola en la rueda. Había planeado comprarla a quien fuera su pareja, pero como por suerte, Dama Fortuna (el nombre de fantasía de Lucy) fue emparejada conmigo.

—¿La azotaste, Ravil? —Pavel suena ligeramente alarmado. Es más joven, de unos veinticinco años. Su experiencia sexual puede que no sea tan colorida como la mía.

Todas sus miradas se fijan en mí, esperando mi respuesta.

Me encojo de hombros. —*Da*. Por supuesto. La conocí en el club de BDSM al que Valdemar me arrastró en D.C. —La azoté de lo lindo. Sobre mis rodillas con un tapón en su trasero. Fue más caliente que el infierno.

—Claro. El club exclusivo donde hay que pagar para azotar a una mujer —dice Maxim, repitiendo mis propias palabras cuando me quejé de ir.

—Exactamente eso.

—Parece que hiciste bastante más que azotarla —observa Nikolai.

—Basta. —Lucy puede ser mi prisionera, pero sigo sin tolerar que la falten al respeto.

Mis hombres borran las risas de sus rostros, resultando en labios temblorosos y miradas furtivas de colegiales.

—Así que le darás lo que necesita y harás que se enamore. Cuando llegue el bebé, ella se quedará —Maxim resume su visión de la situación.

Aprieto los labios. —Ya veremos.

—¿Soy el único cabrón en señalar que las familias van contra el Código? —pregunta Nikolai. No fue separado de su gemelo cuando se unieron, a pesar del edicto, pero ellos fueron una excepción.

La alegría se evapora de la habitación. Oleg se inclina hacia adelante, con una arruga en la frente.

No respondo. Por supuesto, esto ha estado en mi mente desde el principio. También estoy en el punto en que tiendo a crear mis propias reglas.

Pero me expondría a ser reemplazado. Romper el Código significaría que tendría que preocuparme por alguien enterrándome un cuchillo en la espalda para mandarme al otro lado.

—Quiero decir, no te estoy desafiando, Ravil. Lo sabes. —Nikolai adopta un tono conciliador—. Estoy con mi familia. —Inclina la cabeza hacia Dima—. Pero él también está en la hermandad.

Le doy un asentimiento.

—Alguien en Moscú podría desafiarte —dice Maxim—. Especialmente si Igor muere.

Las carnosas palmas de Oleg forman puños, el ceño en su frente aumentando. Creo que eso significa que me respalda, pero es difícil decirlo. Su propia célula en Rusia lo jodió. Ha sido nada más que leal conmigo, pero no sé cuáles son sus sentimientos sobre romper el Código; y bueno, Oleg no comunica mucho.

—¿Sería mejor…? —comienza Pavel, y luego levanta ambas manos en señal de rendición—, no digo que debas… ¿pero estarían más seguros si los dejaras solos? ¿Si mantuvieras cierta distancia? Podrías conservarla como una amante, de la manera en que Igor tiene su amante e hija.

—Ella se queda aquí —gruño.

Mi bebé. Su hermosa madre. En *mi* edificio.

Como debe ser.

—Los protegeré. Y si alguno de vosotros —todos los hombres inmediatamente comienzan a negar con la cabeza— quiere desafiarme por romper el código… —Lanzo una mirada gélida a todos ellos, aunque claramente no lo van a hacer—. Bien. Entonces me respaldaréis.

—Siempre —murmura Dima.

—*Da* —coincide Nikalai. Maxim y Pavel también dan su consentimiento.

Oleg asiente.

—Gracias.

Me siento en el sofá al lado de Maxim.

—¿Hay algo más interesante en ese portátil? —le pregunto a Dima.

—Puedes verlo por ti mismo. —Me entrega mi portátil, que estaba abierto a su lado—. Te he creado un enlace a todo, pero aquí tienes algunos de los sitios en los que estuvo, por si quieres alguna pista. —Sonríe mientras se oye un golpe y un grito procedente del portátil, y lo gira para mostrarnos una escena de porno amateur con una chica inclinada sobre el respaldo de un sofá.

—Menciona esto otra vez y estás muerto —digo con frialdad—. No permitiré que se burlen de ella.

Dima se pone serio al instante.

—Lo siento. Por supuesto que no. —Baja la cabeza, pero no antes de que vea cómo le tiemblan los labios.

Cabrón.

CAPÍTULO 5



Ravil

Lucy no intenta salir de la habitación cuando termina su masaje, aunque no he cerrado la puerta con llave ni he apostado un guardia. Todavía estoy considerando cuán estricto debo ser con ella.

Tengo que seguir recordándome que ella quería criar a nuestro hijo sin que yo llegara a conocerlo. Que piensa tan poco de mí, que no me considera digno de ser su padre.

Quizás no lo soy. Tuve orígenes humildes. Fui el hijo pobre de una prostituta. Corría por la nieve y el fango de Leningrado con botas cuyas suelas se abrían, robando productos o hurgando en la basura para conseguir algo que comer.

Allí fue donde Igor me encontró. Donde aprendí el Código de los Ladrones. No pagues por lo que puedes robar. Renuncia a toda familia por la hermandad. Asciende en el escalafón con tu lealtad y valentía.

La bratva se convirtió en mi identidad. Dentro de ella, soy respetado. Dentro de mis círculos, soy Dios. ¿Pero fuera? ¿En las calles de Chicago? Un hombre cubierto de tatuajes de prisión con acento ruso no impone mucho respeto.

Supongo que por eso creé el Kremlin. Compré este edificio en la zona más codiciada de Chicago y lo llené con mi propia gente. Es

por eso que exijo que todos aquí practiquen su inglés. Que aprendan la cultura y las leyes, para que puedan ser manipuladas en beneficio de los nuestros.

El rechazo de Lucy, sabiendo que la hermosa abogada de buena cuna y bien respetada en esta ciudad no me encontró lo suficientemente bueno… Bueno, me apuñala donde más duele.

Y por eso, pretendo herirla un poco a cambio.

Nadie me quita a mi hijo.

Entro en la habitación donde la encuentro de pie junto a la ventana, mirando las luces de los yates en el agua.

Mi polla se pone dura porque no lleva más que unos pantalones cortos diminutos y una camisola, ambos estirados alrededor de sus curvas de embarazo.

Blyat.

La deseo ahora.

Pero actuar desde el deseo nunca es una estrategia ganadora. Ajusto mi polla tensa.

Ella se gira y me mira por encima del hombro, con la boca en una línea tensa.

—¿Qué pasará con el bebé?

Ah. Finalmente la pregunta que he estado anticipando. Y sin embargo, mi respuesta ha cambiado varias veces en mi mente. Aun así, voy a jugar duro. Ella puede intentar ablandarme si quiere. Tiene cuatro meses para intentarlo.

—El bebé se queda aquí, en este edificio. Si deseas formar parte de su vida, te portarás bien conmigo.

Ella permanece muy quieta. Solo el más ligero ensanchamiento de sus fosas nasales y la tensión de sus dedos muestran su ira. Se lo esperaba.

—No puedes…

—Sabes que puedo, así que dejemos las pretensiones. Tus leyes no pueden tocarme. Si lo intentaras, desaparecería con el niño en cuestión de horas. Nunca lo volverías a ver.

Estoy preparado para cualquier argumento que me lance. Lo que no espero es que sus ojos se llenen de lágrimas.

Eso me hace algo áspero y duro por dentro.

Ella parpadea para secárselas sin cambiar nada en su rostro. No la tomo por llorona, pero estoy seguro de que las hormonas la hacen más susceptible.

Tendré que asegurarme de no empujarla tan lejos de nuevo porque me disgusta lo desequilibrado que me hace sentir.

—Intentaste mantener a nuestro hijo lejos de mí —digo, con demasiada dureza. Me lo estoy recordando tanto a mí como a ella—. Estoy siendo mucho más generoso contigo. Todo lo que tienes que hacer es cooperar conmigo, y conservarás a tu hijo. Podrás amamantarlo y criarlo. Enseñarle y verlo crecer.

—Todas las cosas de las que quisiste privarme.

Ella se aparta de mí, de vuelta a la ventana.

Tengo el impulso de darme la vuelta e irme. Pero es mi habitación, y elegí ponerla aquí conmigo por una razón.

Necesito derribar sus muros… no fortalecerlos. Incluso cuando quiero construir los míos.

Voy hacia ella. Tocarla antes fue eléctrico. Había sido tan receptiva. Más receptiva que la noche de San Valentín. Era como si su cuerpo estuviera preparado para mí, esperando mi tacto.

Puede que no me considerara apto para ser padre, pero ahora sé con total certeza cuánto le gustó mi maestría en Black Light.

Deslizo una mano bajo su camisola para acariciar su pecho, la otra por su vientre, acariciando más abajo. —Todavía queda pendiente tu castigo —digo contra el contorno de su oreja.

Me satisface sentir el escalofrío que la recorre. No responde, pero siento que su cuerpo escucha. Espera. Como antes en su apartamento, ella quiere esto. O al menos su cuerpo lo quiere.

Me encanta ver la transformación que ha hecho su cuerpo con el embarazo. En febrero, estaba demasiado delgada. Como si mantuviera su cuerpo bajo un estándar rígido de peso. Ahora tiene curvas, no solo su vientre y pechos más grandes, sino que todo en ella tiene una hermosa suavidad. Amaso su pecho suavemente.

—Estos están mucho más grandes que antes. ¿Están sensibles?

—Sí. —Se mueve contra mí, pequeños espasmos y sacudidas, como bolsas de resistencia absorbidas en mis manos.

Pellizco su pezón, tirando de él hasta convertirlo en una punta rígida y abultada. Ella cambia de posición con las piernas, su respiración acelerándose. Deslizo mi otra mano dentro de sus diminutos pantalones cortos de pijama, curvando mis dedos para moldearlos sobre su monte de Venus.

Ella traga y me da más de su peso, apoyándose contra mi cuerpo. —¿No contrarresta el castigo al masaje? ¿No estabas intentando mantenerme alejada del estrés?

—Todo el estrés que te aflige será aliviado cuando termine. A menos que desobedezcas.

Siento un temblor en ella, excitación, supongo, no miedo. Si tuviera miedo, se apartaría.

No lo ha hecho.

Froto mis dedos sobre su sexo. Casi al instante se pone húmeda, como si su coño estuviera esperando a que lo acariciara. Le quito la diminuta camisola por la cabeza y la tiro al suelo.

—Ven —la dirijo hacia la cama—. Te quiero de rodillas para mí. —Ella duda un poco, pero luego me permite dirigirla—. Arriba —ordeno.

Por un momento, se pone rígida, como si acabara de decidir que no debería ceder ante mí.

—Pórtate bien, o no te daré la satisfacción que sé que tu cuerpo anhela.

Ella mira por encima del hombro, escrutando mi rostro. Tiene puesta su máscara de abogada y es difícil leerla. Interrumpo cualquier debate interno que esté teniendo con una fuerte palmada en su trasero y arrastrando lentamente sus shorts ajustados por sus piernas.

—De rodillas. —La cojo el codo y tiro hacia arriba para mostrarle que quiero que se ponga de rodillas en la cama. Pasé toda la tarde investigando sobre el embarazo. Qué es seguro para ella, qué no. Qué posiciones son las mejores. Cuáles están contraindicadas. Cómo hacerla sentir cómoda. Cómo castigarla.

Coloco un cojín de apoyo y la almohada corporal grande que hice que Nikolai comprara para ella hoy en el centro de la cama. — Culo

arriba. —Le doy una palmada en el pálido globo de su trasero para enfatizar la orden.

Ella se arrodilla frente al cojín. Coloco la almohada corporal bajo su torso—. Pecho abajo, gatita. Ponte cómoda.

En lugar de eso, se mantiene apoyada sobre sus manos y rodillas. Le permito su pequeño desafío. El verdadero castigo es mantenerla aquí. Esto, en realidad, es el placer de la situación.

Para ambos.

Vuelve a mirar por encima del hombro, sus ojos marrones nublados con recelo. Acaricio su trasero con la palma de mi mano.

—Relájate, *kotyonok*. Sé lo que necesitas.

Cojo un látigo de cuero (otra compra de la tarde) y deslizo los suaves filamentos por su piel—. La última vez que te azoté, tenías mi polla en la boca —recuerdo.

—Y no me dejaste correrme —dice inmediatamente, como si la escena estuviera tan fresca en su mente como en la mía.

Me río entre dientes—. No, te hice esperar. Pero viste el beneficio de retrasar el orgasmo.

Vuelve la cabeza para mirar hacia abajo, a la almohada. Me coloco detrás de ella y comienzo a girar el látigo en un movimiento de ocho, haciéndolo girar para que solo las puntas rocen su piel.

Ella deja escapar un sorprendido: — Mm.

Continúo, acercándome más, para que más hebras entren en contacto. Puedo notar que se vuelve más punzante por la forma en que su trasero se tensa y contiene la respiración. Sin embargo, no se mueve de la posición. Sin duda quiere esto.

Retrocedo el brazo y dejo que las borlas del látigo se balanceen, azotándola firmemente una vez.

—¡Ay! —Ella respira bruscamente.

—Aguántalo, gatita. —La azoto de nuevo. Una marca rosada florece donde golpeé la primera vez. Vuelvo a mis ochos más suaves para difuminar el escozor y calentar todo su trasero.

Gime y se hunde, primero hasta los codos y luego apoyando el pecho sobre la almohada que le proporcioné.

—Buena chica —la elogio, aunque no lo hace para ser obediente, lo hace para ponerse más cómoda. Aun así, así es como aprende a

confiar en que mis órdenes son por su propio bien. Así es como aprende a confiar.

Recuerdo de Black Light cuánto tiempo me llevó ganar su confianza, y eso fue solo como pareja para una noche. Ahora, estoy contemplando algo completamente diferente.

Mi derecho a ser padre de nuestro hijo.

Aumento la potencia detrás de los giros, golpeando un poco más fuerte, y ella se estremece, apretando las nalgas. Lo aligero de nuevo y bajo por la parte posterior de cada muslo y luego por su hermosa espalda.

—Debería hacerte chuparme la polla esta noche —observo—. Excepto que no estoy seguro de poder confiar en que no me la arranques de un mordisco.

Ella murmura su consentimiento contra la almohada, y sonrío para mis adentros.

—Tendré que tomar mi placer —digo, volviendo mi atención a su trasero. Toda su piel tiene un ligero resplandor rosado. Me dispongo a oscurecer ese tono en su trasero.

Sus dedos se aferran a la almohada, su ano se contrae y se relaja.

Dejo de azotar y deslizo las borlas suavemente sobre su piel enrojecida entre sus nalgas, contra su coño. La balanceo y azoto ligeramente su sexo.

Ella suelta un chillido. Vuelvo a azotarla. Y otra vez.

Luego dejo caer el látigo y froto su hendidura con mis dedos.

Tan mojada. Increíblemente hinchada. Muy invitante.

Si me importara más su placer, alargaría esta escena como hice en Black Light. Pero una parte de mí sigue enfadada. Así que considero mis propios deseos primero.

Ahora mismo, quiero follarme a mi nueva abogada hasta que la habitación dé vueltas. Desabrocho mis pantalones y libero mi erección palpitante.

—Estoy limpio —le digo, con la voz ronca por el deseo—. No he estado con nadie desde que estuve contigo.

No tenía intención de decirle eso. No estoy seguro de por qué lo hice.

La irritación conmigo mismo me hace embestirla sin esperar su acuerdo, su reconocimiento de mi plan de penetrarla sin protección.

—Yo tampoco —jadea mientras la fuerza de mi embestida la empuja hacia adelante.

Agarro sus caderas, con el corazón de repente alojado más arriba en mi pecho.

No debería sorprenderme su confesión, considerando lo que encontré en su portátil. Es más bien que ella lo compartiera voluntariamente conmigo.

Pero mis pensamientos empiezan a desmoronarse porque estar dentro de su canal caliente y húmedo se siente mejor de lo que recuerdo. Mejor que cualquier polvo que haya tenido nunca.

¿Será porque sé que está esperando a mi hijo? ¿Algo primitivo y cavernícola en mí lo encuentra tan atractivo?

¿O es que su cuerpo es mucho más acogedor bajo la influencia de todas las hormonas? Sea como sea, me deleito en la forma en que su carne parece apretar mi polla mientras entro y salgo de ella.

Agarro su largo cabello rubio y lo envuelvo en un puño, usándolo para levantar su cabeza. —Has necesitado esto —le digo, mi propia lujuria desenfrenada haciéndome sentir arrogante como el demonio —. Has necesitado que mi gran polla rusa te folle sin sentido. ¿Verdad, preciosa?

Ella solo maúlla en respuesta. No esperaba que estuviera de acuerdo. —Pensabas que habías renunciado a esto para siempre, ¿verdad? ¿Es por eso que has estado viendo porno ruso?

Ella mueve las caderas sorprendida, y yo aprieto mi agarre, aumentando el tempo de la follada. —¿Necesitabas unas buenas nalgadas rusas?

—¡Cállate! —espeta.

La he avergonzado. No me importa. Sé que estoy siendo un *mudak*. En el calor del momento, estoy dejando ver mi propio dolor.

—Que te jodan, Ravil.

Me río entre dientes. —Como desees, preciosa. —Embisto más y más fuerte, cerrando los ojos para saborear lo bien que se siente. Un rayo golpea la base de mi columna, mis muslos tiemblan mientras mis testículos se contraen con la necesidad de correrme.

Alcanzo y froto su clítoris bruscamente un par de veces, pero estoy demasiado cerca. Lo necesito con tanta desesperación. Le sujeto la nuca para mantenerla en su sitio mientras la follo dura y rápidamente. Grito cuando me corro (rujo, en realidad) y alcanzo para darle a su clítoris toda mi atención.

Ella se corre casi inmediatamente, su canal apretando y liberando alrededor de mi polla, extrayendo más y más de mi semilla.

—*Blyat*, Lucy. *Blyat.* —Acaricio todo su cuerpo con mis manos, la gratitud siguiendo rápidamente a mi placer.

Perdón.

Incluso afecto.

Espero hasta que su orgasmo ha pasado y ha recuperado el aliento antes de salir suavemente y conseguir una toallita para limpiarla.

Ella no espera, sino que pasa junto a mí hacia el baño. Le entrego la toallita y ella señala hacia la puerta.

—¿Un poco de privacidad?

Niego con la cabeza.

—Sé amable o usaré mi cinturón la próxima vez que te castigue.

Sus ojos se encienden, pero estoy seguro de que es mitad excitación. Salgo y cierro la puerta. Deja que tenga su privacidad. Tendrá muy poca aquí conmigo.

La poseeré cada minuto. Vigilaré cada una de sus comunicaciones, controlaré toda su existencia.

Así que sí, si quiere enjuagarse sola después de que la folle, puede tener esa pequeña victoria.

No habrá muchas más.



Lucy

Mis piernas tiemblan y mi trasero hormiguea con calor. Principalmente, solo siento placer. La languidez post-orgásmica de extremidades pesadas y dicha.

Todas esas noches viendo porno ruso intentando alcanzar el orgasmo, nunca conseguí satisfacción. Incluso cuando lograba llevarme al orgasmo.

Pero que me condenen si le digo a Ravil que me ha satisfecho.

Cabrón.

En parte me odio ahora mismo por dejarle hacer eso. Es solo que ya ha demostrado ser un amante cuidadoso y atento. Y este embarazo me tiene tan condenadamente cachonda.

Además, soy feminista. No creo que el sexo sea el único poder que tiene una mujer: un regalo para dar o retener. Eso es una estupidez. Un vestigio del dominio patriarcal. No uno al que debamos someternos.

Ese sexo fue para mí, aunque pareciera degradante.

Y obtuve lo que necesitaba de ello.

Y si él también lo disfrutó, pues bien por él. Podría ayudar a nuestras negociaciones.

Uso el inodoro y luego enciendo la ducha. Cuando estoy entrando, Ravil golpea ligeramente y abre la puerta. Levanta mi neceser para que lo vea y lo deja en el mostrador antes de retroceder nuevamente y cerrar la puerta.

Un escalofrío me recorre la columna al recordar que ese hombre empacó mis cosas hoy. Me mudó con él. Su amenaza de llevarme a Rusia durante el embarazo es lo suficientemente creíble como para asustarme. Obviamente tiene mucho dinero y contactos. No le importan las leyes. Hace lo que quiere.

Toma lo que quiere.

Este es el tipo de hombre que quería fuera de la vida de mi hijo.

Pero a menos que se me ocurra una forma de deshacerme de Ravil, eso no será posible.

No soy capaz de asesinar. Así que eso deja la cárcel. Necesito usar mi tiempo aquí para observar y recopilar evidencia de crímenes. Podría construir un caso y entregárselo al fiscal del distrito. Hacer que encierren a Ravil.

Tendría que encontrar una manera de asegurarme de que cualquier cargo por el que lo encerrara se sostuviera. Y lo mantuviera allí al menos veinte años.

La inquietud me eriza la piel. La posibilidad de que tal plan fracase es grande. Si intentara encerrarlo (tuviera éxito o no) hay muchas probabilidades de que hubiera represalias. Si no de él, entonces de su "familia". Parecen unidos. Y él todavía podría dar órdenes desde la cárcel.

Tiemblo bajo el agua caliente.

Es un mal plan. Mis opciones son extremadamente limitadas. Sigo pensando.

Mejor plan: recopilar la evidencia. Guardarla en un lugar muy seguro. Usarla como presión sobre él.

Sí, esa es una estrategia decente.

Así que solo necesito tratar mi tiempo aquí como una oportunidad para espiar a Ravil.

Descubrir todo lo que pueda sobre él y su operación.

Y si él satisface mis necesidades sexuales bastante voraces durante este tiempo, no hay daño en eso, ¿verdad?

No.

Termino mi ducha y salgo, agarrando una suave toalla gris del estante de alambre. Es esponjosa y absorbente, y se siente celestial contra mi piel sensible. Bueno, al menos puedo vivir con lujo mientras estoy aquí.

Me envuelvo el pelo con la toalla y salgo, desnuda.

—Tengo hambre. —Normalmente no soy grosera ni exigente, pero francamente, se lo merece.

Ravil está sentado en la cama, apoyándose contra el cabecero. Todavía lleva su camisa abotonada y pantalones, que apenas se bajó para tener sexo conmigo. El contraste de la ropa formal con los tatuajes en sus nudillos y en su cuello es más sexy de lo que debería ser.

El chico malo que triunfó. Que alcanzó la cima del éxito a pesar de sus malos modos.

—¿Qué te apetece comer, *kotyonok*? —Está impasible ante mi queja.

—Alitas de pollo —suelto—. Con salsa barbacoa de miel. —Es verdad, eso es exactamente lo que estoy deseando, pero también lo estoy poniendo a prueba. Dijo que estoy aquí para que pueda

cuidarme durante el embarazo. Voy a hacerlo trabajar. Voy a actuar como una maldita diva embarazada.

No parece perturbarlo en lo más mínimo. Coge su teléfono y pulsa un botón. Dice algo en ruso a quien sea que contesta, luego termina la llamada.

—Tus alitas están en camino —dice con suavidad.

Me siento irracionalmente feliz por eso. Solo porque cuando una mujer embarazada tiene un antojo, realmente se siente como el fin del mundo si no lo consigue. Te lo juro, a veces tengo tanta hambre que quiero llorar. No he recurrido a pedir comida a domicilio a las diez de la noche o a la hora que sea ahora, pero sin duda lo he deseado.

La mirada de Ravil recorre mi cuerpo desnudo.

No odio estar embarazada como algunas mujeres. De hecho, pensé que podría, pero después de romper con Jeffrey, realmente temía que fuera demasiado tarde para mí. Que nunca ocurriría. Y por eso, hasta ahora, este bebé ha sido como un pequeño milagro. He saboreado todos los cambios por los que ha pasado mi cuerpo. Incluso los menos agradables, como levantarme a hacer pis dos veces en medio de la noche y querer llorar con anuncios sentimentales.

Aun así, nadie me ha visto desnuda desde que cambié de forma.

—*Prekrasnyy* —murmura Ravil.

—¿Qué significa eso?

—Hermosa. De verdad. Nunca he visto nada ni a nadie tan hermoso en mi vida.

Tres cosas se calientan simultáneamente: mi pecho, mi cuello y mis partes íntimas.

—¿Qué más puedo traerte, gatita? ¿Más de esto? —Me ofrece el vaso de agua con pepino.

—¿Puedo tomar simplemente agua normal? —El pepino estaba bien al principio, pero ya no me apetece.

—Por supuesto. —Coge su teléfono otra vez. Cuando termina, tira hacia abajo de las sábanas de la cama—. Ven. Cúbrete. O ponte el pijama. Si mis hombres te ven desnuda, tendré que matarlos.

Lanzo una mirada a su cara porque no estoy segura de lo en serio que habla. ¿Realmente se siente posesivo conmigo?

No sonríe.

Vale, entonces.

Eso pone mis pensamientos en una rueda de hámster. ¿Cree que le pertenezco ahora? ¿Me está reclamando junto con este bebé? ¿O tengo alguna posibilidad de que me deje marchar? Claro, no querría irme sin mi bebé, y él lo sabe. De hecho, ese sería el peor resultado posible.

Entonces, ¿debería *querer* que me reclame como suya también?

Ese pensamiento es demasiado loco para considerarlo siquiera.

Me pongo la camiseta y los shorts de pijama y me meto bajo la sábana. Me entrega mi portátil con mi móvil encima.

—Escúchame, Lucy. —No suelta el portátil cuando intento cogerlo.

Encuentro su gélida mirada azul.

—Harás lo que te he dicho. Mañana llamarás a tu oficina y les dirás que debes trabajar en remoto. Puedes llamar, enviar correos o estar en contacto con quien necesites para hacer tu trabajo, pero estaré monitorizando tus comunicaciones. Una palabra, una súplica de ayuda o insinuación sobre tu situación, sobre mí, e irás a Rusia. Si vuelves, y eso es un gran si, será sola. ¿Entiendes?

Cojo el vaso de agua con pepino y se lo tiro a la cara. Es infantil y estúpido, pero que le den. —Te odio —escupo.

Ravil no se mueve. Parpadea para quitarse las gotas de agua de las pestañas mientras me mira fríamente. —Ten cuidado, gatita. También puedo quitarte privilegios.

Cierro los ojos porque siento que las lágrimas vuelven a aparecer, y no quiero que las vea. —Te odio —repito.

Niega con la cabeza. —No lo digas otra vez. Nuestro hijo está escuchando.

Es una locura lo que dice. No estoy segura de si realmente lo cree o no, pero me hace dudar. Gretchen, mi mejor amiga de la facultad de derecho, diría que tiene razón, que el bebé lo sentiría energéticamente.

—Tu hijo también estaba escuchando cuando amenazaste con quitárselo a su madre —replico—. No me amenaces otra vez. —Hay un temblor en mi voz que odio.

Me clava su mirada azul. —De acuerdo. ¿Entiendes nuestro acuerdo?

—Lo entiendo —digo tensa.

—Bien. No deseo amenazarte de nuevo.

Las lágrimas vuelven a quemarme tras los ojos. Me obligo a tragar. Me salvo de su escrutinio por un golpe en la puerta.

Él sube la sábana más arriba sobre mí antes de responder en ruso.

La puerta se abre, y Pavel entra con un vaso alto de agua con hielo y otro sin hielo. Me mira y dice unas frases en ruso. Supongo que es algo como que no sabía cómo me gustaba el agua, así que trajo ambas opciones.

—Gracias. —Alcanzo el agua con hielo.

—*Pozhaluysta* —dice Pavel. Su sonrisa es cálida y amistosa, como si realmente fuera una invitada y no una prisionera. Me encuentro levantando los dedos para saludarlo cuando se gira para decir algo en la puerta.

—*Pozhaluysta*. ¿Eso significa *de nada*?

—Sí. Y también *por favor* —dice Ravil.

—¿Alguien aquí habla inglés además de ti?

—Yo seré tu traductor.

Oh, no. Ni hablar. ¿Cree que soy estúpida? Si voy a ser prisionera en un edificio lleno de gente que solo habla ruso… Seguro que le encanta la idea de que me sienta indefensa aquí, pero eso no va a pasar. Me apuntaré a clases de ruso en esa aplicación de idiomas mañana mismo. Para cuando nazca el bebé, voy a hablar ruso con fluidez.

Ese objetivo me quita algo del miedo a acabar en Rusia. Conocer el idioma definitivamente haría ese escenario menos aterrador.

Me bebo el agua, aunque eso garantiza que me levantaré en dos horas para hacer pis, y me tumbo dando la espalda a Ravil. Voy a cerrar los ojos hasta que llegue la comida.

CAPÍTULO 6



Ravil

Lucy no se despierta cuando traen la comida, así que envío a Pavel para que la lleve al frigorífico de la cocina, me quito la ropa quedándome solo con los bóxers ajustados y me meto bajo las sábanas con ella.

Y entonces me quedo despierto, con las manos detrás de la cabeza. Pensando.

No llegué a mi posición en la cima de la bratva cambiando de opinión una vez que había tomado una decisión. Eso no significa que no modifique un plan en marcha. Solo que cuando fijo mi objetivo en algo, no paro hasta conseguir lo que busco.

En este caso, puede que no tuviera totalmente claro lo que busco.

¿Es a Lucy? ¿O solo al niño? ¿O es principalmente castigar a Lucy por la ofensa? Un buen *pakhan* es capaz de ver su propia debilidad. De conocer sus motivos.

Blyat. Quería castigarla.

Algún fragmento de aquel niño hambriento de Leningrado todavía existe en mí y cree que personas como Lucy Lawrence son mejores que yo. Que cuando deciden que no soy digno de respeto y decencia, deben tener razón.

Y entonces el yo más mayor, el que se probó a sí mismo con los nudillos y los cuchillos, tiene que aplastar a esas personas contra el suelo para demostrar que no es cierto.

Y Lucy me faltó al respeto de manera absoluta.

Pasa una hora. Luego otra. Repasé todos los ángulos de todas las posibilidades una y otra vez solo para conocer mis opciones. Las decisiones siguen sin llegar.

Lucy se mueve, luego se incorpora.

—¿Tienes hambre, gatita?

Camina hacia el baño con una mano sobre su vientre. —Em, *sí*.

—¿Quieres esas alitas picantes ahora?

—No —gime. Cierra la puerta, y la oigo hacer pis al otro lado.

Me levanto de la cama. —¿Qué te apetece comer?

—No lo sé. Comida.

—Muy útil, Abogada. Ven. Te llevaré a la cocina.

—Ooh, mi propio escolta. Supongo que debería darte las gracias por dejarme salir de mi celda.

—¿Después del incidente de tirarme el agua? Sí —digo, aunque no es cierto. No guardo rencor por eso. La amenacé. Ella se vengó a su manera. Me gusta su carácter. Ahora podemos seguir adelante.

Si al menos estuviera seguro de cómo debería ser ese avance.

La tomo del codo y la conduzco a la enorme cocina, rezando para que ninguno de los chicos esté levantado porque no quiero que nadie la vea con esos minúsculos pijamas.

—Por favor, dime que tienes algo más que solo comida rusa —susurra mientras enciendo la luz tenue sobre la cocina. Es una cocina de ensueño, o eso me han dicho.

Yo no cocino. La cocina está contigua al salón, abierta por un lado, con una barra de desayuno y una isla central, todo en granito rosa y negro. Los electrodomésticos son de acero inoxidable. Los armarios son de arce macizo con cierre suave y luz incorporada debajo. También enciendo ese interruptor. Si encendiera la luz principal, nos quedaríamos ciegos los dos.

El suave resplandor ilumina la piel pálida y el cabello de Lucy. Se ve hermosamente desaliñada. Quiero acariciar sin parar ese vientre

hinchado suyo, pero no estamos realmente en esos términos en este momento.

Abro el frigorífico y miro dentro. —¿Tienes algo contra la comida rusa?

—Bueno, tu cultura no es precisamente conocida por su finura culinaria.

—Ten cuidado o solo tendrás borscht y perogies el resto de la semana.

Parpadea mirándome, y espero otro insulto, pero dice: —¿Tienes perogies?

Sonrío, indulgente. —¿Eso te suena bien, gatita?

—Quizás.

Saco un recipiente. —Tienes que probar estos al menos. Son los mejores perogies que he probado en mi vida. Hechos por la señora Kuznetzov del cuarto piso. —Abro la tapa y los pongo en la bandeja del horno tostador. He aprendido que la masa exterior se vuelve blanda si intentas calentarlos en el microondas—. Solo unos minutos. —Vuelvo mi atención al frigorífico—. ¿Qué más te apetece? ¿Algunos frutos rojos? —Saco un recipiente de arándanos orgánicos.

—Mmm. Sí. —Lo coge y lo lleva al fregadero, enjuagando los arándanos bajo un chorro de agua. Observo su trasero. Por detrás, no sabrías que está embarazada. Lleva el embarazo por delante, así que todavía parece tener cintura. Su trasero es más lleno de lo que era el día de San Valentín, redondo y follable. Muy sexy.

Han pasado un par de horas, y estoy listo para darle a ese culo otra vez.

Toda la noche.

Lástima que necesite descansar.

Por supuesto, un orgasmo podría ayudarla a dormir.

El horno tostador suena, y compruebo los perogies, asegurándome de que se hayan calentado por completo.

Lucy se mete algunos arándanos en la boca. —¿Cuál es tu comida favorita?

—¿Comida rusa?

Asiente, masticando un arándano jugoso.

Niego con la cabeza. —No me gusta la comida rusa.

—¿Ves? —dice, y luego se tapa la boca con la mano porque ha sonado demasiado fuerte.

Sonrío porque me encanta verla un poco desinhibida. Quiero más de eso.

Me mira, sus ojos bajando de mi cara a mi pecho desnudo, recorriendo mis tatuajes. Su mirada continúa por mis abdominales hasta mis bóxers, donde mi polla saluda su interés.

Su expresión es difícil de interpretar, pero por la manera en que sus pezones se marcan en su fino top, sé que le gusta lo que ve.

—¿Quieres más? —pregunto, dándole a mi polla un apretón áspero.

Traga saliva, alzando la mirada una vez más a mi cara. Veo indecisión allí. Su cuerpo lo desea. Su mente se rebela. Tuvo el mismo dilema en Black Light, aunque ahora creo que se trata más de no querer darme nada que signifique rendirse a sus deseos.

Se lo pongo más fácil, entrando en su espacio y apoyando ligeramente mis manos en su cintura. La giro para que mire hacia la encimera. —Ni siquiera te azotaré esta vez —murmuro.

No se mueve. Tampoco me rechaza. Con ella, lo tomo como un sí. No va a pedírmelo, aunque sepa que es lo que quiere.

Deslizo mi mano entre sus piernas. —Te haré una apuesta. —Rozo mis labios por su cuello, los sedosos mechones de su cabello rubio deslizándose por mi cara con barba incipiente—. Apuesto a que puedo hacer que te corras antes de que suene el tostador.

Mira el horno tostador. Quedan dos minutos.

—Pensaba que los hombres debían estar orgullosos de tardar mucho… no poco. —Su voz es espesa.

Deslizo mis dedos bajo los pequeños pantalones del pijama y rozo sus pliegues. Ya está húmeda.

Chorreando.

—Eso sería yo durando mucho tiempo. Estamos hablando de ti llegando al clímax. —Hundo un dedo en ella—. Ni siquiera usaré mi polla. ¿Trato hecho?

Ella apoya las manos en la resbaladiza encimera. —En realidad. —Me mira por encima del hombro, con una expresión imperiosa en su rostro—. Quiero tu polla.

Sonrío con suficiencia. —¿Ah, sí? —Froto mi erección contra su mullido trasero.

—Los dedos no siempre funcionan conmigo —confiesa.

Con un movimiento rápido, le bajo los shorts y caen al suelo de la cocina. Al segundo siguiente, tengo la cabeza de mi miembro frotando su entrada. —¿Tus dedos o los míos?

Ella contiene la respiración cuando penetro su entrada, empujando suavemente hacia dentro. —Los míos —confiesa.

—Te aseguro que los míos son más hábiles —presumo, lo que puede o no ser cierto. Conseguí arrancarle muchos orgasmos la primera vez que estuvimos juntos. Empujo hacia delante hasta estar completamente dentro, luego retrocedo lentamente, casi saliendo del todo. Ella se estremece en respuesta—. Pero te dejaré llevar la voz cantante esta noche.

Bombeo dentro y fuera de nuevo lentamente, luego agarro sus caderas para una serie de embestidas cortas y superficiales.

Su respiración se acelera, los dedos se aplanan sobre la encimera.

Rodeo su cintura con un brazo, para asegurarme de que su vientre está protegido, y embisto más fuerte y profundo.

Ella gime, y cubro su boca con mi mano, no porque me importe si los chicos nos oyen, pero a ella quizás sí. No voy a avergonzarla. La tomo con mi mano sobre su boca, luego aflojo el agarre y deslizo la mano por su garganta, enjaulándola ligeramente allí.

—Creo, sin embargo, *kotyonok*, que prefieres cuando yo estoy al mando.

Su coño aprieta mi polla, aunque ella niega con la cabeza.

Deslizo mi mano más abajo, hasta su pecho, donde pellizco su pezón.

Sus respiraciones se convierten en sollozos. Sigo viajando más abajo, colocando la yema de mi dedo índice sobre el pequeño botón de su clítoris.

—¿Te gustan mis dedos ahora, gatita?

—*Mmm* —hace un sonido necesitado.

Miro el temporizador del horno tostador. Me estoy quedando sin tiempo. Froto un poco más fuerte.

Ella grita.

—¿Lo quieres más fuerte, *prekrasnyy*?

Se arquea más, empujando hacia mí. Lo tomo como un sí.

Abandono su clítoris para rodear sus caderas con los dedos de ambas manos y la follo con fuerza, mis lomos golpeando contra su pálido trasero, llenando la cocina con el sonido del sexo.

Mis testículos se tensan. Las piernas me tiemblan. Podría correrme.

El temporizador está casi a cero. —Córrete para mí, gatita. —Cierro los ojos y me dejo sucumbir al placer de estar dentro de ella, lo increíblemente jugosa y ajustada que es, lo prohibido que se siente con ella odiándome, aquí como mi prisionera. Qué correcto.

Pierdo el control y me hundo profundamente para correrme. En el momento en que lo hago, ella se estremece alrededor de mi polla, ordeñándola para extraer mi semen, alcanzando el orgasmo en perfecta sintonía conmigo, como si nuestros cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro. Como si solo pudiéramos corrernos juntos.

—Eso es, preciosa. —Froto su clítoris de nuevo, más lentamente ahora.

El temporizador suena.

Beso su cuello y salgo con cuidado, cogiendo un par de servilletas para limpiarnos.

Ella solloza, dejándose caer sobre sus antebrazos en la encimera, como si no fuera capaz de mantenerse en pie.

—¿Te sientes mareada, *kotyonok*? —La limpio con la servilleta.

Ella toma una respiración lenta y profunda. —Estoy bien.

Tiro las servilletas y recojo sus shorts de pijama del suelo, agachándome para ayudarla a ponérselos.

Ella se estabiliza con una mano en mi cabeza. Después de subir los shorts, muerdo ligeramente y luego le planto un beso entre las piernas, levantando la mirada hacia la suya.

Ella suelta mi cabeza y da un paso atrás. Puede que me deje satisfacerla, pero la intimidad post-coital sigue sin estar sobre la mesa.

Me levanto y me lavo las manos, luego saco la bandeja del horno tostador y coloco los piroguis calientes en un plato. —Si *tuviera* que elegir una comida rusa favorita, sería esta —le digo, ofreciéndole el plato—. Prueba uno.

Ella extiende la mano y luego se detiene. —¿Con los dedos o con tenedor?

Lo cojo con mis dedos y lo sostengo ante sus labios. —¿A quién le importa? —murmuro, mientras ella abre la boca—. Estás en una cocina oscura en medio de la noche. No hay nada que hacer bien o mal, gatita. —Ya sé que es del tipo que quiere hacer todo bien. Hay demasiado control nervioso en su vida. Tuve que vendarle los ojos en el club para que se centrara en mí y en su cuerpo.

Ella muerde la empanada de carne y gime. —Dios mío, esto está buenísimo —dice con la boca llena, atrapando las migas de hojaldre de sus labios con las yemas de los dedos—. ¿Qué especia es esa?

—Eneldo.

—¿Eneldo? —pregunta incrédula, sosteniendo el pastel a la altura de los ojos y mirando su interior.

—Carne de ternera. Patata. Queso. Y eneldo. Es perfecto, ¿verdad?

Ella da otro bocado como si de repente estuviera famélica. —Tan bueno —murmura.

—Ven aquí. —La llevo del codo a uno de los taburetes al otro lado de la barra de desayuno—. Se te permite sentarte cuando comes.

—¿Se me permite? ¿Qué más permitirás, *amo*? —Sus palabras son ácidas, pero no hay filo en ellas. Me lanza una mirada rápida como si hubiera recordado demasiado tarde que me ha llamado *Amo* antes.

Y lo había disfrutado.

Sirvo un vaso de leche y lo coloco frente a ella, luego me apoyo en la encimera, observándola comer. Ella devora tres piroguis y bebe su leche.

Cuando levanta la vista, sostiene mi mirada. —Siento no haber intentado contactarte, Ravil. —Percibo la sinceridad en su voz, y casi le creo, hasta que oigo su tono—. Pero me has encontrado ahora.

No intentaré mantener a nuestro bebé alejado de ti. Solo déjame ir. Acordaremos un régimen de custodia. Cincuenta-cincuenta si es lo que quieres.

Sé que es una gran concesión. Ella no me quiere en la vida de nuestro hijo en absoluto. Pero no voy a morder el anzuelo. Niego con la cabeza. —No estamos negociando, abogada. Perdiste la oportunidad para eso. Ahora conduzco yo, y tú vas a ser una buena chica y hacer todo lo que te pida.

Sus ojos se entrecierran. —No puedes…

—Ah, pero sí puedo. Lo estoy haciendo, gatita. Acostúmbrate.

Ella se levanta del taburete y se aleja furiosa, directamente hacia la puerta principal.

Qué mona.

Alcanza el pomo.

No lograría salir. Incluso si la dejara atravesar esta puerta, tengo a un hombre en el ascensor y otro a nivel de calle. Nunca saldría del edificio a menos que yo lo permitiera. Aun así, le espeto: —*No lo hagas* —con toda la autoridad que tengo.

Ella se queda paralizada, con la mano alrededor del pomo.

—Esta es tu única advertencia.

Veo un escalofrío recorrer su cuerpo.

Para ayudarla a mantener la compostura, voy a buscarla, agarrándola por el codo y guiándola de vuelta a mi habitación. No dice nada, pero percibo una tormenta gestándose en su interior.

No es bueno para el bebé.

Ni para ella.

No me importa que esté frustrada, pero no puedo permitir que esté estresada. Secuestrar a una mujer embarazada de mi hijo quizá no haya sido mi movimiento más inteligente.

Cierro la puerta suavemente tras nosotros, y ella se libera de mi agarre. —Cálmate, gatita. No es tan malo. ¿Qué te hace entrar en pánico?

Enciendo una lámpara para ver su rostro. Está sonrojado por la ira y respira rápidamente.

—¡Mi vida! —levanta los brazos al aire.

—Trabajarás a distancia.

Ella niega con la cabeza. —Mis padres.

Asiento. —Los visitas los sábados.

Se queda inmóvil. —Has hecho tus deberes.

Me encojo de hombros. —Me gusta estar preparado. Tu padre es socio del bufete donde trabajas. Tuvo un ictus recientemente.

—Sí —susurra—. Si no voy a verle el sábado, mi madre sabrá que algo va mal. Si le digo que estoy en reposo, vendrá al apartamento.

Niego ligeramente con la cabeza. —Eres una mujer muy inteligente. Estoy seguro de que se te ocurrirá algo que decirle.

Los labios de Lucy se tensan. —No me pareces un loco, Ravil. Me pareces un hombre muy razonable y perceptivo. ¿Por qué estás haciendo esto?

Me meto en la cama. —Tú también eres una mujer perceptiva. Averígualo. —Apago la luz.

Ella permanece inmóvil en la oscuridad durante varios segundos y luego va con pasos suaves al baño.

Miro fijamente al techo, o donde vería el techo si no estuviera oscuro.

Qué curioso. Quiero que lo averigüe cuando ni siquiera yo estoy seguro.

CAPÍTULO 7



Lucy

No creo que vuelva a dormirme porque estoy disgustada, pero lo hago. Mis sueños son sensuales y exuberantes. Como muchos de los sueños que he tenido desde que estoy embarazada, estos presentan a Ravil y Black Light. Esta vez, Gretchen y yo llegamos al exclusivo club de BDSM. Es mi primera vez de regreso desde San Valentín. Estoy buscando a Ravil; él es el único con quien quiero jugar. En el sueño no estoy embarazada. Ravil me encuentra, pero está enfadado.

Nunca lo llamé.

Me lleva a la gran estructura en forma de cruz para atarme y azotarme. Estoy asustada pero también completamente excitada. Coloca esposas en mis muñecas y tobillos…

Y entonces me despierto.

Excitada.

Decepcionada por no haber podido terminar el sueño.

Y furiosa por ser una cautiva en el dominio de este hombre.

Miro el reloj parpadeando. Es mucho más tarde de lo que suelo dormir. Si tuviera que ir a la oficina, ya estaría saliendo por la puerta apresuradamente. Menos mal que voy a llamar para avisar.

Tacha eso del registro. No es algo bueno. Soy una prisionera a la que se le impide ir.

Ravil sale del baño con una toalla envuelta en la cintura. Es puro músculo. Piel dorada con una ligera capa de vello, tatuajes en el pecho, bajando por sus brazos hasta los nudillos. Los tatuajes son parte de la bratva. Marcas de crímenes, tiempo en prisión, celdas. Fueron lo que me hizo reconocer lo que era cuando me asocié con él. Por eso no quería emparejarme con un hombre como él, aunque resultó ser un compañero atento y considerado.

Lástima que siga siendo un criminal que piensa que puede hacer lo que quiera.

Corrección: que *probablemente puede* hacer lo que quiera.

Entra en el vestidor y deja caer la toalla, permitiéndome una vista completa de su cuerpo desnudo. No soy del tipo que se queda mirando el físico de los hombres, pero incluso yo sé que es un espécimen perfecto. Glúteos firmes que se flexionan cuando se pone los bóxers. Músculos que ondulan por su ancha espalda cuando se pone una camiseta blanca.

Es sexy. Todo en él es sexy, desde el acento hasta su comportamiento frío y seguro, hasta esos ojos azul hielo. Ojalá no me afectara tanto su presencia. Quizás así podría pensar en cómo salir de esta situación. Aunque, tal vez eso haría que todo fuera un millón de veces peor. Porque lo único que hace que sea remotamente tolerable es la satisfacción sexual.

—Llamarás al trabajo esta mañana —dice sin girarse, sabiendo que lo observo.

No respondo.

—Diles que tienes preeclampsia. Puedo conseguirte un justificante médico si lo necesitas.

Parece que ha pensado en todo.

—Te traerán un escritorio en una hora.

Frunzo el ceño pero cojo mi móvil, que encuentro cargándose junto a la cama. Llamo a la oficina.

Dios, esto es horrible.

La subestimación del año.

Empiezo con Dick porque es el imbécil que más problemas me causará. Adopto mi voz más brusca y profesional. No hay nada como llamar al jefe machista con problemas femeninos. —Hola Dick, soy

Lucy. Llamaré a Recursos Humanos a continuación, pero quería empezar contigo. Mi médico me ha puesto en reposo. Trabajaré desde casa y estaré totalmente disponible por videoconferencia o teleconferencia. No necesito ninguna reducción de carga y puedo manejar todos mis casos.

—¿Reposo? —resopla—. ¿Qué ha pasado?

—Eso, por supuesto, es personal. Estaré encantada de proporcionar mis informes médicos a Recursos Humanos si es necesario.

—¿Y qué pasa cuando te necesiten en el tribunal?

—Aún no lo sé, pero trabajaré en un plan y te mantendré informado. Todo lo que necesitas saber es que ninguno de mis casos se verá perjudicado como resultado de este cambio. De hecho, probablemente todos se beneficiarán, ya que ahorraré tiempo en el desplazamiento.

—Ya veo. Bueno, espero que todo esté bien. Ya sabes, con el bebé. —Arrastra la última sílaba como si esperara más información, pero no voy a dársela al cabrón.

—Seguiré estando tan disponible como siempre —digo firmemente. Es ilegal discriminarme por esta situación, pero estoy segura de que todos lo intentarán.

—¿Segura? Quiero decir, si necesitas tomar una excedencia…

—No la necesito —lo interrumpo y no digo nada más, dejando que la censura en mi voz reverbere.

—De acuerdo. —Oigo la duda fabricada en su voz y, como de costumbre, deseo darle una patada en las espinillas con mis zapatos más puntiagudos.

—Necesito hacer más llamadas, Dick. Hablaremos más tarde.

—Sí. —Cuelga.

Inspiro profundamente y exhalo lentamente.

—Me gusta tu voz de jefa autoritaria —dice Ravil desde la entrada del vestidor, apretándose la entrepierna a través de sus pantalones de vestir.

Paso rápidamente junto a él camino al baño. —Pensaba que te gustaba estar al mando.

—No es una cuestión de gusto, gatita. Yo *estoy* al mando. —Se coloca un Rolex en la muñeca—. Siempre. Pero es más placentero tomar el control de una mujer fuerte. Ganarme tu rendición es un desafío que disfruto.

—No lo lograrás —le digo mientras cierro la puerta del baño.

—Ya veremos —dice con suavidad—. Te traeré el desayuno. ¿Quieres huevos? Son una buena fuente de proteínas cuando estás embarazada.

Alguien ha estado haciendo su investigación.

No soy del tipo diva exigente, pero es tentador probar cuántas exigencias puedo hacer. Ravil se ha comprometido a cuidarme bien durante mi embarazo. Tengo curiosidad por ver hasta dónde puedo llegar. Entreabro la puerta. —Tomaré una tortilla de espinacas con tres huevos y queso. Tostadas con mantequilla y algún tipo de fruta.

Asiente sin comentarios y se va.

Bien. Seguiré presionando entonces.

Me doy una ducha rápida. Cuando salgo, descubro que ha guardado mi ropa en su armario. No sé cómo supo qué empacar, pero eligió mi ropa de trabajo favorita, sin los tacones altos, además de una buena selección de mi ropa de estar por casa. Quiero quejarme, pero en realidad, no hay nada contra lo que arremeter. Este hombre tiene una habilidad casi sobrenatural para descifrarme.

Y ni siquiera estoy segura de saber descifrarme a mí misma la mitad del tiempo.

Me pongo un vestido cruzado, mi prenda básica favorita durante el embarazo ya que se adapta a mis crecientes pechos y barriga. Hago el resto de mis llamadas al trabajo, comunicándome con Recursos Humanos, la secretaria que comparto con otros tres abogados, y la asociada en prácticas de verano que ha sido asignada para ayudarme con algunos casos. No tengo idea de qué haré con respecto a ir a los juzgados, pero supongo que cruzaré ese puente cuando llegue a él.

Intento abrir la puerta para descubrir que está cerrada desde fuera, un peligro en caso de incendio, debo señalar. Presentaré esa queja a Ravil inmediatamente.

Suena un golpe y Valentina está ahí con una bandeja que lleva una tortilla de espinacas, tostadas y fresas cortadas. Empiezo a pasar junto a ella, pero el ruso gigante (Oleg, creo) está sentado fuera de mi puerta, con su silla orientada hacia mí. Me mira impasible.

Salgo de la habitación.

Él se pone de pie.

—Vaaale —le digo—. ¿Supongo que eres mi carcelero?

Nada cambia en su rostro. No me habla en ruso como han hecho los demás. Ni siquiera muestra que me ha oído.

Me giro hacia la cocina y doy un paso, y él se mueve para colocar su cuerpo frente al mío, bloqueando mi camino. Dios, es enorme.

Bueno, supongo que no tengo que preocuparme por el peligro de incendio. El gigante seguramente me dejaría salir.

Si el olor de la comida no me hubiera hecho la boca agua, podría haberme quedado a luchar con mi guardia, pero considerando que la comida está en la habitación y mi cuerpo está ocupado gestando un bebé, me doy la vuelta y vuelvo a entrar.

Ya pelearé con Hulk más tarde.

Valentina ha puesto la bandeja en la mesita de noche, como si realmente estuviera haciendo reposo.

—No voy a comer en la cama —le digo, aunque supongo que tampoco habla inglés.

Me mira sin comprender. Señalo el sillón y la mesa junto a la ventana. Mejor disfrutar de la vista. Al menos mi jaula es de oro.

Asiente con la cabeza y accede, dejando la bandeja y hablándome en ruso.

Ojalá tuviera idea de lo que está diciendo. Voy a ponerme con la aplicación de idiomas… ahora mismo, mientras como. Me siento y ataco la comida, que está deliciosa. Aparentemente hay más que solo comida rusa en este lugar, gracias a Dios.

Devoro todo mientras empiezo mi práctica de ruso. Al menos tengo algo en lo que concentrarme. Me impide enloquecer por mi situación.

Aun así, cuando Ravil entra, estoy lista para despellejarlo.

~

Ravil

El escritorio llega justo a tiempo, y hago que los chicos lo traigan y lo instalen en mi habitación. Les sigo para actuar como traductor innecesario.

—¿Dónde te gustaría el escritorio, Lucy?

Me fulmina con la mirada. —En mi propia oficina. En mi propia casa.

Viendo que eligió sentarse junto a la ventana para desayunar, dirijo a mis hombres para que lo coloquen frente a la ventana, para que pueda tener las espectaculares vistas del lago Michigan mientras trabaja.

—*Spasibo* —les agradece en ruso cuando terminan.

Oculto mi sorpresa. Astuta abogada. Por supuesto que ya está aprendiendo ruso por su cuenta. Mi hermosa prisionera no va a quedarse sentada haciendo de Rapunzel para mí. Está reuniendo sus recursos y planeando su escape.

La idea me hace sonreír.

Me encanta tener una adversaria capaz.

Especialmente una tan hermosa como ella.

—Es bueno que estés aprendiendo ruso —le digo cuando los hombres se van—. De lo contrario, nuestro hijo y yo podríamos hablar de ti a tus espaldas.

Parpadea. Estoy seguro de que mi presentación de la idea de los tres funcionando como familia le resulta impactante. Sinceramente, a mí también me sorprende, de manera decididamente agradable. La imagen de nuestro hijo y yo pasando por el prestigioso bufete de Lucy, con el pequeño llevando la flor que le compré para que se la diera como sorpresa, cruza por mi mente. No tengo ni idea de por qué habría creado tal fantasía, pero su atractivo es real.

Ahora mismo, está adoptando esa personalidad fuerte como el acero que usa en la sala de juicios. Coloca las manos en sus caderas y se yergue. Tengo la sensación de que echa de menos llevar tacones de diez centímetros.

—Ravil, esto es una locura. Me volveré loca encerrada en esta habitación. ¿Quieres que esté sana y tranquila para nuestro bebé? No sucederá si me mantienes confinada aquí. Por muy bonita que sea la vista. —Hace un gesto hacia la ventana.

Inclino la cabeza hacia la puerta. —No he dicho que no puedas salir de la habitación, aunque usaré eso como castigo si te portas mal.

Entrecierra los ojos. —¿Entonces qué hace el gigante fuera de la puerta?

—Si sales de la habitación, irás acompañada por mí. Cualquier salida será a mi discreción.

Aprieta los labios.

Me meto las manos en los bolsillos. —¿Te gustaría dar un paseo?

Mira por la ventana. —¿Afuera?

—Sí.

Asiente. —Sí.

Estoy tentado de corregirla. De hacerla llamarme *Amo*, pero ya está enfadada. No sería bien recibido ahora. Es posible que nunca vuelva a serlo a pesar de su interés en ser dominada sexualmente.

Va al armario y se pone las zapatillas deportivas que le empaqué. Cuando pasa como un rayo junto a mí por la puerta del dormitorio, la dejo, relevando a Oleg de su puesto y siguiéndola hasta la puerta principal.

Duda en el umbral, quizás recordando que la detuve allí anoche. Alargo el brazo y le abro la puerta, colocando mi palma en su espalda baja. —Vamos, preciosa.

Me lanza una mirada de reojo y sale al pasillo para luego entrar conmigo en el ascensor.

Abajo, me detengo en el mostrador del portero para presentarle a Maykl. —Lucy, este es Maykl, el portero y miembro de nuestra célula. — En ruso, le digo a él—: Y esta es Lucy, la hermosa madre de mi hijo. No le permitas salir de aquí sin mí en ningún momento. Es mi cautiva. ¿Entendido? —Ya se lo he dicho, pero no está de más repetirlo.

—Entendido. —Inclina la cabeza con respeto. A Lucy le dice en ruso—: Encantado de conocerte, cautiva.

Su mirada se posa en los nudillos de él, donde lleva un tatuaje, y luego sube a su rostro. —*Zdravstvuyte* —le saluda en ruso, con un acento no del todo malo considerando que probablemente empezó a aprender hoy.

Su cara se ilumina con una sonrisa. —*Zdravstvuyte*.

—Ven. —Una oleada de posesividad me invade. Le tomo la mano y la guío hacia fuera.

—¿Ahora vamos cogidos de la mano? —Su mano está flácida en la mía.

—Sí. A menos que prefieras que nos espose juntos.

Me lanza una mirada como para comprobar si hablo en serio. No es así, pero no sonrío para que lo sepa.

Su mano toma forma, amoldándose a mi palma, sujetando la mía. Es una sensación agradable. Entrelazo nuestros dedos, en su lugar, y la conduzco hacia el lago.

Es una cálida mañana de verano, aún no hace demasiado calor, especialmente con el viento que viene del lago. La llevo al sendero que bordea la orilla. Está abarrotado de gente disfrutando del magnífico día. Niños corriendo por la arena, gritando y riendo, personas en bicicleta, en monopatín, con perros. Una joven madre pasa empujando un cochecito vacío, con un regordete bebé pataleando sujeto a su pecho. Extiende un dedo rechoncho para señalar a Lucy, y ella se detiene, sonriéndole.

No es una sonrisa serena, sino la gigante y sincera sonrisa reservada para los bebés. El tipo que ilumina todo tu rostro y hace cantar a los pájaros.

Mis rodillas flaquean al verla en ella. Nunca he visto ese nivel de alegría en Lucy, aunque sea fabricada. Aun así. De repente me hace querer ganarme esa sonrisa yo mismo. Me hace anhelar verla jugando con nuestro bebé. Sosteniéndolo en sus brazos. O sujeto a su pecho como la joven madre que ríe y arrulla a su hijo mientras se aleja, devolviéndole a Lucy su propia sonrisa.

O mejor aún, yo llevaré al bebé sujeto a mi pecho, y así también podré ver las sonrisas.

De repente, Lucy deja de caminar, arrancando su mano de la mía para sujetarse el vientre. La gente detrás de nosotros refunfuña

mientras nos sobrepasan. La empujo contra el parapeto para salir del tráfico de peatones.

—¿Estás bien? ¿Qué ocurre? —Se me ocurre que podría estar fingiéndolo como intento de escapada, pero entonces veo que su rostro está lleno de asombro.

Sus ojos brillan con lágrimas. —Ha dado una patada.

Presiono mi mano contra su vientre también. —¿Primera patada? ¿O primera vez que lo sientes? —Había querido preguntarle porque había leído que los primeros movimientos deberían estar sucediendo pronto.

Asiente, con una sonrisa tirando de las comisuras de su boca.

Escucho con mis dedos.

—¿Ahí? —dice ella—. ¿Lo sientes? —Presiona su mano sobre la mía, empujándola más profundamente en su vientre.

Levemente, como pequeñas burbujas o aleteos, registro algo. Me acerco más a ella, amoldando mi cuerpo al suyo, ocupando todo su espacio personal. —Nuestro hijo —murmuro contra su cuello.

Su respiración tiene un sobresalto.

Rozo mis labios por su piel.

No aparta su mano de la mía. No se mueve en absoluto. Le mordisqueo suavemente. Muerdo ligeramente su lóbulo, beso su mandíbula.

Levanto su barbilla para mirar esos ojos castaños caídos. —Ahora entiendo por qué llaman milagro al embarazo.

Me estudia, como si estuviera midiendo la verdad. —Sí —asiente después de un momento de escrutinio—. Yo también.

—Este bebé es un regalo.

Uno que intentó ocultarme. Pero no lo digo. No se lo reprocho ahora mismo. Solo quiero empaparme del momento. La dulzura de las patadas de nuestro bebé.

Siento una corriente de tensión recorrerla, pero la ignoro y bajo mis labios a los suyos. Me la he follado dos veces, pero es nuestro primer beso desde Black Light, y me tomo mi tiempo, rozando con delicadeza la suavidad, mordisqueando, para finalmente descender a un completo y profundo sorbo de su boca.

Cuando me separo, su rostro está sonrojado, sus ojos dilatados.

Su cuerpo es tan receptivo a mí, incluso cuando el resto de ella me odia. Me dan ganas de besarla otra vez, así que lo hago. Y luego un tercer beso, una puntuación a los dos primeros. No espero a que lo procese, sino que deslizo un brazo alrededor de su espalda y la guío al flujo de gente, acompasando mi ritmo al suyo mientras caminamos un par de kilómetros arriba y abajo por la orilla.

Cuando empieza a ir más despacio y respira con dificultad, la guío de vuelta a mi edificio.

—La gente del barrio lo llama el Kremlin —le digo mientras nos acercamos. Maykl sale de detrás del mostrador para abrirnos la puerta. No es una cortesía que emplee normalmente, está definitivamente apostado allí más por seguridad, pero la madre de mi hijo recibe un trato especial.

—*Spasibo* —dice ella, practicando su ruso. A mí me dice—: ¿Solo permites que vivan rusos aquí?

—No es una norma estricta, pero sí. Así es como ha resultado.

—¿Y todo el mundo está… *en* tu organización?

—No. Para nada. La mayoría no lo está.

Reflexiona sobre eso mientras entramos en el ascensor. —¿A qué tipo de negocio te dedicas, Ravil?

—Importaciones. —*Contrabando.*

—¿Legal? —Mujer inteligente.

Me encojo de hombros y dejo que lo interprete como quiera. Asiente como si lo entendiera perfectamente.

—También microcréditos.

Me estudia como si intentara averiguar si eso es legítimo. —¿Prestamista?

Sonrío. —Ya no. La mayoría de mis clientes viven en el edificio. Invierto en sus pequeños negocios. O me pagan intereses o me convierten en socio. Es un beneficio mutuo.

—Háblame del incendio.

Niego con la cabeza. —Esa es la historia de Adrian, a él le corresponde contarla.

—¿Lo ordenaste tú?

—No.

—¿Fue un asunto de la bratva?

—No.

Entrecierra los ojos como si no me creyera. —¿Le dijiste a Adrian que no me contara toda la historia?

Inclino la cabeza hacia un lado. —No, pero tampoco lo animé a hablar. En lo que a mí respecta, ella no necesita saber la historia de Adrian a menos que él quiera contarla, y dudo que lo haga. No le impedí que intentara quemar ese edificio, y no le impediré que siga yendo tras el dueño del edificio, Leon Poval. Tiene todo el derecho.

Adrian es nuevo en Estados Unidos y nuevo en mi célula, pero si me hubiera pedido ayuda para acabar con Poval, se la habría dado. Aún lo haré.

Llegamos a nuestra planta, y la acompaño fuera del ascensor.

Oleg, Nikolai y Dima están en la sala de estar cuando entramos, como siempre.

—¿*Privet, kak dela?* —saluda Lucy alegremente. Su acento necesita mejorar, pero el saludo, "Hola, ¿cómo estáis?" es totalmente reconocible.

Nikolai exagera su sorpresa, sonriéndole a Lucy. —¡Habla ruso! —exclama en ruso—. Estoy bien, muñeca, gracias por preguntar.

Su gemelo también sonríe. —Sí, todo bien aquí. Probablemente mejor que tú, considerando que estás prisionera de nuestro jefe.

—Cuidado —digo—. Es lista. Para la semana que viene, probablemente os entienda.

—Para la semana que viene, habrá descubierto que todos hablamos inglés —dice Dima.

—*Privet, Oleg*. —Lucy hace un gesto de saludar a Oleg, quien, por supuesto, no ha respondido.

Él levanta la barbilla un poco para reconocerla.

—Oleg no habla —le explico—. La célula de la bratva en la que estaba le cortó la lengua para evitar que hablara de las cosas que había visto antes de dejarle cargar con las culpas. Pasó doce años en una prisión siberiana antes de ser liberado y escapar a Estados Unidos.

Los ojos de Lucy se abren como platos, y traga saliva. —Lo siento, Oleg. ¿Cómo se dice *lo siento*?

—*Izvinite* —le digo.

—*Izvinite* —repite ella.

Oleg apenas da señales de reconocimiento, lo que no es inusual. El hombre es como una roca. Enorme, sólido y apenas expresivo. Creo que cuando perdió la lengua dejó de intentar comunicarse de cualquier forma que no fuera con los puños y su puro tamaño.

—¿Necesitas algo? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza. —Tengo trabajo que hacer.

La llevo al dormitorio. —Por supuesto. He grabado mi número en tu móvil. Envíame un mensaje cuando estés lista para comer.

Me lanza una mirada endurecida. —No voy a comer en la habitación otra vez.

Me detengo en la puerta y le tomo la mano, llevando su muñeca a mis labios. Deposito un ligero beso sobre su pulso. —¿Te importaría reformular eso, gatita?

Un músculo se tensa en su mandíbula. No quiere pedirme nada, eso está claro.

Resopla un poco. En lugar de pedirlo educadamente, levanta la barbilla y me mira directamente a los ojos. —No me obligues.

Eso es lo más cerca que estará de suplicar, me imagino.

—Vendré a buscarte para comer, entonces. A las doce.

Ella entra en la habitación sin decir palabra.

—Envíame un mensaje si tienes hambre antes. —No puedo permitir que su nivel de azúcar en sangre baje.

Me hace un gesto obsceno por encima del hombro, y sonrío con suficiencia porque el gesto es más juvenil de lo que esperaría de la profesional dura, pero me encanta igualmente.

Cierro la puerta y llamo a Oleg para que se siente fuera de ella otra vez.

Para vigilar a mi hermoso pájaro en su jaula.

CAPÍTULO 8



Lucy

Paso la mañana trabajando en mis casos y comunicándome con la oficina, intentando asegurarme de que todos entiendan que sigo disponible y trabajando igual de duro aunque no esté presente físicamente.

Con la votación para el puesto de socia a punto de celebrarse, no puedo permitirme ningún error.

A pesar de la locura de mi situación actual, sentir las patadas del bebé me levanta el ánimo. No me meto en eso de lo espiritual de "estaba destinado a ser" como hace Gretchen, mi mejor amiga de la facultad de derecho, pero parecía como un mensaje del universo de que todo está bien.

O de que no debo preocuparme por pequeñeces, y todo son pequeñeces. Porque en el panorama general, estoy teniendo un bebé, y ese bebé está sano. Y realmente, es lo único por lo que puedo preocuparme en este momento. En cuanto a cómo saldré de esta prisión o qué pasará después del nacimiento del bebé… solo puedo tomarlo día a día.

Aprender ruso ya me hace sentir mejor respecto a la amenaza de Ravil de enviarme a Rusia. Tengo un ático lleno de personas con las que practicar el idioma. Cada palabra que aprendo me libera de su tiranía.

Y me estoy asentando en la certeza de que no me hará daño. Ha atendido mis necesidades físicas con enorme atención. No tengo ninguna queja aparte de querer mi libertad.

Así que quizás esto sucedió por alguna razón. Alguna razón que aún no puedo ver. Eso es lo que diría Gretchen.

Como si Gretchen presintiera mis pensamientos, elige justo este momento para llamar. Miro la pantalla. Me muero por hablar con ella. Es la única persona que sabe sobre Ravil. Sabe cómo le conocí y lo que es. Pero eso significa que hablar con ella y mantener en secreto mi situación actual sería demasiado difícil. Querría contarle todo.

Dejo que salte el buzón de voz con un suspiro.

Decido profundizar en el caso de Adrian ya que estoy aquí, envuelta en el mundo de Ravil. Abro su expediente de nuevo. Él también vive en el Kremlin. Qué sorpresa. Repaso nuestra interacción, que fue breve. En ese momento, solo podía pensar en el hecho de que el padre de mi bebé estaba en mi oficina y conocía mi secreto.

Ahora, examino las pocas palabras que intercambiamos.

Él habló en ruso y Ravil lo corrigió. Sonaba como algo que habían discutido antes, un recordatorio. Me toco los labios con el dedo índice. Eso no encaja con el hombre que me dijo que nadie aquí habla inglés.

Para mí, suena como lo contrario. Como si él hubiera insistido en que aprendan y lo usen. Así que mi suposición es que Ravil está intentando engañarme. Mantenerme indefensa.

Una pequeña oleada de satisfacción me invade al descubrirlo. Mi instinto de aprender ruso fue acertado, pero puede que ni siquiera sea necesario. Solo necesito engañar a uno de ellos para que me responda.

Así que Ravil está jugando conmigo. ¿Sobre qué más ha fanfarroneado? ¿Enviarme a Rusia? Esa es la única amenaza real que ha hecho. No ha jurado quitarme a nuestro bebé, solo que nuestro bebé se queda aquí. ¿Significa eso que yo también me quedo aquí? Ha dejado todo muy nebuloso.

Cojo mi móvil y llamo a Sarah, la pasante de verano, para decirle que solicite una copia de todas las pruebas contra Adrian, incluyendo órdenes de registro y actas de arresto. Quiero pedirle también que investigue el historial de arrestos de Ravil, pero no me atrevo. Dijo que estaría supervisando mis comunicaciones. Sería estúpida si asumiera que eso también era un farol.

Un correo electrónico aparece en mi bandeja de entrada de Jeffrey con el asunto: "Pensando en ti".

Mi estómago da un vuelco.

Por Dios. No necesito la crisis de mediana edad de Jeffrey y sus revelaciones post-ruptura encima de todo esto.

Abro el correo.

Hola Luce,

Te ves genial, el embarazo te sienta bien. ¿Podemos quedar para comer hoy? Te echo de menos y me encantaría ponernos al día.

Sin firma.

Algo viejo y angustiante se enrosca en mi plexo solar. La vieja y familiar ansiedad de preguntarme si las cosas con Jeffrey funcionarían. Si podríamos ser pareja. Si sería el padre que yo quería que fuera para la familia que deseaba que creáramos.

Habría recibido este correo con los brazos abiertos hace cuatro meses. Antes de enrollarme con Ravil. Quizá incluso después de saber que estaba embarazada, cuando me di cuenta de lo abrumador que iba a ser hacer esto sola.

¿Pero ahora?

Ahora es malditamente inoportuno.

Y aun así duele, de alguna manera.

Quizá *dolor* no sea la palabra correcta, pero no me gusta cómo me hace sentir. Abre viejas heridas. Yo preguntándome por qué no soy lo suficientemente buena para que Jeffrey quiera ponerme un anillo en el dedo. Preguntándome cuándo estaría listo. Doblándome y contorsionándome para encajar en su larguísima línea temporal de cuándo deberían suceder las cosas. Queriendo que todo funcionara perfectamente para él, para que pudiéramos ser un nosotros. Y finalmente darme cuenta de que su línea temporal nunca se

aceleraría al ritmo que yo necesitaba si quería tener un bebé antes de que mi cuerpo se hiciera demasiado mayor.

Estuvimos juntos ocho años. Lloré mi decisión cuando la tomé, no porque fuera errónea sino porque amaba a Jeffrey. Tenía todo tipo de visiones de un futuro con él como el esposo y padre estable y cariñoso. Pero esas eran proyecciones, no una realidad.

Pulso responder.

Hola Jeffrey. En realidad estoy en reposo, así que no puedo reunirme hoy ni en un futuro cercano, pero agradezco tus pensamientos.

-Luce

Su respuesta es inmediata.

Dios mío, ¿está todo bien? ¿Quieres que me pase? ¿Qué necesitas?

Vaya, mierda. Esto no. Definitivamente no necesito esto. Parpadeo para contener las lágrimas, pensando que si realmente estuviera en reposo, si Ravil nunca hubiera aparecido, y si Jeffrey hubiera vuelto a mí, probablemente estaría tan aliviada de tenerlo de vuelta en mi vida. Pero solo porque es conocido. Como familia.

No porque crea que realmente estaría presente como yo necesitaba. Dudo que se quedara y criara al bebé. Solo me haría tener esperanzas y aferrarme a la idea de que lo haría.

Pero ¿y si fuera suyo? ¿Lo haría entonces?

Probablemente no.

Uf. Sacudo rápidamente la cabeza. Estos pensamientos no son útiles en absoluto. No es el bebé de Jeffrey, y él perdió su oportunidad. Pensé que sería un tipo de padre estable y seguro. El tipo que se ve bien sobre el papel. En realidad, ¿lo sería?

¿O seguiría siendo yo quien intentara orquestar todo en nuestras vidas para que funcionara para él?

Pienso en la forma en que Ravil me arrinconó contra la pared de la playa, con su mano en mi vientre, sus labios en mi cuello. *Nuestro hijo.*

Sonaba tan sobrecogido. Compartimos el momento por igual. Si Jeffrey fuera el padre, ¿habría sentido la misma reverencia? Lo dudo seriamente. No es insensible, pero tampoco parece capaz de sentir

mucho. Como si quisiera preocuparse, supiera que debe preocuparse pero fuera ambivalente sobre todo en su vida, especialmente sobre mí.

Ravil quiere a este bebé.

Muchísimo.

No es el hombre que quiero para mi hijo, no es el padre que imaginé, pero al menos le importa.

Eso es algo.

Pulso responder y escribo, *No, gracias. Estoy bien, solo necesito seguir las órdenes del médico por ahora. Gracias.*

Unos minutos después, Ravil abre la puerta sin llamar. —¿Quién es Jeffrey? —exige saber.

Lo miro con el ceño fruncido, intentando ocultar el escalofrío que recorre mi cuerpo. Su vigilancia definitivamente no era un farol.

Lo miro con frialdad. —Mi ex.

—El hombre que viniste a olvidar en Black Light.

Lo recuerda. Esa noche adivinó que estaba intentando superar una ruptura. Fue uno de esos momentos de percepción extraordinaria que me impresionó.

Asiento.

Ravil me observa, con una sombra en su rostro normalmente impasible. Mete las manos en los bolsillos y se apoya contra el marco de la puerta, con una postura engañosamente casual. —Deshazte de él.

Alzo las cejas. —Obviamente leíste los correos. Hice lo que pude. Estoy siguiendo tus directrices, *Guardián*.

Ravil niega con la cabeza. —Deshazte de él por completo. Fuera de tu vida.

—¿O qué? —espeto, molesta.

—O lo haré yo. —Es el tipo de hombre que baja la voz cuando hace una amenaza en lugar de elevarla, y eso me envía carámbanos por las venas.

El miedo genuino por Jeffrey me hace agarrar el borde del escritorio. No sé mucho sobre Ravil, pero imagino que podría ser capaz de cosas terribles. Incluso de asesinar.

Le sostengo la mirada. —Bien.

La idea de decir algo que eliminaría completamente a Jeffrey de mi vida me revuelve el estómago. Las cosas quedaron amigables; fuimos amables el uno con el otro durante la ruptura. Me ayudó a mudarme a mi nuevo apartamento cuando le dije que me iba. No hubo peleas ni palabras hirientes.

Pero se acabó. Y no quiero ponerlo en peligro.

—Me encargaré de ello. —Entrecierro los ojos mirándolo—. Sal de aquí.

Ravil aprieta los labios y se va sin comentarios.

No me sorprende cuando se retracta de su plan de dejarme salir para el almuerzo y envía a Valentina con una bandeja de comida en su lugar.

~

Ravil

No estoy celoso. Simplemente no soy un hombre celoso. Aprendí de niño a no codiciar lo que tiene otro, sino a trabajar más duro para superarlos.

Aun así, me lleva todo el día superar el cabreo por lo de Jeffrey.

Blyat.

Dima ya tenía un expediente sobre él, y lo reviso. Quiero matar al tipo, y lo único que ha hecho es mostrar que todavía le importa la madre de mi hijo. Pero esto me recuerda de nuevo el hecho de que mi encantadora abogada me consideró inadecuado para nuestro hijo.

¿Y ese imbécil era lo suficientemente bueno?

Una mierda.

Fiel a su palabra, Lucy le envía un correo electrónico terminando las cosas definitivamente.

Jeffrey,

Gracias por contactarme hoy, pero es demasiado confuso y doloroso para mí reabrir las cosas contigo. Por favor, respeta mis deseos y dame el espacio que necesito para seguir adelante.

Gracias,

Luce

Luce. Para él es *Luce*. Una punzada de irritación me atraviesa la frente al leer ese diminutivo. ¿Y *doloroso*? ¿En serio? ¿Todavía estaba de luto por ese imbécil?

Buscó porno ruso en Google, me recuerdo. Ya lo ha superado. Al menos sexualmente. Al menos eso tengo con ella.

¿Y para el resto? Bueno, joder. Ni siquiera he decidido si quiero algo más que usar su cuerpo para mi propio placer mientras esté aquí. No es como si estuviera intentando ganarme su corazón.

Sin embargo, recuerdo el resumen de Maxim. *Haz que se enamore.*

Que le den. Aprenderá a rendirse. Eso es todo lo que necesito de ella.

No necesito su amor.

Por la tarde, llamo a la madre de Natasha, una partera y educadora de partos, para que venga a revisar a Lucy.

A diferencia de Natasha, que estaba encantada con el trabajo garantizado que le daba y el hecho de que le compré una camilla de masaje para embarazadas, Svetlana ve el panorama completo y me da guerra. —¿Por qué no puedo hablarle en inglés? ¿Por qué está encerrada?

—Es por su propia protección —le aseguro—. Está gestando a mi hijo; si mis enemigos se enteraran, ambos estarían en peligro.

Es exagerado. Tiendo a eliminar a mis enemigos bastante rápido. A menos que los ucranianos se vuelvan problemáticos, las únicas amenazas que enfrento provienen del interior de mi organización, y me eliminarían a mí, no a mi hijo nonato.

Svetlana entrecierra los ojos. —¿Así que la mantiene prisionera? ¿Contra su voluntad? —La mujer sabe que vive en un edificio propiedad de la bratva. Que se beneficia de ello de múltiples maneras simplemente por ser rusa. Ha estado feliz de aceptar mi generosidad y protección sin cuestionar ninguno de mis métodos hasta que se trata de una mujer embarazada.

Su dominio.

—¿Te niegas a ayudarme? —Hago la pregunta con suavidad, pero el color desaparece de su rostro.

—*Nyet*. Por supuesto, haré lo que me pida. —Se yergue—. Pero si veo que su trato hacia esta mujer pone en peligro al bebé, no puede contar con mi silencio.

Mantengo su mirada en silencio, y la inquietud vuelve a su postura. He conocido gran violencia en mi vida, pero prefiero simplemente usar el aura de peligro para salirme con la mía. No tengo que hacer mucho realmente, simplemente sugerir una amenaza.

Lo aprendí viendo películas estadounidenses. Las que más te mantienen al borde del asiento, las que realmente infunden miedo son aquellas donde el peligro es desconocido. Es el sonido de arañazos y golpes en la oscuridad, la música que te hace sobresaltar o te mantiene en tensión, no la trama en sí. La mayor tensión ocurre antes de que el público vea realmente qué está haciendo los sonidos. Una vez que el peligro es identificado, cuando la audiencia ha visto al alienígena o a la chica en el pozo o lo que sea, pierde gran parte de su poder.

La imaginación de las personas suele inventar consecuencias mucho peores que las que realmente estaría dispuesto a infligir.

Svetlana traga saliva, su respiración volviéndose superficial. —No pretendo amenazarlo, señor Baranov.

Ahora me toca ser magnánimo. Levanto la mano. —No pasa nada. Me alegra que tu principal preocupación sea la salud de mi bebé y su madre.

Ella asiente rápidamente. —Sí, lo es.

—Bien. Ven a verla.

Desbloqueo la puerta de mi dormitorio y la abro. Lucy está en su escritorio, tecleando rápidamente en su portátil.

—Lucy, esta es tu matrona, Svetlana. Va a examinarte. —Hago pasar a Svetlana y cierro la puerta tras nosotros.

El largo cabello rubio de Lucy se balancea sobre su hombro cuando se gira. —¿Mi qué?

—Tu matrona. Svetlana se especializa en partos en casa. Tienes la extraordinaria ventaja de tener a tu propia matrona aquí mismo en este edificio, así que estará cerca cuando llegue el momento del parto.

Lucy gira en la silla de oficina y se pone de pie. —Perdona, ¿has dicho parto en *casa*?

Levanto una ceja como si su pregunta fuera absurda. —Sí —. En realidad, no me opondría a un parto hospitalario, especialmente si es lo que Lucy necesita. Pero ahora estoy jugando una partida donde yo dicto las condiciones de todo lo relacionado con su parto.

—Tengo un ginecólogo. —Mira a Svetlana—. Sin ofender —. Clava su mirada en mí—. Y voy a dar a luz en el hospital St. Luke's.

—Los partos médicamente intervenidos resultan en un treinta por ciento más de probabilidades de lesiones para la madre o el niño. Darás a luz de forma natural aquí en el edificio. Svetlana tiene veinticinco años de experiencia ayudando en partos tanto en Rusia como en este país. Da clases de preparación para el parto, forma a doulas e incluso puede ofrecerte un parto en agua. Estarás en muy buenas manos. ¿O acaso no crees que una rusa sea digna de traer a tu hijo al mundo?

Lucy se sonroja. —Yo… Ravil. —Toma aire y pone los puños en las caderas—. No finjas ni por un momento que crees que tengo prejuicios contra tu país o sus antiguos ciudadanos.

Arqueo una ceja. —¿No los tienes?

Su rubor se intensifica, como si la mera sugerencia de tener prejuicios la alterara. —No. —Mira a Svetlana antes de volver a mirarme—. Sabes que mi prejuicio se basa en tu… profesión.

Svetlana elige este momento para interrumpir. Hablando en ruso, le indica a Lucy que se siente en la cama. Lucy obedece sus gestos.

—Ah, ¿así que afirmas tener conocimiento completo de mi profesión, exactamente qué hago y cómo gestiono mi negocio? ¿Investigaste todo esto a fondo antes de tomar la decisión de ocultarme a nuestro hijo?

Svetlana saca su tensiómetro y lo coloca en el brazo de Lucy.

La mirada de Lucy baja de mi rostro al tensiómetro, con las mejillas teñidas de rosa. —Ya me disculpé por eso —murmura.

—No —digo con firmeza—. No lo hiciste. —Puede que haya ofrecido alguna versión de una disculpa, pero no fue por eso, y no fue aceptada.

Ella observa cómo Svetlana comprueba su presión arterial y la anota en una tabla. Echa un vistazo a los números.

—¡Esa tabla está en inglés! —señala Lucy—. Svetlana, hablas inglés, ¿verdad?

Svetlana es lo suficientemente inteligente como para ni siquiera levantar la cabeza o reconocer las palabras.

—Vamos, ¿se supone que debo creer que es una matrona con licencia en este país y no habla inglés? No soy tonta, Ravil.

Me cruzo de brazos, curvando ligeramente mis labios. Maxim tenía razón. Ni siquiera le ha llevado una semana darse cuenta. —Eso no significa que alguien vaya a responderte en inglés, gatita.

Observo cómo esa idea se asienta en ella y no me gusta necesariamente la forma en que lo hace. Con Svetlana, quería crear incomodidad. Cuando se lo hago a Lucy, algo se retuerce en mis entrañas.

Si es un instinto protector hacia nuestro hijo o porque no soporto ver a Lucy demasiado desequilibrada, no puedo estar seguro. Siempre he sido protector con ella, incluso en Black Light.

Svetlana le entrega a Lucy una tira reactiva y un vaso y, en ruso, le dice que orine en ella.

Al parecer Lucy está familiarizada con la prueba porque se la lleva al baño y regresa un momento después para devolverle la tira. Svetlana compara los colores de la tira reactiva con su tabla. —Está bien —dice en ruso mientras lo anota. Saca su estetoscopio y escucha el pecho de Lucy y luego su vientre.

Svetlana palpa el vientre de Lucy y luego saca un instrumento en forma de cono, colocándolo en un lado de su vientre y escuchándolo.

—¿Estás escuchando el latido del bebé? —pregunto.

—Sí —Svetlana aparta su oído—. ¿Quieres oírlo?

Blyat.

Como antes, cuando Lucy sintió por primera vez una patada del bebé, la idea de escuchar su latido lo hace parecer tan real. Nuestro bebé, nadando dentro de Lucy ahora mismo. Me arrodillo en el suelo junto a Lucy y pongo mi oído en el extremo pequeño del cono. Me lleva un momento concentrarme. Escuchar realmente. Entonces lo

oigo: el ritmo constante y rápido. El latido del corazón de nuestro bebé.

Tan diminuto. Tan débil. Tan precioso. Este pequeño e indefenso milagro vendrá a nuestras vidas.

Me arden los ojos. Parpadeo rápidamente mientras levanto la vista para encontrar la mirada de Lucy fija en mí. Ella levanta las yemas de los dedos para cubrirse la boca. —Benjamin —suelta.

—Benjamin —repito.

Ella exhala apresuradamente con sus palabras. —No sé, simplemente me vino a la cabeza. Creo que su nombre es Benjamin. —Sus ojos se iluminan.

Busco su mano y la sostengo, sin moverme de mi lugar a sus pies. —Benjamin es un nombre perfecto.

Svetlana me quita suavemente el cono y lo guarda en su bolsa. Apenas me doy cuenta cuando saca algunas hojas de papel y las coloca sobre la cama. —Haz que anote su dieta para seguir su proteína en esa tabla. No necesito volver hasta dentro de un mes, pero si quieres, volveré la próxima semana.

No aparto la mirada del hermoso rostro de Lucy. Me encanta verlo suave y sobrecogido por la emoción, tan cambiado como yo por el latido de un bebé. —Sí, la próxima semana —le digo a Svetlana, apretando de nuevo la mano de Lucy.

Svetlana se marcha, y aun así no me muevo, excepto para abrir las rodillas de Lucy. Acaricio con mis pulgares la parte interior de sus muslos, arrastrando la tela de su falda hacia arriba.

El conflicto se arremolina en sus ojos. Mueve su pelvis sobre la cama, probablemente excitada. Probablemente contra su voluntad.

Entonces me abofetea. —Eso es por decirle a todo el mundo que hable ruso cuando estoy presente.

Lo dejo pasar, luego atrapo su muñeca y llevo sus dedos a mi boca, chupando uno de ellos.

Con la otra mano, me da un golpecito suave en la cabeza. Un acto simbólico, no real. —Y eso es por…

Se detiene cuando tomo su dedo corazón y lo chupo en mi boca. Ella se remueve un poco más.

—¿Por qué? —pregunto cuando suelto su dedo y muevo mi cabeza para dejar besos ligeros en la parte interior de su muslo.

Su respiración se entrecorta y se libera. —Por…

Hago que los besos sean más firmes a medida que me acerco al vértice de sus muslos, mordisqueando y lamiendo hasta llegar a sus bragas. Muerdo ligeramente sobre la entrepierna.

—¿Por contratar a una comadrona que te dará toda la atención personalizada que podrías necesitar?

Su respiración sale como un suave gemido cuando aparto sus bragas a un lado y paso mi lengua por sus labios íntimos. Sus rodillas se cierran bruscamente, pero las vuelvo a abrir.

—Eres tan… —Sus dedos se entierran en mi pelo, atrayéndome más cerca mientras hundo mi lengua entre sus pliegues— *exasperante*.

La lamo de arriba a abajo con la parte plana de mi lengua, deslizo mis manos bajo sus muslos para acercar su centro más al borde de la cama.

—¿Cuándo dejarás —se interrumpe con un grito de placer— de castigarme?

Levanto la cabeza y le dedico una sonrisa maliciosa. —Nunca, gatita. —Vuelvo a lamerla con mi lengua, penetrándola con ella, pasándola sobre su clítoris que se hincha. Se pone húmeda e hinchada, y deslizo dos dedos en su interior para acariciar su pared interna mientras atraigo su clítoris para jugar más. Capturando el pequeño botón entre mis labios, succiono con fuerza.

Grita y agarra mi cabeza con ambas manos, tirando de mi pelo. Aparto mis labios antes de que llegue al orgasmo, aún acariciando lentamente con mis dedos.

—No tan rápido, *kotyonok*. ¿Crees que voy a recompensarte después de que me abofeteaste?

Sus ojos se abren, pero no dice nada. Es lo suficientemente inteligente como para saber que debe esperar. Si simplemente se rinde a mí, obtendrá lo que necesita.

Me levanto y desato su vestido, quitándole el cinturón completamente. —Parece que tendrás que ser inmovilizada.

~

Lucy

Ravil me desnuda y ata mis muñecas juntas y luego las asegura al cabecero. Me acuesto de lado porque estar boca arriba está contraindicado ahora, algo que Ravil ya parecía saber.

Si hay algo que no puedo reprocharle, es que investiga a fondo. Tendré que hacer mi propia investigación sobre partos en casa y en agua.

Abofetearlo se sintió bien. No soy el tipo de mujer que abofetea a los hombres. Nunca lo había hecho antes, pero maldita sea, se lo merece. Y aunque me asusta de lo que es capaz, estaba casi segura de que no me haría daño.

Y no lo hizo. Ni siquiera se enfadó.

Probablemente porque sabe que se lo merecía.

Es curioso cómo puedo estar tan enfadada con él y aun así ansiar su contacto por todas partes. Seguir deseando su tipo de dominación. Es como si me tuviera bajo un hechizo. No quiero estar aquí, no quiero rendirme, pero mi cuerpo se derrite como mantequilla cada vez que pone esos malvados dedos sobre mí. Esa lengua.

E incluso ahora mientras quiero rechazar esto, quiero decirle que se vaya al diablo, pero mis hormonas descontroladas anulan toda razón y solo gritan *sí, por favor*.

Más.

Él se coloca sobre mí, con un tubo de algo en la mano. Empuja mi rodilla superior para abrirla y frota un par de gotas de lo que sea que hay en el tubo sobre mi clítoris. Parpadeo hacia él, deseando que continúe, que masajee ese lugar hasta que explote, pero no lo hace. Me mira, estudiando mi rostro. —¿Necesitas un antifaz, gatita?

Mi primer instinto es responder bruscamente *no*. Como si hubiera lanzado una amenaza y no una verdadera pregunta. Pero me doy cuenta de que no está contra mí cuando estamos en la cama. Este es el hombre que parece conocer mi cuerpo mejor que yo. Me tocó como un fino instrumento en Black Light.

Así que respondo con sinceridad. —N-no lo sé.

Él asiente. —Creo que sí. —Deja la cama y regresa con una de sus corbatas, que envuelve alrededor de mi cabeza y asegura en la parte posterior. Hundo la cabeza en la almohada.

—¿Cómoda, gatita?

Asiento.

—Bien. Porque tengo la intención de tomarme mi tiempo contigo esta tarde.

—Y-yo tengo trabajo que hacer —digo. Es cierto, siempre tengo trabajo que hacer. También es cierto que no hay nada urgente.

—Puede esperar —dice Ravil.

Lo que sea que frotó en mi clítoris comienza a enviar sensaciones de calor y frío a través de todas las terminaciones nerviosas sensibles. Un hormigueo se extiende por toda mi zona genital.

Sí, definitivamente no voy a trabajar ahora mismo. Ni en un futuro próximo.

Ravil me da una palmada en el trasero.

Salto, sorprendida por la sensación. Maldita sea. Tenía razón. El antifaz intensifica todo. Me ayuda a sumergirme en la escena, sabiendo que no hay nada que pueda o necesite hacer. Ravil está al mando y, en este escenario, confío en él.

Sus dedos rodean mi rodilla, y recorre ligeramente con sus labios mi muslo interno nuevamente. Me estremezco ante la sensación, el placer floreciendo por todas partes. Abre mis labios y recorre con su lengua mis partes íntimas. Gimo suavemente. Se siente tan bien. Cada vez que me toca, mi cuerpo cobra vida.

Es como si nunca hubiera tenido sexo antes de Ravil. Claro, lo había hecho, pero era mecánico. Vagamente satisfactorio. Nada parecido a esto.

Esto es hedonismo, algo que nunca me he permitido. No bebo demasiado. No como en exceso. No me tomo vacaciones, aunque sé que debería.

Mis padres me inculcaron la creencia de que tenía que trabajar duro y demostrar mi valía en todo momento. Eso es lo que ellos hicieron. Eso es lo que hizo mi hermano mayor, el ingeniero de la NASA.

Y me dijeron que tendría que trabajar aún más duro porque soy una mujer guapa. Tendría que demostrar mi valía una y otra vez. En la universidad, en la facultad de derecho, en el bufete de mi padre. Especialmente allí, para que nadie pensara que me dieron el puesto por nepotismo.

Pero Ravil no me hace demostrar mi valía. No cuando estoy atada, con los ojos vendados y a su merced.

Aquí, soy suya para castigar. Suya para dar placer. Todo lo que necesito hacer es rendirme. Recibir. Disfrutar.

—Ravil —me encuentro croando, moviendo mis caderas y necesitando más que solo su lengua.

—Cuéntame sobre tus orgasmos, gatita —dice Ravil, retirando su gloriosa lengua de entre mis piernas—. ¿Son principalmente vaginales? —Introduce un par de dedos dentro de mí y acaricia mi pared interna.

Otro gemido escapa de mis labios. Se siente tan bien.

—¿E-en comparación con qué? —logro jadear.

—Clitoriano o cervical. Dicen que hay tres tipos de orgasmos. —De repente está junto a mi cabeza, dejando besos ligeros como mariposas a lo largo de mi cuello—. Cuatro si cuentas esta región. —Llega a mi mandíbula y me besa más fuerte allí, luego mordisquea mi oreja.

Escalofríos recorren mi cuerpo en todas direcciones: arriba y abajo por mi columna, por el interior de mis piernas, en los arcos de mis pies, por mis brazos.

—Ravil —vuelvo a croar.

Acaricia mi mejilla, creo que con el dorso de sus dedos. —Tan hermosa —murmura, con su acento más marcado de lo habitual—. Me encanta cuando dices mi nombre como si estuvieras muriendo por ser follada.

Me paso la lengua por los labios. —Por favor.

No me llevó mucho tiempo pasar de abofetearlo a suplicar.

—Ríndete, gatita. Tendrás tu placer cuando yo decida.

—Lo sé —digo débilmente.

Se ríe y besa el vaivén de mi garganta, luego la hendidura entre mis clavículas, y después el centro de mi esternón.

Acaricia suavemente mi pezón derecho con la yema de un dedo. Hay una paciencia con la que se acerca a mi cuerpo que intensifica todo. No solo pellizca o lame de inmediato. Simplemente toca ligeramente hasta que se endurezca y se alargue bajo su contacto.

—Pronto estos hermosos pechos proporcionarán sustento a nuestro hijo. Benjamin.

Mi cuerpo tiembla en respuesta. Tengo planeado amamantar. Al menos un poco. Extraerme leche con seguridad, para dejarla con la niñera cuando esté en el trabajo. Pero Ravil hablando de ello ahora, mientras estoy en este estado receptivo, en contacto con mi cuerpo, hace que casi anhele el acto. Como si mi cuerpo conociera y creyera en su belleza. Tan perfecto y placentero como el sexo. Tan natural y fácil.

Y para mí, nada ha sido nunca natural ni fácil.

Hasta que Ravil apareció ayer, había estado fuera de sintonía con mi cuerpo durante el embarazo. Entre las náuseas matutinas de los primeros meses y luego la excitación insaciable, por no mencionar que ya no me cabía ninguna ropa y se me hinchaban los pies, quería salir de mi cuerpo. Divorciarme de él.

Pero ahora estoy completamente en él, más de lo que nunca he estado, y se siente maravilloso.

Ravil hace cosquillas suavemente con las puntas de los dedos en mi muslo interno mientras gira su lengua alrededor de mi pezón, luego se separa y lo seca soplando.

—Ravil —gimo—. Por favor.

—Lo sé, gatita. —Chupa mi pezón en su boca, dando un tirón largo y fuerte, como si fuera un bebé lactante, y siento la respuesta en mi núcleo—. Sé lo que necesitas.

—¿Cómo? —canturreo. Mi cerebro, como siempre, se niega a apagarse.

Arrastra los dientes sobre mi pezón. —¿Cómo lo sé? Presto atención, *kotyonok*.

Tiemblo. —E-entonces, ¿qué tipo de orgasmos tengo?

—Vaginales —responde inmediatamente—. Pero te gusta la estimulación en todas partes.

Mi cuerpo se rinde a él aún más. Lo registro como una oleada de alivio, una relajación más profunda. Ceder el control nunca se había sentido tan increíble.

—¿Ravil? —De alguna manera es más fácil hablar con él con la venda en los ojos. Con mi cuerpo bajo su control.

Besa alrededor de la curva de mi vientre. —¿Sí, gatita?

—¿Qué harás conmigo?

Me refiero a después del parto. Al menos, creo que es eso lo que quiero decir. Quiero conocer sus intenciones. Por qué está besando cada centímetro de mi cuerpo mientras me mantiene cautiva.

Quiero saber si me mantendrá a su lado.

Y sinceramente no sé cómo quiero que responda.

—Esto, gatita. —Me sostiene la rodilla abierta y bordea mi ano con la lengua. Grito, apretándome y tensándome con el placer y lo tabú del acto.

Esto. No puedo obligarme a preguntar de nuevo. A aclarar. Porque me he dado cuenta de que no quiero saber la respuesta.

Y entonces pierdo el hilo de mis pensamientos porque el placer que me exprime es tan dichosamente intenso que ya ni siquiera me importa.

~

Ravil

Mantengo a Lucy al borde de un orgasmo durante gran parte de una hora. La follo con un tapón anal, le chupo el clítoris, uso un vibrador con la curva para el punto G. La azoto un poco. Le chupo los dedos de los pies. Continúo hasta que prácticamente está llorando de necesidad, y entonces termino mi propia tortura liberando mi polla y penetrándola.

Se siente tan bien no tener que usar condón. Saber que ya lleva a mi bebé. Que ella es mi única pareja, y yo la suya.

Tengo que cerrar los ojos y respirar profundamente para no correrme tan pronto como estoy dentro de ella. —Se siente tan bien,

gatita —digo con voz ronca, mi acento sonando tan denso como cuando vine aquí por primera vez.

—Sí, Ravil, por favor —balbucea. Perdió la cabeza hace mucho, reducida a un charco lascivo de hermosa necesidad.

Me enorgullezco de provocar esta respuesta en ella, especialmente sabiendo lo estricta que es consigo misma. Dudo que alguna vez se permita este placer. Por eso voy a asegurarme de que lo reciba todos los malditos días.

Aflojo la corbata que ata sus muñecas al cabecero, para poder ponerla de rodillas, con los brazos extendidos por encima de su cabeza como si estuviera en algún tipo de postura de yoga con ataduras. Le doy una palmada en el trasero porque se ve preciosa.

—Ravil, Ravil…

—Lucy. Hermosa Lucy. —La azoto de nuevo y vuelvo a deslizarme dentro. El estremecimiento de placer no es menor en esta posición —. Me encanta follarte, gatita. Podría hacerlo toda la noche.

—No —protesta, ya desesperada por terminar—. Ravil, por favor. Necesito…

—¿Necesitas mi polla? —Entro con firmeza, presionando mis lomos contra las suaves curvas de su trasero.

—¡Sí! —Suena impaciente.

Agarro sus caderas y doy varias embestidas cortas, golpeando su trasero cada vez.

Ella gime. Los sedosos mechones de su largo cabello rubio se extienden por su espalda desnuda y sobre la cama. Parece un ángel caído.

Corrompida por mí.

—¿Lo necesitas fuerte, Lucy?

Jadea. —Mmm…

Le doy una demostración, embistiendo con fuerza media docena de veces. En el momento en que me detengo, grita: —¡Sí! ¡No pares! Oh Dios, por favor, Ravil.

Quiero torturarla más. Hacer que dure más para mi propio placer. Pero la combinación de su rendición y súplica junto con la sensación de estar dentro de ella y reclamarla completamente me empuja al límite.

—*Blyat* —maldigo en ruso, mis movimientos volviéndose rudos y salvajes. La follo más fuerte, perdiendo el enfoque en su placer, precipitándome hacia el mío propio—. Lucy.

—¡Sí! Oh Dios…

Me mareo. La habitación se inclina y gira. Mis testículos se tensan, los muslos tiemblan. La penetro como si tuviera algo que demostrar. Como si este fuera el momento en que ella aprenderá a aceptarme como el legítimo padre de su hijo, para hacer espacio en su vida para que seamos una familia.

Aunque eso no es realmente lo que quiero.

¿O sí lo es?

Joder.

Joder.

¡*Sí*!

Embisto con fuerza dentro de Lucy y me mantengo profundo, cayendo al abismo del orgasmo.

Ella se corre alrededor de mi polla, sus paredes internas apretando mi miembro, masajeando hasta la última gota de mi semilla.

No sé cuánto tiempo permanezco ahí de rodillas, enterrado profundamente en Lucy con la habitación dando vueltas. Tras un momento, me percato de sus gemidos. La rodeo por la cintura y nos tumbo a ambos de lado, manteniéndome dentro de ella. Extiendo el brazo y le acaricio el clítoris, y ella vuelve a correrse, arrancándome otro mini orgasmo.

Gruño, apretando el brazo alrededor de ella. Meneo las caderas, bombeando lentamente dentro y fuera mientras floto en el éxtasis producido por la liberación. La sensación de bienestar. De gratitud. Algunos podrían confundir este momento con amor.

No soy tan insensato.

Le acaricio el clítoris de nuevo, y ella vuelve a apretar alrededor de mi polla.

Aun así, debe ser lo más cerca que he estado de sentir amor. La conexión y el afecto que siento por ella son reales.

Le acaricio el cuello con la nariz y beso un trozo de piel que encuentro bajo su suave pelo.

¿Qué harás conmigo? Quería saber.

Quedarme contigo.

No lo haría. No lo haré. Ella no se lo merece. Pero si fuera egoísta. Si fuera realmente el cabrón que ella cree que soy… me la quedaría para siempre.

Atada a mi cama.

Llena de mi polla.

Gimiendo mi nombre con esa manera ronca y desesperada que tiene.

Lucy. Mi brillante y bien protegida abogada-amante. La mujer que no confía en mí para ser el padre de su hijo.

La mujer a la que quiero poner del revés. Dominar.

Amar.

Sí, *amar*.

En esta vida quiero amar. Lástima que esté incluso más a la defensiva que ella.

CAPÍTULO 9



Lucy

Después de un tentempié y una breve siesta, me despierto para encontrar a Ravil de pie junto a la ventana. Se gira cuando me incorporo.

—¿Cómo te sientes, preciosa?

Me estiro, sintiendo la relajación en mis extremidades. Una ligera molestia entre mis piernas. La sensación persistente de haber tenido algo insertado en mi trasero.

Increíble. Me siento extraordinaria.

Aunque no voy a decírselo.

Me levanto de la cama.

—¿Vas a dejarme salir de esta habitación ahora?

No debería sonar tan irritada. No después de que él se haya dedicado a proporcionarme el orgasmo más increíble de mi vida.

—Sí —dice con suavidad—. Voy a llevarte a la piscina de la azotea.

Piscina es una palabra mágica para cualquier embarazada, te lo garantizo. Me animo de inmediato. —¿Tengo bañador?

—Te he guardado uno. Pero también podrías nadar desnuda si quieres. La piscina es privada.

Bañarme desnuda no es lo mío, aunque después de nuestra sesión de la tarde, me siento mucho más cómoda con mi cuerpo de

lo normal. Encuentro mi bikini y me lo pongo. La parte de abajo todavía me queda bien, pero mis pechos se desbordan por la parte superior.

La mirada de Ravil cae sobre ellos, hambrienta. Coge y me ofrece un albornoz de felpa demasiado grande (probablemente suyo) y me deslizo dentro. Luego él se cambia y se pone un bañador turquesa con azul marino.

Como siempre, me quedo mirando su pecho cincelado y tatuado. La ligera capa de vello dorado que lo cubre. Saca mis chanclas del armario y sale con las suyas propias, con dos toallas de playa bajo el brazo.

Es un estilo diferente para él, y si no fuera por los tatuajes de prisión, parecería un socorrista californiano. Rubio, fornido y varonil. No íntegro. Pero es casi como si pudiera ver cómo, en diferentes circunstancias, podría haber resultado íntegro. En el fondo, no es un hombre malvado.

No puede serlo, no con el cuidado que tiene conmigo.

¿O sí?

Ignoro su mano cuando me la ofrece, pero dejo que me guíe fuera del ático y por una pequeña escalera hasta la azotea.

Allí, casi jadeo ante el paisaje. Hay grandes árboles en macetas. Jardineras. Sombrillas coloridas. El césped artificial le da más color. Rodeamos las instalaciones de la azotea, con los muros de hormigón hábilmente ocultos con vallas de bambú, y llegamos a la piscina.

Donde una pareja de adolescentes está jugueteando.

—¡Dios mío! —chilla la chica. La parte superior de su bikini está flotando en el agua, y se sumerge para ocultar sus pechos desnudos de nosotros.

Su novio se gira para enfrentarnos. —¡Señor Baranov! —Coloca su cuerpo delante del de ella mientras agarra la parte superior del bikini y lo sostiene disimuladamente detrás de su espalda.

—Creía que habías dicho que era una piscina privada —murmuro.

—Lo siento mucho. Sé que no son las horas de baño libre —balbucea el chico. Su cara está roja, aunque no tan roja como el cuello de su novia, que nos da la espalda, agachada mientras se pone la parte superior.

Ravil le dice algo en ruso.

—No, señor —responde en inglés. El adolescente niega enfáticamente con la cabeza. Viendo que su novia está vestida, le toma la mano y la jala hacia los escalones—. No, juro que no lo hicimos. Siento que estuviéramos aquí cuando no debíamos. Es solo que… normalmente no hay nadie durante las horas privadas.

Ravil lo mira fríamente. —Pasa por mi apartamento esta noche alrededor de las ocho, Leo —dice.

Los ojos de Leo se ensanchan. Fuera de la piscina, parece más alto de lo que pensé inicialmente, pero sigue siendo delgado. Probablemente no tiene más de quince o dieciséis años. Levanta su mano libre. —Lo siento mucho. Estar aquí cuando no debía fue muy irrespetuoso. Prometo que no volverá a ocurrir.

Ravil asiente, dejando nuestras toallas en una tumbona. —Disculpas aceptadas. Aun así necesito verte esta noche. A las ocho. ¿Entendido?

Leo coge una toalla y la abre para su novia en un gesto decididamente caballeroso. —Sí, vale. —Ni siquiera se molesta en secarse, solo se mete en sus chanclas, coge su toalla y la mano de su novia, y se dirige hacia las puertas.

Se vuelve. —¿Señor Baranov?

—¿Sí?

—¿Va a contarle esto a mi madre? —Su voz se quiebra un poco en la palabra *madre*.

—No —dice Ravil—. La dejaremos al margen. A menos que no te presentes esta noche.

—No lo haré —jura el joven.

—Asegúrate de que así sea. —Ravil ya le ha dado la espalda, quitándose las chanclas y dirigiéndose hacia los escalones de la piscina.

Observo a la pareja marcharse antes de unirme a él. La piscina es hermosa. De esas que están hechas para parecer un espacio acuático natural, con una suave forma de reloj de arena y un spa que cae en cascada por suaves rocas hasta la piscina.

—Es agua salada —dice Ravil—. Perfecta para tu parto acuático.

Mi parto acuático.

Este hombre debe estar loco.

No voy a dar a luz en una azotea en una piscina.

Me quito el albornoz y entro. El agua es perfecta, refrescante en una cálida tarde de verano.

—¿Qué le has dicho a Leo cuando hablaste en ruso?

Los labios de Ravil se contraen. —Le pregunté si había tenido sexo en mi piscina.

Me río a pesar de mí misma.

Los ojos de Ravil recorren mi rostro como si encontrara fascinante mi risa.

Rápidamente escondo mi sonrisa. —¿Qué va a pasar a las ocho?

De nuevo, los labios de Ravil se curvan en las comisuras. Estamos de pie en la parte poco profunda, con el agua llegándonos hasta las costillas. —Voy a tener la charla sobre sexo con él. Darle condones y asegurarme de que sabe cómo tratar a una chica.

Mis labios se entreabren. Lo que sea que esperaba, no era eso.

—¿De verdad? —digo, tontamente.

Ravil asiente. —Vive con su madre soltera. Tengo la responsabilidad de intervenir en estas charlas de hombre a hombre. Especialmente cuando lo pillo desnudando a su novia en mi piscina.

No puedo evitarlo. Vuelvo a reír. Es tan condenadamente dulce. Y yo pensando que Ravil iba a amenazar al chico con malicia. En su lugar, está… bueno, *ejerciendo de padre* con el muchacho.

—¿Es familiar tuyo? —pregunto.

—No —dice Ravil—. Pero el Kremlin es mi pueblo. Y yo soy su líder. Tengo el deber de cuidar de todos ellos… si puedo.

Algo incómodo se retuerce bajo mis costillas. Una inquietud.

Quizás juzgué mal a Ravil.

Quizás terriblemente.

Pero no. Es un criminal. Sus tatuajes lo demuestran.

¿Afirmas tener conocimiento completo de mi profesión, exactamente qué hago y cómo gestiono mi negocio? ¿Has investigado esto a fondo?

No lo hice. Básicamente lo perfilé racialmente. Aunque sí estranguló a un hombre en Black Light por insultarme. Eso fue una gran señal de alarma para mí.

Aun así, no tengo ninguna otra prueba de que sea un mal hombre. Que no sea apto para ser padre.

Así que quizás ahí es donde debo empezar. Para construir mi caso contra él. O a su favor. De cualquier manera, necesito construir un caso. Examinar las pruebas, sopesarlas.

Meto la cabeza bajo el agua y nado a braza hasta el extremo opuesto de la piscina. Se siente genial estar sin peso. Hacer ejercicio sin la incomodidad de mi nueva forma. Sin esa sensación de cansancio extremo que a veces tengo cuando no he comido suficiente proteína o carne roja para el bebé.

Nado de un lado a otro. Ravil se sienta al borde de la piscina y observa.

Finalmente, me canso y salgo a respirar cerca de él, con el agua escurriendo por mi cara y pelo.

—¿Por qué te convertiste en abogada defensora? —pregunta.

Me exprimo el pelo y me esfuerzo por salir y sentarme a su lado. —Mi padre es abogado defensor. Representó a algunos de los mayores líderes del crimen organizado en Chicago. Algunos decían que debía ser un desalmado para representarlos. Que llenaba sus bolsillos con billetes manchados de sangre. Pero lo cierto es que mi padre creía, como yo, que cada hombre tiene derecho constitucional a un juicio justo.

Ravil arquea una ceja, y capto la acusación en su gesto. No le ofrecí el beneficio de la duda. Lo juzgué y condené basándome en rumores. Intenté mantenerlo alejado de su propia sangre basándome en mis prejuicios.

Bajo la mirada hacia la parte superior de mi bikini y lo ajusto para mantener mis pechos cubiertos.

—Crecí escuchando a mi padre defender su elección en la mesa de la cena o en reuniones familiares. La gente inevitablemente preguntaba, ¿por qué defenderías a un criminal? Especialmente si sabes que es un criminal.

Encuentro la pálida mirada azul de Ravil y trago saliva.

—Él respondía que cada hombre que defiendo es el hijo de alguien. El hermano de alguien. El padre de alguien. Si fueras médico, no te negarías a tratar a un hombre porque hubiera sido

acusado de un delito. Harías tu trabajo. Mi trabajo es ayudarle a través de nuestro sistema legal, que sería difícil de navegar por su cuenta. El hecho de que yo me ponga de pie en el tribunal, toque su hombro y lo haga cercano al jurado no significa que apruebe o condone lo que ha hecho. Pero voy a hacer mi trabajo representándolo.

—¿Y tú sientes lo mismo? —pregunta Ravil.

Tomo aire con dificultad y asiento. —Sí.

—Pero los juzgas. ¿Incluso cuando los representas? ¿No condonarías a un criminal?

El sol de la tarde ya se ha ocultado detrás de un edificio. La brisa contra mi piel mojada de repente me hace sentir frío.

La verdad es que, a pesar de lo que acabo de decidir hacer (investigar los antecedentes y actos de Ravil) no estoy segura de querer saberlo. Temo lo que pueda encontrar.

Lo que debe significar… que estoy empezando a preocuparme por él. Y no quiero saber si es tan malo como me imaginé originalmente.

No quiero saber cuántas tumbas ha cavado.

O cuántas mujeres ha secuestrado, aparte de mí.

Niego con la cabeza. —Mis juicios y sentimientos son irrelevantes. Mi trabajo es guiarlos a través del sistema legal.

—¿Te esfuerzas más si crees que son inocentes?

Miro mis uñas. Las mantengo cortas pero arregladas con manicura francesa. Se están descascarillando. —¿Sinceramente? No pienso de esa manera. A veces, cuanto menos sepa, mejor. Preparo mi caso basándome en el del fiscal. No se trata de esforzarse más. Se trata más bien de lo sólido o débil que sea el caso. Si se violaron procedimientos por parte de la policía o la fiscalía.

—¿Así que no te importa si Adrian provocó el incendio o no?

—No —respondo inmediatamente—. ¿Sinceramente? Mi suposición es que lo hizo. Eso no me impedirá hacer todo lo posible para que salga libre.

—¿Serás capaz de liberarlo?

Me encojo de hombros. —Tengo buenas posibilidades. Su caso no es muy bueno. Probablemente pueda demostrar parcialidad

basándome en el hecho de que es inmigrante. Por supuesto, un jurado podría tener el mismo prejuicio. Pero si tenemos suerte, puedo detener esto antes de que vaya a juicio.

» ¿Trabajaba para ti? —Se me tensa la garganta al hacer la pregunta. No estoy segura de querer escuchar la respuesta.

—¿Estás construyendo tu caso personal contra mí?

Sí.

—No.

—¿Crees que tus leyes son perfectas, Lucy?

—Por supuesto que no.

—¿Crees que puede haber razones para quebrantar tus leyes que aún caigan dentro de un código de lo que está bien y mal?

Me quedo inmóvil, sabiendo que me está diciendo algo aquí. No estoy segura de querer escucharlo.

—Sí —admito—. Estoy segura de que las hay. He defendido casos así antes.

Ravil simplemente asiente y se pone de pie. —Seguro que tienes hambre. —Me ofrece una mano.

La tomo y dejo que me ayude a levantarme. —Mucha. —Suspiro porque casi siempre tengo mucha hambre estos días.

—¿Qué quieres comer esta noche? Te llevaré fuera… si quieres.

Vaya. Parece que el carcelero no es tan estricto.

—Estoy cansada, en realidad. Y… —Le doy una sonrisa traviesa—. ¿Quedan algunos pirojki? —He estado pensando en esas malditas empanadillas todo el día. Definitivamente son mi nuevo antojo del embarazo.

Los labios de Ravil se tuercen en una sonrisa. —Creo que sí. Me aseguraré de que siempre tengamos algunos para ti, gatita. —Sostiene una toalla abierta para mí, justo como el joven Leo había hecho con su novia adolescente.

Quizás sea la dulzura de esa imagen o quizás todos mis pensamientos sobre Ravil se están reordenando, pero de repente ya no puedo verlo como el terrible villano.

CAPÍTULO 10



Lucy

El viernes, me llega un mensaje de Gretchen. *¿Qué pasa? ¡Llámame!*

Ambas somos abogadas ocupadas, así que no es del todo inusual que yo no conteste a sus llamadas o que no tenga tiempo para devolverlas. Sabía que no se ofendería si no la llamaba de inmediato.

Pero todavía no sé cómo gestionar una llamada con ella.

Parte de ello es mi propia ambivalencia. Si fuera a darle un mensaje en clave a alguien, sería a ella. Vivimos juntas durante los tres años de la carrera de Derecho. Eso supuso un vínculo muy serio y nos dio toneladas de historia de la que tirar. Además, ella sabe sobre Black Light y Ravil. Probablemente podría improvisar algo. Con un poco de tiempo, sin duda podría elaborar algo en particular para enviarle.

Pero, ¿debería? ¿Realmente estaría arriesgándome a que me enviaran a Rusia y posiblemente a separarme para siempre de mi bebé cuando nazca? ¿Merece la pena perder la creciente confianza entre Ravil y yo? ¿Una confianza que planeo utilizar para negociar un acuerdo con el que ambos podamos vivir?

No estoy segura.

Definitivamente no estoy preparada para asumir ese riesgo hoy.

Le respondo a Gretchen. *¡Lo siento, estoy desbordada! Te llamaré cuando tenga un momento para ponerme al día.*

Ya está. Eso debería mantenerla a raya durante unos días, si no otra semana. Me dará tiempo para decidir si voy a mentirle o intentar alertarla sobre mi situación.

Mi teléfono suena de nuevo. Es Sarah, la pasante de verano que me está ayudando con el caso de Adrian. Contesto.

—Hola, ¿cómo te encuentras?

—Estoy bien —digo, sin molestarme en ocultar la irritación en mi voz—. Como dije, el reposo es preventivo. Estoy a pleno rendimiento, solo tengo que quedarme en casa.

—Claro, claro —dice—. Por supuesto. Tengo todos los materiales que solicitaste, ¿quieres que te los envíe por mensajero?

Vaya, mierda.

—No —digo rápidamente—. Por favor, escanéalos todos y envíamelos digitalmente.

—Uf. Realmente no tengo tiempo para eso, y no creo que Lacey tampoco lo tenga. —Lacey es la secretaria legal que comparten cuatro asociados.

—Bien. Enviaré un mensajero a recogerlos.

—Vale. Los dejaré en recepción.

Respiro aliviada cuando no cuestiona por qué no quiero que envíe nuestro servicio habitual de mensajería. Ravil tendrá que enviar a uno de sus hombres a hacerlo. O contratar a un mensajero de verdad.

—Escucha, descubrí algo más sobre el caso. Dick parecía preocupado porque representáramos a la mafia rusa, así que me pidió que investigara.

¿Dick? ¿Lo llama por su nombre de pila? Dios mío, ¿la pasante de verano se está acostando con un socio? Eso parece.

—En fin, se dice que el FBI está cabreado por el incendio porque tenían vigilado ese edificio. Parece que una presunta red de trata sexual opera u operaba desde allí. O algo así. Así que quizás deberías pensar a quién estás representando.

Respiro lentamente. —Los abogados defensores representan a sus clientes, punto. En este país tenemos una constitución que

otorga a todos los seres humanos los mismos derechos, y uno de ellos es un juicio justo.

—Lo sé, lo sé. Sin ánimo de ofender. Solo pensé que deberías saberlo.

—Bueno, gracias. Averiguaré si me sirve de algo.

Estoy cabreada ahora. Porque veo exactamente hacia dónde va esto. Dick se está tirando a la nueva estudiante de derecho y la está utilizando para construir su campaña de desprestigio contra mí para el debate de la sociedad.

Pues que les den.

Que les den a todos.

Cuelgo sin despedirme, con los dientes apretados. Solo después de sentarme en silencio por un momento empiezo a procesar la información que me ha dado.

Trata de personas.

¿Es posible que Adrian incendiara el edificio para destruir pruebas porque los federales se estaban acercando demasiado a una operación ilegal?

A pesar de lo que le dije a Sarah, la idea me revuelve el estómago.

Especialmente porque este caso está vinculado a Ravil.

¿Significa esto que Ravil es un tratante de personas?

Una oleada de náuseas me invade y me entra un dolor de cabeza punzante.

A la mierda. Ni siquiera voy a molestarme en intentar procesarlo. Oficialmente estoy de reposo.

Me voy a la cama.

Agarro un libro de bolsillo de la caja que Ravil me trajo, una mezcla de novelas románticas de vikingos y los últimos éxitos de no ficción. Sospecho que revisó mis compras de Kindle.

Abro un libro que tiene en la portada a un hombre con el pecho descubierto y abdominales marcados. Antes pensaba que leer novelas románticas era demasiado vulgar para mí. Es decir, las leía de adolescente pero dejé de hacerlo cuando fui a la universidad. Pero a la mierda eso. El romance es exactamente lo que una mujer

embarazada debería leer. Amor, sexo y finales felices. No hay razón para añadir nada negativo a la mezcla.

Especialmente no las noticias negativas de la vida real que Sarah acaba de soltarme.

CAPÍTULO 11



Ravil

En contra de mi buen juicio, el sábado llevo a Lucy al centro de rehabilitación de su padre como recompensa por su buen comportamiento.

Se adaptó a una rutina inquieta durante el resto de la semana. Dimos paseos diarios y nadamos, compartimos comidas. Compartimos largas e intensas sesiones de sexo. Natasha venía a darle masajes todos los días. Para mi diversión, pedía pierogis cada día y los devoraba como si fueran la mayor exquisitez. Practicaba su ruso con los chicos, a quienes todavía no he permitido hablar inglés, a pesar de que ella sabe que pueden.

Dima y yo vigilamos de cerca sus llamadas telefónicas y comunicaciones, pero no parecía hacer ninguna súplica secreta o evidente pidiendo ayuda. Gretchen, su amiga de D.C. (la que vino con ella a Black Light) llamó un par de veces, pero Lucy no contestó ni devolvió las llamadas.

Por alguna razón, está siendo obediente. No soy tan ingenuo como para creer que ha aceptado su destino. Sé que está ganando tiempo.

—Gracias por esto —dice, mirando fijamente a través del parabrisas de mi Jaguar I-Pace.

—No harás que me arrepienta —es una advertencia.

—¿Vas a entrar?

—Sí —digo—. Y no te apartarás de mi lado ni un solo momento. —Puedo imaginarla intentando deslizar una nota en el bolso de su madre o dejarla en algún lugar de la habitación. O incluso pedir ayuda descaradamente. Traerla aquí es una idea terrible. Y, sin embargo, negarle algo tan importante también se sentía mal.

Se muerde el interior del labio, considerándome.

—¿Quién creen que es el padre de su nieto? —pregunto.

—Un donante de esperma anónimo —dice.

Permito que una sonrisa juguetee en mis labios. —Lo cual no está tan lejos de la realidad. Fue casi anónimo. —No habíamos intercambiado nombres reales en Black Light.

Parece aliviada por mi reacción. O mi falta de reacción. —Sí.

—Excepto que me dijiste que tomarías la píldora del día después. ¿Sabías entonces que no planeabas hacerlo?

Puedo decir por la forma en que desvía su mirada que sí lo sabía.

—Me alegro —ofrezco—. Las familias están prohibidas en la bratva. Vivimos según un código que nos exige alejarnos de toda familia anterior, no casarnos nunca y jurar lealtad solo a la hermandad. Así que no pensé que tendría un hijo jamás.

—¿Y ahora puedes? —pregunta.

Me encojo de hombros. —Ya no estoy en Rusia. Soy el líder de esta célula. Estoy cambiando las reglas.

—¿Estará nuestro hijo en peligro?

—Ninguno de los dos estará en peligro. Te lo prometo. Si hay un desafío, será por mi posición, y el peligro será exclusivamente mío. Pero no habrá desafío. No tengo interés en las luchas de poder en Rusia, y aquí no hay ninguna.

Ella mira fijamente sus uñas. La pintura pálida está empezando a descascarillarse. Me hago una nota mental para traer a alguien que le haga una manicura y pedicura. —Tenía miedo de no tener hijos. Rompí con Jeffrey porque después de ocho años, no quería comprometerse. Me quería, pero por alguna razón, simplemente no estaba seguro sobre el matrimonio y la familia. Y yo sabía que lo quería. Y tenía miedo… —su voz se ahoga y deja de hablar.

Estiro el brazo y tomo su mano, apretándola.

—Tenía miedo de que nunca me ocurriera. Tengo treinta y cinco años. Prioricé la facultad de derecho y mi carrera. Pensé que tendría tiempo para tener hijos una vez que estuviera establecida. Pero Jeffrey nunca se decidió. Y cuando me di cuenta de que nunca lo haría, parecía que era demasiado tarde para conocer a alguien nuevo. Así que cuando se rompió tu condón… bueno, parecía una oportunidad que podría no tener de nuevo. Así que la aproveché.

Suelto su mano, recordando que ella lo hizo sin decírmelo. Y que todavía cree que tomó la decisión correcta. Aún preferiría que yo no formara parte de la vida de nuestro hijo.

Llegamos al centro de rehabilitación y aparco el Jaguar. —Deja tu bolso en el coche —le digo, por si tiene una nota preparada. Compruebo sus bolsillos antes de tomarla de la mano y llevarla adentro.

Nos registramos en la recepción, donde la joven y guapa recepcionista saluda a Lucy por su nombre y me mira con curiosidad. —Podéis pasar. Tu madre ya está allí —le dice a Lucy.

El lugar es agradable, definitivamente de la gama alta para un centro de rehabilitación, pero aún con ese olor a medicamentos que me pica la nariz. Lucy me guía por el pasillo hasta una habitación con la puerta abierta. Entra. —Hola, papá —dice con un tono excesivamente alegre.

Un hombre mayor en silla de ruedas nos mira, y el lado izquierdo de su boca se levanta en una sonrisa. El lado derecho de su cara permanece flácido e inexpresivo. Controlando la silla de ruedas con un joystick, la gira para enfrentarnos.

—Hola, mamá. —Lucy le da un abrazo a la mujer elegante pero de aspecto deprimido que está en la habitación—. ¿Cómo está?

—¿Quién es este? —exige su madre sin responder, posando su mirada en mí.

Doy un paso adelante y le estrecho la mano. —Hola Barbara —la saludo por su nombre—. Soy Ravil Baranov. Soy el padre del hijo de Lucy.

Lucy y su madre aspiran aire sorprendidas. Su padre gira la silla de ruedas para enfrentarme, con una de sus pobladas cejas grises fruncida.

—¿Qué? ¿Cómo ha ocurrido esto? —exclama su madre.

Lucy se aclara la garganta. —Ah, creo que esa parte sería bastante obvia, mamá.

Su madre sigue mirando confundida, sin entender. —Pensaba que los donantes en este tipo de cosas renunciaban a todos sus derechos. —Mira al padre de Lucy buscando confirmación, aunque el hombre ya no puede hablar.

—Nos conocimos el día de San Valentín pasado —digo—. El bebé fue concebido de forma natural. —He aprendido que mantenerse cerca de la verdad siempre es la mejor estrategia—. Solo nos hemos reencontrado recientemente. —Tiendo mi mano al padre de Lucy, aunque no estoy seguro de que sea capaz de estrecharla. Su mano derecha está cerrada en un puño sobre su regazo—. Ravil Baranov.

Ofrece su mano izquierda, la que funciona. Rápidamente cambio de mano y la agarro. Aprieta demasiado fuerte, excesivamente fuerte. No puedo decir si es un mensaje o si no puede modular su agarre.

A juzgar por cómo su mirada alarmada observa los tatuajes en mis nudillos, es un mensaje. Es cuando me doy cuenta de que Nick Lawrence tiene todas sus facultades intactas. Simplemente está atrapado en un cuerpo incapaz de hablar o caminar. Suerte para mí, supongo, o estaría dando la alarma sobre la libertad de Lucy.

—¿Cómo está papá? —pregunta Lucy de nuevo, tratando obviamente de cambiar de tema.

—Tu padre ya ha tenido su fisioterapia hoy, y el logopeda ha estado aquí. Le han dado este iPad para comunicarse, pero parece que no le gusta —informa su madre—. ¿Cómo van las cosas en el bufete?

Lucy se encoge de hombros. —Quieren reemplazar a papá con un nuevo socio, y creo que no me quieren a mí. —Lanza una mirada irónica a su padre, quien frunce el ceño aún más. Él abre la boca un par de veces, sus labios redondeándose como si intentara formar palabras, pero finalmente se rinde y sacude la cabeza con evidente frustración.

—No pueden elegir un nuevo socio sin el voto de tu padre —dice la madre de Lucy.

—Oh, creo que planean hacerlo —dice Lucy—. Creo que precisamente por eso eligieron actuar ahora.

Su padre emite algunos sonidos ininteligibles.

—Tendrían que comprar su participación —dice Barbara—. Y no he recibido ninguna oferta.

Nick levanta su pie bueno y lo deja caer sobre el reposapiés de la silla de ruedas, como si lo estuviera pisoteando.

—Lo sé, cariño. De todas formas no las aceptaría. Tú planeas volver.

Oculto mi mueca. En mi opinión poco profesional, no hay forma de que Nick Lawrence vuelva a ejercer la abogacía. Pero nunca se sabe. Los milagros existen.

—Pero aún tiene voto y voz en cualquier decisión que tomen. Yo misma llamaré a Dick y le diré que actuaré como su representante hasta que se recupere.

—No, mamá —espeta Lucy—. Ya piensan que me lo han dado todo porque papá es socio. Si llego a ser socia, será por mis propios méritos, no porque mi madre llamó y montó un escándalo.

Barbara sorbe por la nariz. —Bueno, ¿quién crees que quieren que sea socio?

—No lo sé. Pero Dick pasó por mi oficina para decirme otra vez cómo representar a miembros del crimen organizado está destruyendo la reputación del bufete. Sin importar que casi todos mis casos son referencias de los Tacones. Sin importar que gané tanto o más para el bufete que cualquier otro asociado el año pasado.

Nick gira su silla de ruedas para mirarme directamente e intenta hablar de nuevo.

Lucy me lanza una mirada rápida.

No me hago el tonto. La verdad es que veo la evidente frustración del hombre por no poder comunicarse.

Agarro un taburete y me siento justo frente a él, enfrentando su mirada desafiante. —Me importa su hija, Nick —le digo—. Me sorprendió pero me alegró enterarme de su embarazo. Estamos comprometidos a ver si podemos hacer que las cosas funcionen para criar a nuestro bebé juntos.

Lucy se queda inmóvil. Nick me estudia intensamente, como si intentara leer el resto de la historia.

—¿D-dónde dijiste que os conocisteis? —pregunta Barbara.

—Washington, D.C. —responde Ravil—. Estaba allí por negocios. Ninguno de los dos se dio cuenta de que ambos vivíamos en la misma ciudad hasta que estuve en su oficina esta semana.

—¿Lucy? —su madre gorjea—. ¿Es esto… cierto? —La mujer parece conmocionada. Estoy seguro de que Lucy teniendo una aventura de una noche en Washington, D.C. está completamente fuera de carácter para su hija.

—Sí —murmura Lucy—. Es cierto. Ravil apareció como cliente el lunes —le dice a su padre—. Bueno, estoy representando a un joven por el que pagó la fianza. Él me contrató.

Tomo su mano y se la aprieto.

—Bueno, muchas personas aprenden a criar hijos juntos sin convertirse en pareja —ofrece Barbara.

Cristo. ¿De verdad parezco tan inadecuado? Me siento ofendido.

—En efecto. —Me pongo de pie—. Bueno, no podemos quedarnos mucho tiempo. Tenemos que asistir a una clase de preparación al parto.

—¿Lamaze? —pregunta su madre.

—Método Bradley —respondo. Lucy oculta su sorpresa porque es la primera vez que menciono la clase o el método—. Pero también estamos considerando el parto con hipnosis. Aprovechar el poder de la mente para crear un parto relajado y sin dolor. Depende de Lucy, por supuesto.

Ella me da una sonrisa tensa.

Me inclino para estrechar nuevamente la mano izquierda de Nick. —Voy a cuidar bien de Lucy, no se preocupe.

Lucy se inclina y besa su mejilla. —Te quiero, papá. Lamento no poder quedarme más tiempo. —Abraza a su madre otra vez—. Adiós, mamá.

Mientras salimos, tomo su mano y la encuentro temblando. Ella sorbe. Me detengo, dándome cuenta de que está conteniendo las lágrimas. Un profundo sentimiento de horror me recorre. Como si mi cuerpo físicamente no pudiera soportar verla alterada.

—Lucy…

Ella aparta bruscamente su mano de la mía y me hace un gesto. —Está bien. Lloro cada vez que salgo de aquí. Son las hormonas del embarazo. Y odio… —se ahoga un poco— verlo así.

—Oh, gatita, lo sé. —Me detengo y la atraigo suavemente a mis brazos. Ella no se resiste exactamente, pero tampoco me devuelve el abrazo. Su espalda se sacude con otro sollozo. Permanecemos en el pasillo, y yo froto lentamente un círculo sobre su espalda, manteniendo su cuerpo pegado al mío, la curva de su vientre presionando contra mis caderas. Después de un momento, ella se ablanda y presiona su cara contra mi hombro.

—Simplemente no es justo, ¿sabes? Es un hombre tan inteligente. Y puedo notar que todavía está ahí, pero ya no puede hablar. Me mata.

—Es posible que el cerebro se reconfigure —le digo, aunque no estoy tan seguro. Su piel estaba gris. Su respiración a veces era laboriosa. Su padre no me parecía saludable. Como si el derrame cerebral pudiera haber sido la primera de muchas señales de un cuerpo deteriorándose debido a la vejez y una carrera estresante.

—Quiero que conozca a Benjamin —dice ella, como si estuviera pensando lo mismo.

—Estoy seguro de que él también quiere eso. Apuesto a que se asegurará de resistir para eso, gatita.

Ella se aparta y limpia la mancha de su rímel en mi camisa blanca. —Lo siento.

Cubro su mano con la mía. —Yo no. —Es cierto, consolar a Lucy se siente como un privilegio. Beso su sien—. Vamos, apuesto a que tienes hambre de nuevo.

Ella sorbe y me da una sonrisa llorosa. —De hecho, sí. Realmente quiero un helado Blizzard de Oreo de Dairy Queen.

Sonrío. —Enseguida. Vamos, preciosa.

~

Lucy

En el coche, coloco mi bolso en mi regazo, buscando en él un bálsamo labial. Juro que el embarazo hace que mis labios estén más secos que el desierto a pesar de que bebo y bebo durante todo el día.

Todavía estoy emocionalmente afectada por ver a mi padre y confundida respecto a Ravil.

—Tengo un regalo para ti —dice Ravil.

—¿En serio? —Es curioso cómo la promesa de un regalo inesperado tiene un efecto instantáneo de alivio. Algún remanente de la infancia cuando los regalos lo significaban todo, seguro.

Ravil alcanza el asiento trasero y saca una caja blanca con un bonito lazo azul claro.

—¿Qué es?

La sonrisa de Ravil es indulgente. Sus ojos se arrugan en las comisuras. —Ábrelo.

Tiro de los extremos de la sedosa cinta, y se desenredan y caen abiertos. Quito la tapa y miro dentro. —¡Muñecas matrioshka! —Saco una hermosa muñeca de madera pintada como una mujer con vestido tradicional campesino, solo que su rostro se parece notablemente al mío—. ¿Soy yo? —exclamo, abriendo la muñeca para revelar la siguiente.

—Son todas tú hasta la última —dice Ravil.

Las abro todas hasta llegar al bebé. Un niño pequeño, a juzgar por las mantillas azul claro.

—En Rusia son un símbolo de fertilidad y familia. Un homenaje a cómo las madres llevan el legado familiar hacia el futuro.

Mis ojos se empañan. —Me encanta. Gracias.

Ravil arranca el coche. —Honro el regalo que me estás dando. A nosotros —corrige.

—¿Te estabas burlando de mí cuando le dijiste esas cosas a mi padre? —Vuelvo a apilar las dulces muñecas anidadas, admirando su artesanía. Lo bien que se abren y cierran.

—Dije la verdad —dice en voz baja—. Cada palabra.

Las lágrimas amenazan de nuevo, y no soy del tipo llorón. ¡Malditas hormonas!

—¿Qué hay de la clase de preparación al parto?

Asiente. —Vamos a ir de verdad. Svetlana imparte una clase semanal en el edificio los sábados. La nueva sesión comienza esta noche.

—¿Método Bradley?

—Exacto.

—No sé qué es eso.

—Bueno, es el que más le gusta a Svetlana, después del parto con hipnosis. Y es una apasionada de la educación para el parto.

—¿Será en inglés?

Los labios de Ravil tiemblan. —Lo será.

—¿Y habrá otras parejas?

—Sí.

Me recuesto, algo animada por esta información. Miro a Ravil, mi apuesto captor ruso. —¿Has terminado de estar enfadado conmigo?

Sus labios se tuercen irónicamente, y mantiene la mirada en la carretera. —Voy por buen camino.

El bebé da una patada, y yo jadeo y sonrío, poniendo mi mano sobre el lugar.

Ravil extiende la mano para posarla también allí. La cubro con la mía y la presiono contra mi vientre para mostrarle dónde siento las pequeñas burbujas de movimiento.

—Gracias —digo.

Él me mira.

—Por llevarme a ver a mi padre. Significa mucho para mí.

—Lo sé, gatita —dice. Y le creo. Porque parece saber lo que es importante para mí y lo que no.

—Llévame a casa —digo, aunque mis instintos me gritan que me contenga. Que es demasiado pronto para hacer esa petición. Por supuesto, tengo razón.

—Tu hogar está en el Kremlin —dice con firmeza—. El hogar de nuestro hijo está en el Kremlin.

Dejo caer la cabeza contra el respaldo del asiento. Maldita sea.

Necesito preguntarle sobre la trata de personas, pero estoy demasiado aterrorizada por lo que podría descubrir. Las cosas finalmente se están calmando entre nosotros. Sé que es cobarde,

pero proteger mi estado mental tiene cierto valor cuando estoy gestando un bebé.

Entra en el autoservicio de Dairy Queen y me pide el Blizzard.

No sería cierto decir que no estoy avanzando con Ravil. Me llevó a ver a mis padres, algo que no había aceptado antes. Me está llevando a clases de parto. Está empezando a mostrar algo de confianza.

Necesito tener cuidado y no violar esa confianza. Porque Ravil le dijo a mi padre que se preocupa por mí. Y me dijo que cada palabra que dijo en el centro de rehabilitación era cierta.

Así que si puedo ganarme su confianza, si puedo conseguir su perdón por intentar ocultarle al bebé, creo que eventualmente podré apelar a su lado más magnánimo. Este es un hombre que da a los adolescentes de su edificio una charla sobre sexo y les ofrece preservativos. Creo que se puede razonar con él.

Hoy no.

Pero puedo esperar mi momento.

Y mientras tanto, no estoy sufriendo. Estoy en un entorno lujoso con masajes diarios, comida deliciosa y más orgasmos por noche de los que tuve en un año antes de Ravil.

Y en cuanto a Ravil, bueno, sé que es un criminal. No creo que haya conseguido el dinero para comprar un edificio de varios millones de dólares con vistas al lago Michigan de forma legítima.

Pero aún no he visto nada aterrador. No parece mentalmente inestable. No tengo motivos para creer que sería un mal padre, si prometiera mantener sus negocios alejados de nuestro hijo.

Esa tendría que ser la condición.

Pero aún no estamos listos para negociar.

Primero, me rindo.

Le doy lo que quiere: la seguridad de tenerme bajo su control. Acceso total a mi cuerpo en todo momento (no puedo decir que me importe esa parte) y el control sobre el futuro de su hijo que intenté arrebatarle.

Más tarde, mucho más tarde, lo llevaré a la mesa de negociaciones y negociaré por mi libertad.

Tomo una cucharada del Blizzard y se la ofrezco. —¿Quieres un poco?

CAPÍTULO 12



Lucy

Svetlana imparte la clase de preparación al parto en una sala de conferencias en la tercera planta del Kremlin, donde parece haber varias oficinas. Veo un cartel en una puerta que dice: "silencio, sesión de masaje en curso", y supongo que debe ser donde Natasha atiende a sus clientes.

Hay algunas otras parejas sentadas alrededor de la gran mesa de conferencias y una madre con un bebé en la cadera de pie, hablando con ellos.

—Lucy, Ravil, bienvenidos —dice Svetlana en inglés con un acento relativamente fuerte—. Estoy encantada de que hayáis podido venir.

Me da un abrazo como si fuéramos viejas amigas. Como si la última vez que me vio no me hubiera dado la espalda hablando solo en ruso. Por supuesto, eso fue culpa de Ravil.

Svetlana baja una pantalla de proyector y conecta su Macbook. Comienza pidiéndonos que nos presentemos.

Hola, soy Lucy, y soy prisionera en este edificio. El padre de mi hijo es un peligroso criminal que quiere controlar cada aspecto de mi embarazo y parto.

Me pregunto qué dirían si empezara con eso.

Pero no. Construir confianza, me recuerdo a mí misma. Rendición.

—Hola, soy Melissa —dice una mujer muy joven de pelo largo oscuro y piel olivácea—. Nos, eh, quedamos embarazados durante nuestra luna de miel. Fue algo inesperado, pero estamos felices.

—Soy John —dice su marido.

—Soy Larry, esta es mi esposa Jane. Este será nuestro tercer parto en casa con Svetlana, así que realmente no necesitamos la clase, pero es una excusa para alejarnos de los otros dos niños y tener una noche de pareja —dice un hombre barbudo. Su esposa se ríe y se acurruca contra él—. Además, nos encantan los vídeos —dice Jane.

—Oh sí, los vídeos de partos —dice la mujer con el bebé—. Los he visto veinte veces, y todavía lloro cada vez.

Todos sonríen.

—Soy Carrie. No tengo acompañante para el parto —dice una rubia con aspecto hippie—. Pero estoy planeando un parto con hipnosis. He estado escuchando mis audios.

Parto con hipnosis. Ravil mencionó algo sobre eso a mis padres. En ese momento, estaba bastante segura de que era otra cosa loca que me estaba lanzando para mantenerme desequilibrada. Ahora, parece más una cosa real. Me hago una nota mental para investigarlo.

—No pasa nada. Yo seré tu acompañante —dice Svetlana—. O Genevieve. —Señala a la madre, que ahora está dando el pecho a su rollizo bebé en la esquina—. Mi ayudante. —Genevieve levanta la mano y saluda—. Soy Genevieve. Este es Sammy. —Como si el bebé supiera que están hablando de él, se desprende del pecho, dejándolo expuesto a la sala, se gira y nos regala a todos una sonrisa deslumbrante. La leche gotea de sus labios enrojecidos.

Mis propios pezones se tensan ante la escena, como si mi cuerpo estuviera dispuesto a amamantarlo también, si algo le sucediera a su madre.

Todos ríen, saludan, hacen caras de bebé y arrullan al adorable Sammy, Ravil incluido. Es dulce. Me relajo un poco.

Estos no son mi tipo de gente, todos parecen del tipo alternativo, natural, lo que tiene sentido, si Svetlana es su matrona y/o coach de parto. Pero todos estamos aquí por la misma razón. El mismo resultado.

Para tener nuestro propio bebé gordito, feliz y adorable al final.

—Hola, soy Lucy —digo, regañándome a mí misma por sonar como la abogada rígida y frígida que soy.

—Soy Ravil —interrumpe él, como si se diera cuenta de que no sé qué más decir.

Svetlana enciende su ordenador y nos muestra un PowerPoint sobre la dieta adecuada durante el embarazo. Es básicamente la misma hoja de verificación que me dejó el martes.

Luego comienza a hablar sobre técnicas de parto y posicionamiento del bebé. Lo importante que es tener al bebé con la cabeza hacia abajo, cara hacia abajo para el nacimiento y qué podemos hacer hacia el final de nuestros embarazos para asegurar que eso suceda, como arrastrarnos a cuatro patas, o hacer el pino en una piscina.

Una parte de mí quiere poner los ojos en blanco y descartar todo esto como un montón de tonterías hippies, pero la otra parte puede creer que podría haber algo de sabiduría antigua aquí, transmitida a través de los tiempos por mujeres como Svetlana, antes de la época en que los médicos se hicieran cargo de los partos y dar a luz en hospitales se convirtiera en lo normal.

Eso no significa que quiera renunciar al parto hospitalario. Dios sabe que quiero la epidural y el oxígeno y todo lo demás que pueda ser necesario para mantenernos a mí y a mi bebé seguros. Especialmente considerando mi edad.

Svetlana pone un vídeo de un parto en casa. Al principio me sorprende un poco ver a una mujer embarazada completamente desnuda a cuatro patas sobre una cama.

Gimiendo.

Hace círculos con las caderas y se balancea de rodilla a rodilla mientras su acompañante le acaricia la espalda.

—Él está usando un toque muy ligero, haciendo ochos en su espalda —dice Svetlana con su acento ruso—. Esto la ayuda a

relajarse. —Los gemidos de la mujer se hacen más fuertes.

—Está teniendo una contracción. Ved cómo no para de respirar. En lugar de eso, emite un sonido grave. Este sonido grave ayuda a relajar el suelo pélvico. Lo que hace la boca, lo hace el suelo pélvico. Relaja la boca, relaja la pelvis. El bebé sale.

Me avergüenza verlo. Parece un momento tan privado, y sin embargo aquí estamos todos, entrometiéndonos, viendo a la pobre mujer luchar a través del acto más íntimo. —No puedo creer que permitiera que alguien grabara esto —murmuro.

—Oh, te sorprenderías —interviene Jane—. Crees que te va a importar quién te ve dar a luz o quién te ve desnuda, pero cuando llega el momento, nada de eso importa realmente. Estás dispuesta a compartirlo porque es hermoso y natural y tu bebé es un milagro.

John la estrecha más contra él. —Así es —está de acuerdo—. Jane incluso dejó que mi madre entrara en la habitación.

—Está bien si lo quieres privado también —interviene Svetlana—. Tu comodidad es lo único que importa.

La pareja en la pantalla cambia de posición. Ella se pone en cuclillas en el suelo frente a la cama, su pareja sentada en la cama, sosteniéndola por debajo de las axilas.

Una mujer (¡Dios, es la propia Svetlana!) se sienta frente a ella, con las manos extendidas. Svetlana habla a la mujer en ruso. Aparece una cabeza oscura, y todos jadeamos. En los segundos siguientes, aparecen los hombros, luego el resto del bebé se desliza hacia fuera.

—¡Oh! —Carrie se cubre la boca con la mano, con lágrimas en los ojos.

Yo no lo estoy sintiendo, pero quizás estoy demasiado impactada por toda la escena. Echo un vistazo a Ravil. Él también permanece impasible.

Svetlana pone otro vídeo. —Este es un parto en agua. Sé que algunos de vosotros lo estáis considerando. —Me lanza una mirada.

Ni de coña.

—El parto en agua fue iniciado en los años sesenta por Igor Charkovsky en Rusia para reducir o eliminar el trauma del nacimiento para el bebé. Se popularizó en Rusia en los años

ochenta. He asistido a ciento veintinueve partos acuáticos —afirma con orgullo—. Creo que veréis su atractivo cuando veáis el vídeo.

Una mujer embarazada está en una gigante bañera de plexiglás, como una ballena en un acuario, totalmente a la vista de la cámara y del público. Su cabeza y hombros están fuera de la bañera, y su marido le acaricia el cuello y los hombros, susurrándole en ruso.

Ella gime y sostiene su vientre. Literalmente se puede ver cómo se tensa, los músculos apretando al bebé hacia abajo y hacia afuera.

Continúa durante un rato, lo suficientemente largo como para que empiece a preguntarme cuánto tiempo más tenemos que mirar y entonces, de repente, aparece la cabeza del bebé. Svetlana mete la mano en la bañera, no para sujetar, sino para masajear suavemente en círculos la cabeza del bebé. No hay gritos ni alaridos como en las películas. Svetlana y el acompañante hablan en murmullos, la madre gime con un tono bajo y gutural.

El resto del bebé se desliza hacia fuera. Aun así, Svetlana no lo recoge. Deja que flote suavemente un momento mientras la madre derrama lágrimas de alegría.

Es la madre quien recoge al bebé y lo saca del agua para sostenerlo contra su pecho, y solo entonces Svetlana se acerca para colocar discretamente un estetoscopio en la espalda del bebé mientras los padres lloran de alegría.

Rompo a llorar. Es lo más hermoso que he visto nunca. El parto fue tan pacífico. La alegría de los padres es tan palpable. El milagro de todo ello tan intrínseco.

Ravil coloca su brazo sobre el respaldo de mi silla y me acaricia el hombro. Cuando hipé, Jane me mira, con los ojos y las mejillas húmedas. —¿Verdad? —dice.

Sorbo por la nariz y asiento. —Sí. Fue precioso.

Svetlana me sonríe radiante, como si acabara de aprobar algún tipo de prueba. —Como podéis ver, los partos en agua son extremadamente pacíficos para la madre y el bebé.

Las lágrimas siguen brotando de mis ojos. Es absolutamente vergonzoso y totalmente impropio de mí llorar, y menos aún delante de un grupo de desconocidos. Todo lo que puedo hacer es asentir con la cabeza e intentar contener mis entrecortadas respiraciones.

Quizás Ravil no estaba siendo simplemente un capullo cuando me dijo que tendría un parto en agua. Quiero decir, definitivamente fue un capullo porque la elección debería ser mía. Pero la idea ya no parece tan descabellada o aborrecible.

Ravil me masajea la nuca, me acaricia el pelo. Me descubro inclinándome hacia él, absorbiendo su fuerza, el consuelo que me ofrece. Y a pesar de la lógica, a pesar de saber que sigo siendo su prisionera, y que me mantiene aquí contra mi voluntad, le estoy agradecida por traerme a esta clase. Nunca habría visto un vídeo así sin él. No habría sabido de los partos en agua y de su belleza. No habría investigado los partos en casa, o el parto con hipnosis o toda esta información alternativa.

Y aunque no soy yo, me siento mucho más capacitada para tener un bebé de lo que me sentía hace una semana. Tengo más confianza en mi cuerpo y en la naturaleza, y en la belleza y el milagro del parto.

Miro a Ravil.

Tengo más confianza en él.

Estoy jugando para conseguir que confíe en mí, y sin embargo, soy yo la que está cayendo bajo un hechizo. Porque todo lo que veo es amabilidad. Buenas intenciones. Corazón.

Extiendo la mano y la apoyo en su muslo. Él me atrae más hacia sí con el brazo sobre mis hombros.

Giro mi cara hacia su cuello y le doy un beso tentativo allí.

Ravil se queda inmóvil.

Carrie nos mira de reojo. —Tienes suerte —dice—. Ojalá yo estuviera teniendo este bebé con alguien a quien amo. Pero bueno, seremos mi bebé y yo, y nos amaremos muchísimo.

Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas. No porque haya hecho una suposición errónea sobre nosotros. Sino porque hace una semana, yo estaba en su misma situación. Planeando hacerlo todo, todo por mí misma.

Y ahora de repente estoy siendo atendida a pedir de boca. Cuidada. Mimada. Masajeada. Con dedos de los pies chupados. Mi cuerpo tocado como un fino instrumento.

¿De verdad creo que estaría mucho mejor sola? Mi antigua vida de repente parece tan vacía.

Tan estéril.

Y eso es lo que le ofrecería a un bebé. Un apartamento estéril y vacío con una niñera para alimentar a mi bebé con biberón mientras yo me mato a trabajar todo el día intentando convertirme en socia del bufete de mi padre.

Nada de eso parece correcto ya.

Ver los vídeos hizo que la idea de un bebé pareciera mucho más real. Un ser pequeño y milagroso que llegaría a mi vida. Que debería ser celebrado y honrado. Y nacer naturalmente en paz.

Cristo, ¿realmente acabo de pensar eso? Debo estar loca.

Pero lo estoy pensando. Estoy considerando cómo sería para mi dulce, dulce bebé venir suavemente al mundo en el jacuzzi de agua salada de Ravil. Con él detrás de mí, masajeando mis hombros y llorando conmigo mientras levanto a nuestro hijo reverentemente del agua.

CAPÍTULO 13



Ravil

Me pongo más duro que una roca en el momento en que Lucy coloca su mano en mi muslo. Es la primera vez que me toca por iniciativa propia, y mi cuerpo cobra vida como si fuera ella quien me dominara en la cama y no al revés.

He estado fantaseando con tener sus labios alrededor de mi polla. Con ordenarle que se ponga de rodillas y hundir mi erección en su inteligente boca.

Pero no he podido hacerlo. Mi objetivo es mantenerla libre de estrés y complacida por el bien de nuestro bebé. Tenerla prisionera ya es bastante estresante. Y aunque ha estado dispuesta a recibir mi castigo y placer, es diferente a obligarla a reciprocar, aunque sea un juego sexual común con las sumisas.

Pero ahora solo puedo pensar en estar dentro de ella. No por su placer sino por mi propia necesidad desesperada.

Apenas puedo sacarla de allí lo suficientemente rápido cuando termina la clase. Entramos en el ascensor que sube, y estoy listo para follarla allí mismo, pero lamentablemente, no estamos solos.

—Hola, señor Baranov —uno de los niños del edificio está en el ascensor con su madre, con el equipo completo de fútbol, sosteniendo una caja llena de barras de chocolate.

—Hola, Nate, ¿vienes de un partido?

—No, solo del entrenamiento. —Me muestra la caja—. ¿Le gustaría comprar una barra de chocolate? Es para el equipo.

—Me llevaré toda la caja —le digo—. ¿Puedes hacer el cálculo? —Busco en mi cartera un billete de cien dólares.

—Em… —Una mirada de pánico brilla en sus ojos. Su madre saca el móvil como si fuera a usar la calculadora.

—No pasa nada. Tómate tu tiempo —digo. Voy a darle los cien independientemente de cuántas barras de chocolate tenga. Solo quiero que use sus habilidades matemáticas. Diría que está en quinto o sexto grado. Lo suficientemente mayor para saber multiplicar—. ¿Cuántas barras hay en la caja?

El niño se arrodilla y comienza a vaciarlas, contando rápidamente.

—Había sesenta —informa—. Pero ya me comí una y vendí tres en el autobús de vuelta a casa.

—¿Entonces cuántas quedan? No hace falta que las cuentes. Solo haz la resta mentalmente. Sesenta menos cuatro es…

—Em… cincuenta… y seis. Sí, cincuenta y seis. —Vuelve a meter las barras en la caja y se levanta.

—Correcto. ¿Y cuánto cuesta cada barra?

—Un dólar. Así que cincuenta y seis dólares.

—Eso fue fácil. —Le sonrío—. No necesitas darme cambio. —Le entrego el billete—. Es mi donación para tu equipo. —Tomo un par de barras de chocolate de la caja y se las devuelvo—. Y estas son para ti.

—Gracias, señor Baranov. —El ascensor se detiene en su planta.

—Sí, gracias —dice su madre, con un marcado acento ruso—. Muchísimas gracias. —Sostiene la puerta para su hijo y lanza una mirada a Lucy.

—Esta es Lucy —quiero añadir "la madre de mi hijo", pero Lucy todavía no está dispuesta a que yo la reclame—. Lucy, esta es Anna y su hijo Nate.

Lucy es el tipo de mujer que inspira esa clase de admiración.

No es que yo haya decidido si quiero reclamarla.

Oh, ¿a quién intento engañar?

Si me aceptara, reclamaría a Lucy por completo. Cuerpo y alma. Especialmente ese alma suya. Le enseñaría lo que es ser verdaderamente amada. Profundamente amada. Reverenciada, cuidada, atesorada. Honrada.

—Encantada de conocerte, Lucy —dice Anna, inclinando la cabeza casi como si estuviera haciendo una reverencia a una princesa. Suelta la puerta y esta se cierra.

En cuanto se cierra, me lanzo sobre Lucy. Me apoyo contra la pared del ascensor y sujeto sus muñecas a ambos lados de su cabeza. Le doy un beso abrasador en la boca, luego por la mandíbula y bajando por su cuello. Mordisqueo y muerdo su pezón a través de la blusa. Todo el tiempo, empujo mi muslo entre sus piernas y la froto.

Sorprendentemente, me devuelve el beso.

Con entusiasmo.

Como si me deseara tanto como yo a ella.

A mí. No solo satisfacción sexual.

No sé qué ha cambiado. No estoy seguro de que me importe. Solo sé que no puedo esperar a estar dentro de ella y embestir hasta que ambos gritemos.

El ascensor se detiene en el último piso, y no dejo de besar a Lucy. Usando sus muñecas como palanca, la giro alejándola de la pared y la hago caminar de espaldas fuera del ascensor hacia el pasillo. Mis labios atrapan los suyos, mi lengua se desliza entre sus labios, follando su boca como si nuestras vidas dependieran de ello.

Ella gime suavemente.

—Te necesito desnuda —murmuro, con el acento marcado.

Entro en el ático y dejo de besarla solo porque tenemos momentáneamente público.

Maxim se ríe mientras maniobro con Lucy rápidamente pasando la sala de estar hacia mi habitación.

—Creo que alguien está calando hondo en Ravil —observa.

Lo ignoro todo. Nada importa excepto llevar a Lucy a mi habitación, a mi cama. Cierro la puerta tras nosotros y le quito la blusa. Ella desabrocha mis pantalones, metiendo la mano para

agarrar mi miembro. Me estremezco de placer, agarrando su nuca y atrayéndola cerca de mi cuerpo.

—Eso es, gatita —la animo con voz ronca—. Apriétalo como si lo sintieras de verdad.

Ella aprieta su agarre sobre mi polla, bombeando varias veces mientras intento concentrarme lo suficiente para desabrochar su sujetador.

—Eres tan hermosa. Una diosa —murmuro. No estoy seguro de si estoy hablando en inglés o en ruso. Me quito los zapatos con los pies y salgo de mis pantalones. Lucy no quita su mano de mi polla cuando intenta quitarme la camisa. En vez de eso, mete sus dedos en la V abierta de mi cuello y la rasga, haciendo saltar los botones y arrastrando mi boca contra la suya de nuevo.

—Hermosa, hermosísima mujer. —Le quito la falda y sus bragas.

Ella se arrodilla.

Casi me corro con solo verla.

—Lucy —me ahogo antes de que me haya tomado en su boca.

—Quiero probar —dice de una manera muy poco característica de Lucy, coqueta. Lame alrededor de la base de mi glande.

Una gota de líquido preseminal emerge, y ella la lame, levantando su mirada sensual hacia mí.

Oh, Jesús. *Blyat.*

Me toma en su boca, y mis rodillas se echan hacia atrás y se bloquean, echo la cabeza hacia atrás en éxtasis. Pero entonces tengo que mirar hacia abajo de nuevo porque no hay nada tan hermoso como mi no-sumisa-sumisa a mis pies. Me lleva al hueco de su mejilla, succionando mientras se mueve a lo largo de mi miembro, luego me dirige directamente hacia el fondo de su garganta. Se atraganta un poco pero no se retira, solo va despacio, ajustándose.

Mis muslos empiezan a temblar. Ya estoy tan cerca del límite. Se siente tan bien. Lucy es hábil, pero no es su pericia, es el hecho de que es Lucy. Que ella quería darme esto. Después de ocultarme todo desde el principio. Algo duro y escondido en lo profundo de mi pecho se desancla.

Envuelvo mi mano alrededor de la parte posterior de su cabeza y follo su boca, empezando a perder el control.

Pero no.

Quiero que ella también esté satisfecha. Con gran esfuerzo, logro sacarme de su boca. —Ven, gatita —digo con voz ronca. La ayudo a levantarse y la guío hacia la cama—. De lado —ordeno, y ella obedece. Tiro de sus rodillas apiladas para colocar su trasero en el borde de la cama donde puedo penetrarla de pie.

Una caricia de mi dedo verifica que está empapada.

Siempre lo está. Incluso cuando me abofetea la cara y está enfadada, su cuerpo siempre me desea.

Siempre me da la bienvenida.

Conoce a su amo aunque ella no lo admita.

Entro suavemente aunque estoy listo para embestir. Ella levanta una rodilla para darme mejor acceso. Mira el lugar donde nuestros cuerpos se conectan con ojos vidriosos, pupilas dilatadas.

Engancho mi codo bajo su muslo superior para mantenerlo elevado mientras entro más profundo. Una lenta retirada. Otra profunda embestida.

Ella alcanza entre sus piernas para frotar su clítoris.

Blyat.

—*Nyet* —regaño.

Retira su mano, mirándome confundida.

—¿Quién es dueño de tus orgasmos? —Me siento jodidamente posesivo en este momento. Ella se entregó a mí, y la estoy tomando. Toda ella. Hasta. El. Último. Pedazo.

Llevo la yema de mi pulgar al vértice de su sexo, aplicando una suave presión mientras continúo moviéndome dentro y fuera de ella. —Chupaste mi polla tan bien, gatita. ¿Debería dejarte terminar primero?

Ella niega con la cabeza. —No —jadea—. Contigo.

Conmigo.

Joder.

Esa cosa dura y oculta que se liberó en mi pecho se desmorona aún más. La follo más fuerte. Más rápido. Me doy el gusto con mi hermosa abogada embarazada, observando cómo se vuelve tan

incoherente como yo me siento, sus mejillas febriles, su pelo enredándose en la colcha.

Me inclino, empujando su muslo superior hacia su hombro, aplicando más de mi peso en cada embestida brutal.

—¿Te gusta duro, gatita?

—No —jadea—. ¡*Sí!*

Probablemente ni siquiera sabe su propio nombre ahora mismo. Estoy seguro de que yo no.

—¿Lista para correrte, *kotyonok*?

—Sí —jadea rápidamente—. Sí, sí, sí. Por favor.

Blyat. Yo también estoy listo.

Cierro los ojos y arrastro respiraciones entrecortadas. Mis movimientos se vuelven espasmódicos mientras me acerco, me acerco más, y entonces el placer explota. Embisto profundamente y me corro con fuerza, frotando el clítoris de Lucy como si fuera mi botón de la suerte.

Ella se corre inmediatamente, sus músculos apretándose alrededor de mi polla, oprimiendo y pulsando. Me mantengo profundamente dentro hasta que recupero el aliento. Y aun así permanezco dentro, mirando hacia abajo a mi hermosa cautiva.

Y es entonces cuando sé con total certeza: no la dejaré ir.

Lucy es mía, y cuanto antes lo acepte, mejor para todos nosotros.

~

Lucy

Sábanas limpias y suaves tocan mi piel desnuda. Me despierto con total felicidad. Mi cuerpo se siente relajado y maravilloso. Huelo algo delicioso desde la cocina.

Me incorporo y miro alrededor. El sol poniente hace que el lago Michigan brille con un hermoso tono rosa melocotón. Debo haberme quedado dormida después del sexo.

Y ese sexo.

Vaya.

Así era Ravil en Black Light. Después de que yo dijera *rojo* porque él asfixió a un hombre por mí. Después de que tuviera que reconquistarme. La vez que me dejó embarazada.

No lo había olvidado, pero ese lado apasionado suyo normalmente está tan oculto que había empezado a preguntarme si me lo había inventado. O embellecido. Pero no. Ese era el Ravil con el que me he estado masturbando. No el dominante frío y cuidado que sabe exactamente qué decir o hacer para que mi cuerpo se vuelva del revés. También aprecio ese lado. Pero ver su lado desabotonado, vislumbrar al verdadero Ravil, esa es la parte que significa algo.

Nuestro hijo fue concebido en un arrebato de pasión total.

Pasión que ambos seguimos sintiendo el uno por el otro.

Me levanto, me pongo una camiseta y un pantalón de yoga y pruebo el pomo de la puerta. Está abierta. Tampoco hay ningún ruso gigante haciendo guardia fuera de la puerta.

Con los pies descalzos, me dirijo hacia la sala donde escucho los sonidos bulliciosos de hombres hablando en inglés con acento. ¿Supongo que han abandonado la farsa? O tal vez volverán al ruso cuando me vean.

Veo a Ravil en la cocina, sacando una bandeja de pierogi del horno con un agarrador, luciendo mucho más doméstico de lo que podría haber imaginado. Su rostro se ilumina con una cálida sonrisa cuando me ve. Ha desaparecido la máscara inescrutable que normalmente lleva. La fachada apuesta pero fría. Hay un deleite genuino en su expresión.

Y vaya, se ve adorable cocinando.

—¿No los habrás hecho tú mismo, verdad? —pregunto. Mi voz suena ronca por el sueño.

Una carcajada suena desde el sofá. Maxim echa un brazo sobre el respaldo del sofá para girarse y sonreírme. —Como si pudiera. Ravil solo sabe cómo calentar la comida. —¡En inglés! ¡Hurra!

Levanto las cejas juguetonamente. —¿Ahora me hablas? Me siento tan honrada. —Estoy bromeando, no hay rencor detrás de las palabras. Simplemente no lo siento ahora mismo.

Maxim lanza una mirada hacia Ravil. —Siempre te hablé. Solo que no siempre en un idioma que entendieras. —Me guiña un ojo.

—Deja de coquetear con mi… —Ravil se interrumpe a mitad de un gruñido. No estoy segura de lo que iba a decir. *¿Mi cautiva? ¿Mi prisionera? ¿Mi amante?* — …abogada —termina. Desliza los pierogi en un plato.

—¿Tu *abogada*? —me burlo, entrando en la cocina como si esta fuera también mi casa. Como si fuera una compañera de piso y no una prisionera. Como si fuera la novia de Ravil.

¿Era eso lo que quería que dijera? Seguro que no.

—Soy la abogada de *Adrian*, no la tuya —le recuerdo—. Ten eso en cuenta porque no disfrutas del privilegio abogado-cliente conmigo. Tus secretos no están a salvo.

Dima hace un sonido de explosión desde la mesa donde está trabajando. Su gemelo imita un avión estrellándose. Se están riendo de Ravil.

Toda la escena me hace sentir más a gusto de lo que he estado desde que llegué. Como si formara parte de esa gran familia feliz que tienen.

—No te preocupes —interviene Dima, mirando hacia mí—. No cocina para ninguna de sus otras abogadas. Definitivamente eres algo más.

Sonrío porque es divertido ver cómo vacilan a Ravil. Es aún más divertido verlo tan relajado como me siento yo.

—Ven, gatita. —Me hace un gesto para que me acerque. Tiene un vaso grande de leche sobre la encimera—. Bebe esto mientras se enfrían los pierogis. Y no, no los he hecho yo. La señora Kuznetzov los ha traído listos para hornear. Los tengo encargados diariamente para ti.

—¡Y no nos deja tocarlos! —grita Pavel desde el salón—. Ni siquiera los del día anterior. Por si te entra hambre por la noche.

—Eso está bien porque parece que los quiero en todas las comidas. —Intento coger uno del plato, pero Ravil lo aparta de mi alcance.

—Están demasiado calientes.

Coloca un recipiente de fresas ecológicas delante de mí. —Pica de estas. Ya las he lavado.

Maldita sea. Ravil es dulce. Más dulce de lo que quiero que sea. Podría acostumbrarme a que me trataran así. ¿Y adónde me llevaría eso? No me voy a quedar aquí permanentemente; esa idea es ridícula. Ravil no puede secuestrar a una mujer y quedársela.

¿Pero sería tan malo?, susurra una vocecita en mi cabeza.

¡Sí! Lo sería. Muerdo una fresa jugosa, saboreándola. Nunca he probado una tan jugosa, tan dulce. ¿O es que mis sentidos están más agudizados por el sexo y los placeres físicos que Ravil constantemente me ofrece?

—¿Qué más quieres? —pregunta Ravil—. No tienes que comer pierogis, solo quería tenerlos a mano por si los volvías a desear.

—Quiero pierogis.

—Supongo que no hay duda de que nuestro bebé es ruso, ¿eh? —dice Maxim, entrando en la cocina. Coge un pierogi y le da un mordisco, luego exclama y abre la boca, jadeando—. ¡Caliente!

—Deberías haberle avisado —le regaño.

—Debería haber obedecido mi orden de no tocarlos —responde Ravil.

—Mamón —murmura Maxim, pero obviamente con afecto.

Oleg se levanta de su silla en el salón y camina hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Oleg? —pregunta Ravil, aunque él no puede hablar.

—Es sábado por la noche —le recuerda Maxim.

Ravil se queda en blanco.

—Va a esa discoteca a escuchar música los sábados.

Oleg levanta una mano para despedirse y sale.

Maxim dice: —Hay una chica.

Las cejas de Ravil se disparan hacia arriba. —¿Oleg va a una discoteca para conocer a una chica?

Maxim se encoge de hombros. —Para ver a una chica. Es la cantante principal de la banda. Está colado por ella.

Ravil comparte conmigo una mirada de *¿quién lo habría dicho?*, como si yo conociera a Oleg lo suficientemente bien como para estar tan sorprendida como él.

—Está muy colado por ella —dice Maxim, moviendo las cejas sugestivamente.

—¿Así que la has conocido? ¿Cuál es la historia?

—Bueno, fui con él una vez para ver adónde iba todos los sábados. Y ahí fue cuando lo vi. Ella sabe que él va a verla y coquetea descaradamente con él.

Ravil inclina la cabeza. —Mmm. Me cuesta imaginarlo.

—Tendrás que verlo por ti mismo. Quizás puedas ayudarlo a invitarla a salir.

—¿Por qué no lo hiciste tú? —exige Ravil.

—Porque actuó como si fuera a partirme los dientes si insistía. Pero contigo, podría ser diferente. —El teléfono de Maxim suena, y mira la pantalla—. Uf. Es Igor.

Ravil le lanza algún tipo de mirada significativa.

Maxim sostiene el móvil, mirando la pantalla.

—¿Vas a contestar?

Maxim dice algo en ruso que suena como una palabrota. —No.

—¿El hombre se está muriendo y no vas a atender su llamada?

Maxim espera hasta que el móvil deja de sonar y luego se lo mete en el bolsillo, con los hombros caídos. —Quiere que vuelva a Rusia.

—¿Para ocupar su lugar?

—Ni idea, pero de ninguna manera voy a ir. Prefiero estar aquí. Contigo. —Le da un codazo a Ravil, quien pone los ojos en blanco.

El móvil de Ravil empieza a sonar. Mira la pantalla y suspira. —Igor. —Señala con un dedo a Maxim—. Tú eres el mamón. —Contesta la llamada en ruso. Su voz se vuelve suave, y me doy cuenta de que no estaban siendo figurativos sobre que el hombre se está muriendo. Ravil habla como si estuviera calmando al hombre.

—¿Quién es Igor? —susurro.

—El jefe de la bratva en Moscú —dice Maxim en voz baja—. Tiene cáncer de páncreas. Todos están maniobrando para ocupar su lugar. —Levanta las manos—. Pero yo no. No podrían pagarme lo suficiente para volver y dirigir el espectáculo allí.

—¿Es el jefe de Ravil? —Intento no parecer demasiado interesada. O que mi interés sea más que mera curiosidad.

Maxim se encoge de hombros con naturalidad. —*Da*. Pero no le llamarán de vuelta porque le ha ido muy bien aquí. Nuestro magnate inmobiliario posee seis edificios aquí.

Ravil cuelga y mira a Maxim. —Estás de suerte. Ya ha nombrado a Vladimir como su sucesor. Habrá desafíos, pero nada de eso nos concierne.

—¿Entonces por qué quiere que vaya? No voy a ser asesor de Vladimir. Esa rata no merece mis estrategias.

—Dijo que quiere darte algo antes de morir. En persona. Parece que es muy importante para él. Sube a un puto avión mañana, no creo que dure mucho más.

Maxim se pasa una mano por la cara y suspira. —Está bien.

—Y llámale de una puta vez. Le dije que estabas en la ducha.

—¿En la ducha? ¿En serio? ¿Eso es lo mejor que se te ocurrió?

Ravil sonríe con suficiencia. —Llámale, *mudak.*

—Oh, qué mono. ¿Estás maldiciendo en ruso para no ofender a la dama?

—Sal de la cocina.

La mano de Maxim se dispara y agarra otro perogie antes de que Ravil le empuje el trasero con el pie.

Alcanzo un perogie y muerdo la delicia de carne y patata.

Maxim se dirige al salón y usa su móvil.

—Mmm. ¿Crees que realmente es Benjamin quien adora los perogies?

Ravil me mira con cariño. —Creo que a los dos siempre os gustarán.

Algo ligero revolotea en mi pecho. La idea de *siempre.* Y nuestro bebé Benjamin. Y Ravil mirándonos a ambos de la forma en que me mira ahora.

CAPÍTULO 14



Ravil

Una semana después, observo a Lucy en el agua, su cuerpo iluminado únicamente por la luz de la luna. Es espectacular: una nadadora clara, concisa y fuerte. Imagino que nada de la misma manera que hace todo. Con atención al detalle y poco ruido superfluo.

Se despertó a medianoche para ir al baño y luego se quedó de pie frente al gran ventanal contemplando la luna y el agua. Cuando le pregunté si quería bañarse bajo la luz de la luna, dijo que sí. Ni siquiera se molestó en ponerse un bañador, lo que significa que ahora estoy más duro que una piedra mientras la observo. Después de exactamente diez vueltas, nada hasta el borde donde estoy sentado con los pies en la piscina.

Las gotas de agua resbalan por su suave piel de porcelana. —¿Ravil?

—*Da*?

—¿Cómo entraste en la bratva?

Meto la mano en el agua para acunar su pesado pecho. —La bratva me encontró en las calles de Leningrado cuando tenía ocho años. Lo que ahora es San Petersburgo. Mi madre era prostituta y alcohólica, y yo ya me las había arreglado por mi cuenta desde que tenía uso de razón. Robaba comida, buscaba dinero como podía. Me

daban pequeños trabajos: hacer recados, vigilar, recoger su ropa de la lavandera, y pagaban bien.

—Para cuando tenía doce años, ya había jurado lealtad. Cuando tenía trece, encontré a mi madre muerta en un charco de su propio vómito y sangre.

Lucy envuelve con su mano mi pantorrilla y me mira, con compasión arremolinándose en sus ojos marrones. —Lo siento —susurra.

Algo en su expresión desgarra un agujero en mi armadura, y no me gusta la vulnerabilidad resultante. Levantando mis barreras de nuevo, digo: —A los diecisiete fui a prisión por estrangular a un hombre.

Lucy intenta ocultar su conmoción.

—¿Es esto más de lo que querías saber?

—No. —Niega con la cabeza, pero aún veo rastros de horror en su rostro.

Siento una punzada de actitud defensiva ante su shock. Pero siempre me he avergonzado de mis orígenes. Es lo que me hizo estar determinado a triunfar a toda costa. —Temes que críe a nuestro hijo para que forme parte de la hermandad —la acuso.

Ella traga saliva. —¿Lo harás?

Su desconfianza hacia mis intenciones para nuestro hijo me enfurece. Es estúpido. No es como si le hubiera dicho algo diferente. Pero el orgullo me hace rechazar la idea de humillarme y demostrar mi valía. Si no puede ver mi honor por mis acciones hacia ella, está ciega.

—No ves más allá de tus propios juicios. —Me levanto. Me marcho porque si me quedo, diré algo de lo que me arrepentiré. Dejaré que vea demasiado de lo que me importa.

Oigo el chapoteo del agua mientras ella sale. —¡Nunca me cuentas nada! ¿Qué se supone que debo pensar? —me grita.

La parte protectora de mí quiere darse la vuelta, coger la toalla y envolverla con ella. Asegurarme de que no resbale en la superficie con los pies descalzos. Pero no. Me estaba marchando.

—Ravil, si te niegas a contarme la naturaleza de tus planes o la naturaleza de tu negocio, debo suponer que es porque son ilegales o

incriminatorios. ¿Me equivoco?

Me detengo para asegurarme de que tiene puesta su bata. No la tiene.

Vuelvo a grandes zancadas, la recojo y se la entrego.

—¿Cuál es tu negocio, Ravil? —exige.

—Te lo dije, Lucy. Importaciones.

—Contrabando.

—Sí.

—¿Contrabando de qué? ¿Esclavas sexuales?

Retrocedo como si me hubiera abofeteado. —¿Qué coño te haría pensar eso?

Ella pierde fuerza ante mi ira. —Escuché algo.

—¿Sobre *mí*? —trueno—. ¿*Mi* organización? —Como si alguna vez pudiéramos caer tan bajo como el jodido Leon Poval.

Traga saliva. —Sobre la fábrica de sofás.

—Ah. —No soporto el sabor amargo en mi boca—. Sí. Esa es la historia de Adrian, no la mía.

Sus ojos se ensanchan.

A pesar de mi cabreo, sigo siendo un maldito caballero, así que la acompaño dentro y la dejo en nuestra habitación antes de ladrar órdenes a Oleg para que vigile su puerta, y salgo del edificio a dar un paseo.



Lucy

O me equivoqué completamente o Ravil es muy bueno manipulando. Está distante al día siguiente, aunque todavía se asegura de que todas mis necesidades estén cubiertas, enviando a Valentina con mi desayuno a la carta.

Definitivamente me hizo sentir como una mierda por sugerir que tenía algo que ver con la trata de personas. Pero él sabe de qué se trata. Y aparentemente, Adrian también.

Necesito desentrañar el rompecabezas. He programado la audiencia preliminar para Adrian esta semana, así que lo veré en el

tribunal si no antes.

Para empeorar las cosas, Gretchen llama y, sintiendo que realmente necesito una amiga, contesto.

—¡Lucy! ¿Estás en reposo? ¿Por qué no me lo dijiste? Voy a volar allí mañana.

Oh, mierda.

—No, no, no, no. Estoy bien. ¿Quién te contó lo del reposo?

—Llamé a tu oficina, ya que has estado tan difícil de contactar últimamente.

—Créeme, estoy totalmente bien. Me siento genial. Todavía estoy trabajando. Solo tengo que hacerlo desde casa. No necesito que vengas. De hecho, sería un gran problema si lo hicieras porque tengo un montón de juicios próximos, y necesito mantenerme centrada en el trabajo.

Supongo que tomé mi decisión. Sin mensajes secretos. Sin gran rescate de mi mejor amiga. Al parecer, me quedo voluntariamente. O semi-voluntariamente.

—Bueno, entonces ¿qué pasó?

—Tengo preeclampsia. Pero no es grave. El médico solo quería que me mantuviera recostada durante el resto del embarazo.

—Probablemente también quería que redujeras el estrés. ¿Entonces por qué sigues trabajando?

—Uf. Tomarme tiempo libre ni siquiera es una opción. Los socios están hablando de abrir un nuevo puesto para socio, y estando fuera de la oficina, siento que tengo que trabajar el doble de duro para demostrar que todavía merezco ser considerada.

—Permíteme preguntarte esto… abogado del diablo.

Suspiro. Los abogados son muy dados a hacer de abogado del diablo. —Vale.

—Si algo le ocurre a este bebé debido a tu estrés, ¿realmente te importará si te hicieron socia o no?

El cuello se me tensa y trato de aliviar la rigidez. Gracias a Dios por Natasha y sus visitas diarias. Hoy se va a ganar su dinero.

Considero la pregunta de Gretchen. —¿Sinceramente? Es difícil que me importe ahora algo de lo que antes me importaba.

—Bueno, eso es comprensible. Un bebé lo cambia todo.

Un bebé… y Ravil.

—Sí, supongo. Lo que no sé es si después de dar a luz, cuando mi cerebro no esté alterado por las hormonas, me arrepentiré de las decisiones que estoy tomando ahora.

—¿Qué decisiones? —Gretchen no pasa por alto mi desliz.

—Solo quiero decir, si decido no aspirar a ser socia. —O incluso… no volver a trabajar. Como madre soltera, eso no sería una opción, pero Ravil está forrado. No es que me haya ofrecido ser madre a tiempo completo. Pero sospecho que está sobre la mesa. Cuando finalmente nos sentemos y lleguemos a un acuerdo.

Cuando lo convenza de que me deje libre.

—Bueno, vamos a analizar esto —dice Gretchen—. Ser socia significaría más dinero, pero también más presión y horarios más largos. ¿Es eso lo que quieres cuando estés criando sola a un recién nacido?

Me acaricio la barriga y Benjamin patea como si respondiera a mi tacto.

—Tal vez sea hora de bajar el ritmo. Alejarte un poco de la rueda del hámster del éxito.

Cierro los ojos. —Quizás sea así —admito.

—Dime la verdad, ¿alguna vez has sido feliz allí?

—Bueno… —reflexiono—. Soy feliz cuando hago bien mi trabajo. Cuando gano un caso.

—Vale. Eso es importante. Pero eso podría ocurrir en cualquier sitio. En cualquier bufete. No tiene por qué ser el de tu padre. Especialmente ahora que él está…

Suspiro. —No lo sé. Siento que con su infarto, es aún más importante que me haga socia ahora. Tengo que preservar su legado, ¿sabes?

—¿Qué crees que le importa más a tu padre, un nieto sano o que te hagas socia?

Dudo porque honestamente no estoy segura. Mi padre me ha presionado mucho desde el principio.

—Es el nieto sano —sugiere Gretchen cuando no contesto—. Sé que has interiorizado sus objetivos profesionales para ti, pero

créeme, si pudiera hablar, te diría que te des un respiro. Formar una familia por tu cuenta no va a ser fácil.

—¿Se supone que esto es una charla motivacional? —me quejo.

—Solo estoy preocupada por ti. ¿Estás segura de que no puedo ir a verte?

Cierro los ojos que me escuecen. Tengo muchas ganas de hablar con ella sobre mis problemas mucho más grandes ahora mismo, pero no puedo. —Sí, estoy segura. —De alguna manera logro mantener mi voz uniforme—. Pero hablemos pronto.

—Sí, no me hagas llamar cuatro veces antes de que contestes la próxima vez.

—Lo sé. Lo siento. Gracias por ser tan buena amiga.

—Aw, sabes que estoy aquí para ti. Cuando quieras. Y si quieres dejar ese trabajo y mudarte aquí para que podamos darle a ese bebé dos mamás, cuenta conmigo.

Me río.

—Gracias, pero mi madre no volvería a hablarme. Te quiero.

—Yo también te quiero. Cuídate.

Cuelgo y me limpio los ojos que me rebosan.

Un ligero golpe suena en la puerta. No me doy cuenta de que estoy tontamente esperando que sea Ravil hasta que registro la decepción al ver a Maxim en su lugar. Asoma la cabeza. —Me voy a Moscú. Solo quería despedirme. —Levanta una mano como saludando—. No estoy seguro de cuánto tiempo estaré fuera, pero espero volver antes de que nazca el bebé.

Miro detrás de él para ver si Ravil está allí. No lo está.

—Ravil está lamiendo sus heridas —dice, leyendo mi lenguaje corporal—. Lo que debes recordar, abogada, es que los egos masculinos son bastante frágiles. Especialmente cuando se trata de mujeres hermosas.

Frunzo los labios, considerándolo. Entonces, ¿Ravil compartió con él lo que pasó? Me arden las mejillas.

—Se ha metido en un callejón sin salida contigo. —Maxim se mete las manos en los bolsillos y apoya la espalda contra la puerta —. Algo que, sospecho, está empezando a lamentar. Te quiere, Lucy. O se está enamorando.

Mi estómago da volteretas ante esa noticia, pero sacudo la cabeza. —Esto no es amor.

—Lo que deberías saber es que haría casi cualquier cosa por ti. —Inclina la cabeza hacia un lado—. Excepto dejar que tú y ese bebé os vayáis. —Abre la puerta y da un paso atrás para quedarse a medio salir—. No le gusta mostrar sus cartas, lo que le sirve bien en los negocios pero no en el amor. Por eso estoy aquí para ayudarle. —Vuelve a asomar la cabeza—. Antes de que sea demasiado tarde.

Quiero decirle que ya era demasiado tarde en el momento en que me tomó como prisionera, pero Maxim ya ha cerrado la puerta.

—Que tengas un buen viaje —digo en voz alta.

La puerta se abre de nuevo y aparece su amistoso rostro. —Gracias, muñeca. Cuídate y cuida a ese bebé.

Me descubro sonriendo un poco a la puerta cerrada cuando se va. Es difícil no apreciar a todo el equipo de Ravil.

¿Parecen estos hombres traficantes de personas? ¿Asesinos? ¿Salvajes?

No.

Aun así, sé con certeza que son de la bratva. Y Ravil también. Así que mi pregunta de anoche no estaba tan fuera de lugar. Especialmente considerando los limitados datos que tengo.

Pero Ravil se sintió herido por ello. Esa fue mi impresión, y Maxim lo confirmó.

Así que supongo que le debo una disculpa.

Parte de la tensión me abandona con esa decisión. Se siente correcto.

¿Afirmas haber tenido conocimiento completo de mi profesión, exactamente qué hago y cómo gestiono mi negocio? ¿Investigaste esto a fondo antes de tomar la decisión de mantener a nuestro hijo alejado de mí?

Quizás sí herí su ego. No parece inseguro, pero Maxim cree que mi desconfianza hacia él y sus negocios le hizo daño.

Si tan solo creyera que puedo confiar en él. Pero ¿cómo podría? Es una mente criminal y no tengo ni idea de la naturaleza de sus delitos.

Cuando Valentina me trae el almuerzo, le digo:

—Dile a Ravil que me niego a comer a menos que me acompañe.

Por la forma en que se le abren los ojos, puedo ver que me entiende. Hasta ahora seguía hablando en ruso, pero asiente con la cabeza.

—Vale. Se lo diré a Ravil ahora —y sale corriendo como si el bebé fuera a morir de hambre si no como en los próximos treinta segundos.

Tengo que admitir que a veces me siento así.

Ravil abre la puerta de golpe dos minutos después, sus ojos azul hielo nublados.

—¿Qué estás haciendo? —exige saber.

Me levanto y camino hacia él, encogiéndome de hombros.

—Quería disculparme.

Su rostro se suaviza, sus hombros pierden la tensión. Cierra la puerta y abre los brazos.

—Ven aquí, gatita.

No sabía que quería que me abrazara, pero al instante doy un paso adelante hacia el círculo de sus brazos. En su abrazo, mi propia tensión y ansiedad se desvanecen. Ravil ni siquiera me deja hablar, me toma la nuca para inclinar mi cara hacia arriba y devora mi boca.

Me hace retroceder mientras me besa con intensidad. Le devuelvo el beso. Es como la noche después de las clases de parto otra vez. Sus manos recorren todo mi cuerpo, tirando de mi blusa por encima de mi cabeza, quitándome el sujetador. Agarra mi pelo y tira de mi cabeza hacia atrás. Es un acto brusco, más brusco de lo que ha sido antes, pero luego baja besando la columna de mi cuello. Su boca abierta se arrastra por mi clavícula. Su muslo presiona entre mis piernas, dándome algo contra lo que restregarme mientras muevo las caderas.

—¿Me vas a dejar disculparme? —jadeo, mientras mi boca encuentra su cuello y él baja la cabeza para chupar uno de mis pezones.

—No —dice—. Yo me estaba comportando como un crío. Perdóname.

Mi corazón da un vuelco. Pienso en todas las peleas que tuve con Jeffrey. No eran horribles, pero hubo muchas culpas arrojadas por

ambas partes. Normalmente era yo quien se tragaba todo para poder seguir adelante. Jeffrey nunca fue lo suficientemente maduro para disculparse.

Curioso, nunca me di cuenta hasta ahora, cuando Ravil demuestra ser un hombre mucho más íntegro. Le chupo el cuello, probablemente con la suficiente fuerza para dejarle una marca.

Eso vuelve loco a Ravil. Su respiración se convierte en jadeos como los míos. Me empuja sobre la cama y me separa las piernas, dejándome girar de lado para mayor comodidad mientras me lame, con mi pierna superior apoyada sobre su amplio hombro.

—¡Ravil! —Hundo los dedos en su pelo y tiro de él. Estoy tan desesperada como él, y es por algo más que sexo. Es por comunión.

Es por mostrarme vulnerable ante Ravil y verlo vulnerable ante mí. En auténtica vulnerabilidad. Esta es la verdadera pasión. No solo el producto de hormonas desenfrenadas sino algo más.

Algo significativo y audaz. Algo que debe ser reverenciado.

Ravil desliza un dedo dentro de mí y acaricia mi pared interior, y yo gimo y me retuerzo, no queriendo correrme hasta que su virilidad esté dentro de mí.

—Por favor. ¿Ravil? —suplico.

—Sabes tan bien, Lucy.

—Te necesito dentro de mí.

—*Blyat* —maldice y se levanta, bajándose la cremallera de los pantalones para liberar su miembro.

Tiemblo de placer en el momento en que empuja dentro. Presiona su pulgar contra mi ano mientras me monta, lo que no debería sentirse tan placentero como lo hace. Especialmente cuando lo introduce dentro de mí. No hay nada como las sensaciones duales de tener ambos agujeros llenos a la vez. Es una sobrecarga de placer.

Me folla así, cada embestida haciéndome más y más desesperada por correrme, la espiral de necesidad apretándose y apretándose.

—Voy a follarte el culo hoy, Lucy —dice con rudeza.

—Vale —digo. Ha estado empujando continuamente mis límites. Todavía me avergüenzo del juego anal pero ya no le temo. No temo

nada de lo que Ravil quiera hacerle a mi cuerpo. Ha demostrado una y otra vez que sabe cómo hacerlo bien.

Primero saca su pulgar y luego su polla, y me deja para ir a buscar lubricante. Cuando regresa, lo observo por encima del hombro mientras separa mis nalgas y gotea lubricante sobre mi agujero trasero. También unta un poco sobre su polla.

Afortunadamente, va despacio, aplicando presión constante pero suave a mi ano hasta que me relajo para dejarlo entrar.

—Empuja un poco —me dice.

Lo hago, y él se desliza dentro. Es demasiado grande, y tomo una respiración aguda, pero una vez que su cabeza está dentro, mejora.

—¿Estás bien, gatita?

—Sí —jadeo.

Entra con suavidad el resto del camino, centímetro a centímetro hasta que está completamente dentro, y me da un momento para acostumbrarme a la sensación. Luego comienza un bombeo muy lento.

Mis ojos se ponen en blanco. No debería ser tan placentero.

Ravil frota mi clítoris dura y rápidamente.

Gimo y tengo un hipo, gimo de nuevo. Empieza a coger ritmo follándome el culo, empuja más profundo, sale más lejos. Todo se siente bien. Estirado, lleno, pero bien.

Ravil me folla el coño con sus dedos juntos formando un cono, y grito, necesitando desesperadamente correrme.

—Todavía no —advierte Ravil.

—Por favor. Oh por favor, oh por favor, oh por favor. Necesito correrme ahora. Para. ¡Más! Oh Dios.

La respiración de Ravil se vuelve errática. Abro los ojos para observarlo, ver cómo la pasión toma el control de su rostro, verlo perder el control.

Sus dedos se aprietan en mi cadera, los que están en mi coño vacilan.

Hace un sonido ahogado y luego grita mientras empuja profundamente. Deja escapar un torrente de ruso que suena a elogio. Quizás gratitud.

No me corro. No sé… se siente demasiado extraño con su polla en mi culo, pero luego bombea sus dedos dentro y fuera de mi coño un poco más, y mis piernas se agitan mientras me corro sobre sus dedos, mi ano apretándose casi dolorosamente alrededor de su polla.

—¡Ahh-ah! —gime. Se inclina y besa mi hombro—. Esa es una disculpa —dice con satisfacción cuando se endereza.

Dejo escapar una risa suave y lo observo mientras sale con cuidado. Me ayuda a levantarme y me lleva a la ducha, quitándose la ropa y entrando detrás de mí.

Me giro para mirarlo bajo el chorro de agua. —Siento haberte ofendido —digo. Me gustaría poder decir:

"Siento haberte juzgado mal", pero el jurado aún está deliberando sobre eso.

Apoya su frente contra la mía. —No lo hagas. Fui un capullo.

—No lo fuiste. —Cojo la pastilla de jabón con aroma a vainilla y la hago girar en mis manos hasta que se cubren de espuma. Luego la vuelvo a dejar en la jabonera y presiono ambas palmas contra su pecho tatuado, extendiéndolas por sus músculos pectorales y bajando por sus abdominales marcados—. ¿Qué significan estos? —pregunto.

Ravil retrocede, y yo le sigo. Inclina la cabeza contra los azulejos y suspira, atrapando mis manos. —No quiero decírtelo, gatita.

—¿Aún no te has dado cuenta de que las cosas que me imagino pueden ser peores?

Él hace una mueca. —Lo dudo. —Toca un tatuaje grande en su pectoral derecho—. Este es el símbolo de la hermandad y dentro, el símbolo de mi primera célula, la de Leningrado.

Señala uno en sus costillas derechas. —Esta es la célula de Moscú. La de Igor. Sigue siendo mi jefe, pero no me arrodillaré ante su sucesor.

—¿Hay uno para tu célula?

Niega con la cabeza. —No. No tengo necesidad de esas viejas costumbres. He tejido una red diferente aquí en Chicago.

—¿Y estos? —Toco los que tiene en los nudillos.

Su rostro se vuelve pétreo. —Muertes.

Contengo la respiración, intentando mantener una expresión impasible a pesar de mi conmoción. No debería sorprenderme. Había supuesto que significaban eso. Aun así, es diferente escucharlo en voz alta.

—La ubicación en los nudillos es para intimidar. Para que mi adversario sepa que estas manos han asfixiado a otros hasta matarlos. —Sus ojos están vacíos cuando me lo dice.

Debería huir. Debería tener miedo. Pero en cambio, mi instinto es el opuesto: acercarme más. Presiono mi cuerpo contra el suyo y lo rodeo con mis brazos, como si pudiera transmitirle el mismo consuelo que él me ofreció con su abrazo anteriormente.

Él aspira sorprendido y luego exhala, rodeándome con sus brazos. —Nunca, en un millón de años, le desearía esta vida a mi hijo —murmura en mi pelo mojado.

Un sollozo escapa de mi garganta, y entierro mi cabeza contra su pecho. —Lo siento —ofrezco, aunque no estoy segura de por qué exactamente me estoy disculpando.

Por su dolor.

Por juzgarlo.

Y sí, por intentar mantener a Benjamin alejado de él.

Ahora sé, con mucha más certeza, que Ravil será un excelente padre.

CAPÍTULO 15



Ravil

—*Zdravstvuyte*, Maykl —saluda Lucy alegremente a mi portero cuando regresamos de nuestro paseo matutino al día siguiente.

—*Zdravstvuyte*, Srta. Lawrence —responde él, sonriendo. Ya se ha ganado a todos los que ha conocido con sus continuos intentos de hablar ruso. Me encanta que no dejara de aprender después de que permitiera a los demás hablarle en inglés.

—Hay una pequeña situación en el ascensor. —Maykl señala con el pulgar hacia la fila de ascensores.

Frunciendo el ceño, me acerco para encontrar a Adrian y Nadia, su hermana, instalados en uno, con el pie de Adrian bloqueando la puerta para mantenerla abierta. Nadia está de cara a la pared, llorando, aferrándose a la barandilla con todas sus fuerzas mientras Adrian intenta persuadirla para que salga.

Mantengo la puerta del ascensor abierta con mi hombro. La mano de Lucy se tensa en la mía, sus ojos muy abiertos. —¿Qué ocurre? —pregunta nerviosa—. ¿Necesita ayuda?

Adrian se gira para mirarla por encima del hombro con irritación, pero al ver que somos nosotros, se vuelve completamente hacia nosotros. —No puedo sacarla del edificio —me dice en ruso.

—En inglés —le digo. Hace tiempo que dejé de hacer que todos hablen ruso delante de Lucy. Es mucho más importante que Adrian y Nadia aprendan a hablar inglés.

—Lo siento —le dice a Lucy—. Mi hermana tiene algunas… fobias. No quiere salir del ascensor.

—¿Esta es tu hermana?

Nadia sorbe por la nariz y nos mira por encima del hombro.

—*Da*. Nadia.

—Nadia, estás a salvo aquí —digo suavemente en ruso porque aún no habla inglés—. Nadie te hará daño —digo en inglés, para que Lucy lo entienda.

—¿Alguien le hizo daño? —Lucy está alarmada. Su mano está húmeda y rígida en la mía, y puedo sentir cómo su mente da vueltas —. ¿Qué pasó, Adrian?

Adrian me lanza una mirada.

Asiento.

—Sí, le hicieron daño. Gravemente. Ahora tiene demasiado miedo para salir. —Levanta las manos al aire con frustración.

—Deberíamos conseguirle ayuda psicológica, Adrian —digo.

Adrian se encoge de hombros con impotencia. —Si conoces a alguien que hable ruso, la arrastraré hasta allí.

—Quizás por videollamada —digo, pensando en cómo Lucy realiza todos sus asuntos sin problemas desde mi habitación—. Organizaré algo.

—¿Fue por esto que provocaste el incendio? —pregunta Lucy.

Parpadeo, sorprendido por lo rápido que ha conectado las piezas.

Adrian frunce el ceño, lanzando una mirada a su hermana. Ni confirma ni niega.

—¿Le hicieron daño en la fábrica de sofás? —jadea Lucy, completando el resto—. ¿Era una esclava sexual? —Sus ojos se llenan de lágrimas.

Como si le recordaran el horror que vivió su hermana, Adrian pierde su irritación con Nadia y la situación. Da un paso adelante y rodea con sus brazos a su hermana. —Otro día —murmura en ruso —. Lo intentaremos otro día.

Atraigo a Lucy hacia mí y pulsamos el botón para subir.

—¿Entonces el incendio fue por venganza? ¿O formaba parte de un rescate?

—Venganza —dice Adrian fríamente. Cuando se gira, aún hay ansias de muerte en sus ojos—. Las liberé a todas una semana antes.

Lucy asiente mientras una lágrima resbala por su mejilla. —Bueno, eso constituye una buena defensa.

Adrian la mira fijamente. Es valiente, pero sé que tiene miedo. Sobre todo miedo de dejar a su hermana aquí sola si acaba en prisión. Ya me he comprometido a cuidar de ella si eso sucede.

—No prometo nada, pero creo que no la necesitaremos. Creo que puedo conseguir que supriman las pruebas por un tecnicismo. Lo sabremos mañana en la audiencia preliminar.

El alivio hace que Adrian se desplome contra la pared del ascensor. Se lleva las palmas de las manos a la frente. —Eso sería genial. Gracias. Gracias, eso sería estupendo.

—Haré todo lo posible —promete Lucy.

Después de dejarlos en su planta, ella se vuelve hacia mí con una arruga entre las cejas. —¿Por qué no me lo contaste? —me acusa.

—Te lo dije. No era mi historia para contar.

—Es horrible.

—Lo sé. Fue secuestrada en Rusia por traficantes ucranianos. Adrian tiene suerte de haberla encontrado viva.

—¿Vino aquí solo para encontrarla? ¿O ya estaba aquí?

—Vino a buscarla. Lleva aquí ocho meses, pero solo la encontró el mes pasado.

Otra lágrima se escapa del ojo de Lucy. Se la limpia. —Malditas hormonas. Lloro por todo.

—Nadia merece tus lágrimas —digo.

Ella asiente. —Sí. —Levanta la mirada hacia mí—. Lo ayudaste —dice—. Lo ayudaste a encontrarla, y pagaste su fianza para sacarlo de la cárcel.

—Por supuesto. Pero yo no provoqué el incendio, si es lo que estás insinuando.

—No es eso. Solo estoy empezando a entender toda la situación.

—Si yo hubiera provocado el incendio, Leon Poval estaría muerto y nadie habría sido atrapado —digo.

Lucy se queda quieta un momento, y me doy cuenta de que he hablado demasiado. No le gustan mis métodos violentos. Pero luego me da un único asentimiento. —Estoy segura de que lo habrías hecho bien —dice.

Rodeo su espalda con mi brazo y la acompaño fuera del ascensor, atrayéndola hacia mí para poder besarle la cabeza. —¿Realmente crees que puedes liberarlo?

—Hay muchas posibilidades. Lo sabremos mañana.

CAPÍTULO 16



Lucy

—La audiencia preliminar es como un mini-juicio —explico a Adrian y Ravil mientras nos sentamos en el largo banco de madera fuera de la sala del tribunal—. La fiscalía llamará a testigos y presentará pruebas, y luego yo podré interrogar a los testigos. Nos da la oportunidad de ver lo que tienen y pretenden usar contra ti. Por lo que puedo decir, su caso es bastante endeble y depende de las pruebas que encontraron en tu apartamento, el cual registraron sin una orden judicial adecuada.

Mi móvil suena, y compruebo el mensaje. Es de Sarah.

Le dije que iría al tribunal para la audiencia preliminar de Adrian a pesar de mi reposo en cama. Me hizo un montón de preguntas, cuyas respuestas estoy segura que corrió a compartir con Dick.

Se supone que debe reunirse conmigo aquí con los documentos que le pedí que preparara, así como todo el expediente del caso, pero me envía un mensaje de último minuto diciendo que enviará un mensajero en su lugar.

—No me gusta —murmuro en voz alta cuando lo leo.

—¿Qué?

—No sé. Creo que nuestra asociada de verano se está acostando con uno de los socios. El que quiere que me vaya. Y ahora dice que

no vendrá con los documentos que necesito sino que los enviará por mensajero.

Los ojos de Ravil se entrecierran.

—Sea lo que sea que estés pensando, no lo hagas.

Sus cejas se alzan. —No puedes saber lo que estoy pensando.

—¿Era hacer algo malvado para protegerme de los imbéciles de mi bufete?

—Está bien, sí que lo sabes —concede, con los labios torcidos en una sonrisa—. Entonces pensaré en algo solo semi-malvado.

No puedo contener la sonrisa que me cosquillea en los labios. Me toco los labios con el dedo, tratando de aplacar mi ansiedad por no tener mis archivos. Odio sentirme mal preparada. Maldita Sarah.

Probablemente lo hizo a propósito para hacerme quedar mal.

Abro la carpeta que traje. Puedo inventarme algo con esto.

Mi móvil suena: es Gretchen. Deslizo para rechazar la llamada.

Como temía, nos llaman a la sala del tribunal antes de que llegue algún mensajero. Le envío un mensaje a Sarah. *La Moción para Suprimir no llegó. Estás despedida.*

Probablemente no tengo la autoridad para despedirla, y seguramente correrá a chuparle la polla a Dick y asegurarse de que no sea definitivo, pero sinceramente espero que sude por ello.

Entramos y tomamos nuestros lugares. Intento apartar la Moción de mi mente. Puedo improvisar. Fingir que tengo la moción en mi maletín y exigir que retiren el caso.

Puedo hacer esto sin el papeleo real.

Brett Wilson, un fiscal con el que me he enfrentado muchas veces antes, se levanta y presenta sus pruebas. Empiezo a respirar más lentamente. Bien. Como sospechaba, no tienen nada más que las pruebas obtenidas ilegalmente.

Me levanto para interrogar a los agentes que hicieron el arresto y pregunto sobre la orden. El agente me da sus razones para no necesitar una, pero destruyo sus argumentos.

—Señoría, he traído conmigo hoy una Moción para Suprimir las pruebas, ya que fueron obtenidas ilegalmente —giro para enfrentar al fiscal del distrito—. Y sin esas pruebas, no creo que tengan un caso. ¿Aún quiere seguir con esto?

—Adrian Turgenev tenía un problema con su empleador e incendió el lugar.

—No tiene nada para probarlo.

Wilson abre la boca, pero el juez le lanza una mirada que dice que no se lo está creyendo.

—Bien. —Brett Wilson suspira y cierra los ojos—. La fiscalía solicita desestimar el caso sin perjuicio, señoría.

¡Sí!

Gracias, niño Jesús.

Nos ponemos de pie, y Ravil me sonríe radiante. Puedo notar que quiere abrazarme pero sabe que parecería extraño.

Estrecho la mano de ambos, la suya y la de Adrian, como si no fuéramos más que abogada y clientes.

Y entonces tengo que ir al baño otra vez.

Gretchen vuelve a llamar mientras estoy en el baño. Rechazo la llamada de nuevo (no tengo tiempo para hablar ahora) y salgo.

Ravil nos lleva a los tres a almorzar a una pizzería donde definitivamente como suficiente para dos.

Gretchen llama nuevamente cuando nos acercamos al Kremlin. No contesto, pero le envío un mensaje, *¿Puedo llamarte más tarde?*

Ella responde, *¡No!*

Pero no importa porque cuando entramos al estacionamiento del Kremlin, de repente estamos rodeados de coches de policía. —Detengan el vehículo y salgan con las manos en alto —dicen por un altavoz.

Miro alrededor para encontrar coches de policía invadiendo el garaje. Dima, Nikolai, Pavel y Oleg están esposados, siendo metidos en la parte trasera de los vehículos.

Ravil se gira para mirarme con furia, la traición en sus ojos casi me quema viva.

Quiero negarlo. Decirle que no tuve nada que ver con esto, pero no puedo encontrar mi voz, y los policías están abriendo las puertas de golpe, apuntando con sus armas, todos gritando.

Me arrastran fuera y me meten apresuradamente en la parte trasera de un coche.

Adrian y Ravil son puestos boca abajo sobre el sucio hormigón, con las manos esposadas a la espalda.

—No —logro decir finalmente—. Esperen. Esto es un error. ¿Qué está pasando?

Mi móvil suena otra vez.

Gretchen.

¡Mierda!

Con mano temblorosa, me llevo el teléfono a la oreja. —¿Qué está pasando? —balbuceo en el auricular.

—¡Lucy! ¿Dónde estás? ¿Puedes hablar?

Un sollozo surge y se libera. —Gretchen —me ahogo con la siguiente respiración que puedo lograr—. Has cometido un error.

CAPÍTULO 17



Lucy

—Cariño, dicen que no estás cooperando. ¿Qué está pasando? —dice Gretchen.

Niego con la cabeza, con lágrimas resbalando por mis mejillas. Llevo horas en la comisaría. Estoy tan cansada que quiero desmayarme, y tengo tanta hambre que me comería mi propia mano.

—Tengo hambre —me quejo.

—Vuelvo enseguida.

Se marcha y regresa con una barrita de cereales y un mini-paquete de Oreos, obviamente de una máquina expendedora.

Abro con ansia las galletas porque, Dios sabe, necesito que me suba el azúcar en sangre.

Se sienta a mi lado y me aprieta los hombros en un medio abrazo. —Oye. Háblame.

Solo puedo negar con la cabeza y apurar el vasito de plástico de agua que me dieron la última vez que me quejé por comida y agua. No he respondido a ninguna de sus preguntas. Como abogada, sé que es mejor no decir nada que pueda ser incriminatorio. Incluso si no presento cargos, igualmente pueden preparar un caso si quieren.

—Sabes lo que es el Síndrome de Estocolmo —dice con suavidad.

—Sí, sé lo que es el Síndrome de Estocolmo —respondo bruscamente. Maldita sea. ¿Tengo el Síndrome de Estocolmo? ¿Por qué estoy protegiendo a Ravil? Después de todo, él me secuestró.

Más lágrimas brotan de mis ojos. Cada pensamiento que tengo me hace llorar. No puedo detener el grifo ni para salvar mi vida.

—¿Qué hiciste? —consigo preguntar finalmente—. ¿Cómo me encontraste?

—Llamé a tu madre para preguntarle sobre el reposo en cama. Solo para asegurarme de que realmente estabas bien y no necesitabas nada. Y ella me dijo que no sabía nada de ningún reposo en cama porque te había visto en la rehabilitación de tu padre con un ruso. Y até cabos. Volé hasta aquí y comprobé tu apartamento y, por supuesto, no estabas allí en reposo.

—Fue entonces cuando llamé a la policía. Tu madre me dijo que el ruso era un cliente, así que obtuvieron su nombre y dirección del expediente y, ¿adivina qué? Está en la lista de vigilancia del FBI por contrabando.

Entierro la cabeza entre mis manos. Contrabando. Sí, ya había imaginado esa conexión.

—¿Contrabando de qué? —murmuro a la mesa.

—Antigüedades rusas. Es ilegal sacarlas de Rusia, pero él tiene algún tipo de canal directo para ellas. Probablemente a través de ese diplomático con el que fue a Black Light.

—Gretchen. Tienes que sacarme de aquí.

—Realmente quieren una declaración tuya, Luce. Llevan mucho tiempo intentando pillar a estos tipos. Tú podrías ser su oportunidad.

Hasta ahora, había estado perdida. Como si me hubieran tirado del barco y estuviera dando manotazos, intentando encontrar una boya a la que agarrarme. No sabía hacia qué orilla debía nadar.

Pero en el momento en que Gretchen me dice eso, elijo mi bando.

Arrugo el envoltorio vacío de Oreo y lo lanzo hacia la ventana de observación. —No va a pasar —digo, mirando fijamente al cristal unidireccional—. He estado en reposo en cama, y me mudé con el padre de mi hijo para que pudiera cuidarme. Fin de la historia.

Los ojos de Gretchen se estrechan. Sabe que no es verdad.

—Ahora sácame de aquí.

Cubre mi mano con la suya. —¿Estás segura? ¿Esa es tu declaración?

—Sácame de aquí.

Gretchen se levanta. —Vale. Te sacaré de aquí enseguida. —Sale de la habitación a zancadas, mostrándose como la abogada barracuda que puede ser cuando quiere.

Tarda veinte minutos. Doy la declaración que le di a Gretchen, y luego ella me saca a toda prisa, agarrándome por el codo, hasta un taxi que espera fuera.

CAPÍTULO 18



Lucy

No es hasta después de haber comido algo y llorado mis últimas lágrimas que puedo siquiera funcionar. Gretchen se queda en mi apartamento preparando té, sentada tranquilamente cerca de mí, esperando a que hable.

Finalmente, dice: —Así que háblame, por favor. Tenía razón, ¿verdad? ¿Estabas en peligro?

Asiento, en silencio. —No quiero hablar de ello. —No soporto la idea de que los federales vayan a por Ravil, y tampoco me gusta la idea de que Gretchen lo odie.

Es extraño que me sienta protectora con él, pero así es.

—Sé que no quieres, pero creo que lo necesitas.

—Necesitas sacarlos de la custodia. Los federales no tienen nada contra ellos, a menos que encontraran algo cuando registraron el ático.

Dios, espero que no encontraran nada.

Gretchen parpadea mirándome. —¿Quieres que actúe como su abogada? ¿Después de que yo denuncié?

—Creo que el Conflicto de Intereses podría entrar en juego si lo hago.

—¿En serio? Ese hombre te secuestró, ¿verdad? Cuéntame qué pasó.

—Su nombre es Ravil. Ravil Baranov. Te contaré lo que pasó si los sacas de allí.

—Los sacaré de allí cuando me cuentes lo que pasó —contraataca.

Nos miramos fijamente en un punto muerto.

—No sé si estás en el estado mental adecuado para tomar esta decisión —explica.

—¡¿Ves?! —La señalo con un dedo—. Por eso no te lo contaré hasta que esté hecho.

Ella levanta las cejas. —¿Porque no querré hacerlo después de que me lo cuentes?

Aprieto los labios. —Necesito esto de ti, Gretchen. Es el padre de mi hijo.

—Déjame preguntarte esto: ¿quieres que los saque de allí porque le tienes miedo? ¿O porque estás enamorada?

Niego con la cabeza. —No tengo miedo —digo. Y es verdad. Sí, es posible que Ravil cumpla con su amenaza de llevarme a Rusia porque cree que yo provoqué el arresto, pero no puedo llegar a creerlo. Y, sinceramente, mientras él estuviera allí conmigo, no estoy segura de que me importaría tanto.

—Así que estás enamorada.

Me tiembla la mano mientras levanto la taza de té a mis labios. —Supongo que sí. —Estoy enamorada de Ravil Baranov, jefe de la Bratva de Chicago, conocido contrabandista, asesino y criminal.

Padre de mi hijo.

Es una pareja terrible, y sin embargo no puedo imaginar a ningún otro hombre en mi vida. Es él.

El hombre que me comprende. Protege mi orgullo, cuida mis necesidades, me atesora. Lo amo.

—De acuerdo —dice Gretchen—. Volveré allí y patearé el suelo hasta que los liberen. Pero si te pasa algo… No importa. Guardaré esa amenaza para Baranov. —Se cuelga el bolso al hombro y sale.

Me dejo caer contra el sofá y cierro los ojos. Gretchen se encargará de ello.

¿Después? No sé qué pasará.

Ravil me hizo daño. No puede venir a recogerme otra vez. No si quiere quedarse en este país.

Supongo que ahora nos sentaremos y tendremos esa negociación para la custodia compartida para la que lo estaba ablandando.

Algo doloroso se retuerce en mi corazón. ¿Es eso realmente todo lo que quiero? ¿Un acuerdo de crianza compartida amistoso?

¿O hay alguna manera de que nosotros dos nos unamos para algo más?



RAVIL

Es tarde por la noche. He estado sentado en esta sala de interrogatorios durante horas.

No les he dicho ni una palabra. Ni en ruso. Ni en inglés. Me preguntaron si quería un abogado presente, y mi corazón saltó de mi pecho, agitándose en el suelo como una anguila herida.

Sí, quiero a mi abogada.

Oh, claro. Mi abogada es la que me metió aquí.

Fue su amiga Gretchen, por supuesto. Sabía que habían tenido una conversación. La escuché. No oí ningún tipo de indicio o secretos velados, pero las dos son buenas amigas. Quizás hubo algo que me perdí.

Ni siquiera puedo enfadarme por haber sido vencido por Lucy.

Apenas me importa lo que me hagan. Si descubro lo que es cumplir condena en una prisión estadounidense, o si me envían de vuelta a Rusia para cumplir condena allí. Nada de eso importa comparado con el dolor en mi pecho.

La destrucción total de mi ser cuando me di cuenta de que ella estaba fingiendo todo. Que no le importo. Solo estaba ganando tiempo hasta poder liberarse de mí.

Fui un idiota al pensar que podría hacer que se enamorara. Que podría mantenerla conmigo. Fui un idiota al poner toda la operación en riesgo por algo que ni siquiera está permitido en la bratva.

Y por esto, claro.

Acabo de joder a todos por esta mujer y mi hijo nonato.

He estado sentado durante horas mientras intentaban interrogarme con amenazas y técnicas de intimidación. Son unos idiotas si creen que sus métodos funcionarán. He cumplido condena en prisiones rusas.

No les tengo miedo.

Dos nuevos agentes están aquí ahora. Empezaron hace aproximadamente una hora.

La puerta se abre y uno de los guardias dice: —Su abogada —y entrega una tarjeta a uno de los agentes.

Qué estúpido soy. Por una fracción de segundo, la esperanza asomó la cabeza. Pero no, no es mi Lucy. Es su amiga, Gretchen.

Si fuera inteligente, diría que no es mi abogada porque no sé qué juego se trae entre manos, pero no soy inteligente. No he sido inteligente desde el principio cuando se trata de Lucy, y ahora mismo necesito saber si está bien. Dónde está.

—Exijo que liberen a mi cliente inmediatamente —dice Gretchen.

El agente entrecierra los ojos mirándola. —¿Disculpe? ¿No fue usted quien notificó a la policía sobre el presunto secuestro de su amiga?

Ella levanta la barbilla. —Lo hice, pero estaba equivocada. Como saben por la declaración de la Srta. Lawrence, no hubo ningún secuestro. Ella se mudó con su novio y el padre de su hijo. Voluntariamente. No hay sospecha razonable de un delito. A menos que tengan algo contra el Sr. Baranov o cualquiera de sus cuatro asociados, exijo su liberación inmediata.

—Srta. Proxa. De la Fiscalía General en D.C. —dice uno de los agentes arrastrando las palabras mientras mira su tarjeta—. No es abogada defensora. ¿Está siquiera autorizada para ejercer la abogacía en este estado?

—Puedo ejercer el derecho federal en cualquier lugar, agente Rossi. Como debería saber.

Él resopla y cruza los brazos sobre el pecho, mostrando lo poco impresionado que está.

—No hemos terminado de interrogar a los sospechosos.

Gretchen se acerca con su ajustada falda de tubo marrón y tacones de aguja, apoya el trasero en la mesa y cruza una pierna sobre la otra. Creo recordar que es versátil. Se le da muy bien el papel dominante. —Aconsejaré a mi cliente que no responda a más preguntas.

El agente Rossi inclina la cabeza hacia un lado, observando la longitud de las piernas de Gretchen. La forma en que utiliza su sexualidad como arma. —Sé que puedo retenerlos durante veinticuatro horas sin cargos.

—No hay razón para hacer eso, agente Rossi. No se cometió ningún delito. Mis clientes no hablarán más con usted. Ha sido un día largo, y estoy segura de que usted también quiere irse a casa. Me disculpo por mi papel en esta búsqueda infructuosa. Con ambos —dice, asintiendo hacia mí pero sin encontrarse con mi mirada. Es una disculpa que no siente.

Pero me importa una mierda, porque mi mente sigue volviendo a lo que dijo sobre Lucy, la declaración que había dado. *Se mudó con su novio y el padre de su hijo. Voluntariamente.*

Lucy mintió por mí.

Junto las puntas de mis dedos para pensar. ¿Podría ser que esto no fuera una traición? ¿Actuó Gretchen por su cuenta?

Después de un poco más de tira y afloja entre el agente Rossi y Gretchen, principalmente por diversión por lo que pude ver, Rossi accede a liberarnos. Estoy bastante seguro de que fue principalmente porque se volvió incapaz de negarle a la sexy abogada cualquier cosa que exigiera.

Encuentro a Gretchen esperándonos fuera. —¿Una palabra, señor Baranov?

—Ravil —corrijo, alejándome varios metros del edificio con ella.

Se detiene y se planta frente a mí. —Sé lo que realmente ocurrió —me acusa—. Y tengo documentación. Así que si te acercas a mi amiga otra vez. —Levanta un dedo con la punta roja ante mi cara—, haré que te encierren. Esos tipos de ahí dentro se mueren por pillarte en algo. No necesitarían que Lucy presentara cargos. Todo lo que necesitarían es mi declaración jurada firmada. Que he puesto en un lugar seguro. Así que ni siquiera pienses…

—Ella te envió —interrumpo. Tengo que saberlo.

Gretchen cierra la boca abierta, con una expresión de fastidio en el rostro. Cruza los brazos sobre el pecho. —Sí, ella me envió.

—No llamó para pedir ayuda.

Gretchen me mira fríamente. —No. —El dedo vuelve a aparecer en mi cara—. Le has jodido la cabeza. Ahora déjala en paz. A menos que quieras que el estrés dañe al bebé.

Sé que está fanfarroneando, pero la sugerencia me golpea en el plexo solar de todos modos. La idea de que algo dañe a nuestro dulce bebé me mata. No puedo imaginar lo estresante que debe haber sido hoy para ella.

—¿Dónde está ahora?

—Ha vuelto a su casa. Donde se quedará. Déjala. En. Paz.

Tomo aire y asiento. No porque las amenazas de Gretchen me asusten. Porque es lo correcto. Me equivoqué al forzar a Lucy a venir a mi ático… aunque lo volvería a hacer si tuviera la oportunidad.

Pero no la forzaré de nuevo.

Ella ha pagado su penitencia por tratar de ocultarme al bebé. Ahora me toca a mí pagar la mía y sufrir el dolor de dejarla ir.

Aunque me destroce por dentro.

CAPÍTULO 19



Lucy

Abro y cierro la matrioska más grande. Mirar el regalo me hace sentir como si una bomba hubiera explotado en mi pecho. De alguna manera, logré sobrevivir los últimos días. Ravil no ha llamado ni ha venido. Yo tampoco le he llamado. Estoy demasiado confundida. Gretchen me explicó lo que le había dicho, y que él estuvo de acuerdo en dejarme en paz.

Una parte de mí no creía que lo haría. Pero al día siguiente, Oleg apareció con todas mis cosas, las trajo y se fue sin decir palabra. Bueno, por supuesto, sin decir palabra. Pero también sin dejar ningún mensaje. Lo que me hizo preguntarme si por eso Ravil lo envió a él y solo a él.

Apenas me miró cuando trajo las cosas. Le agarré del brazo cuando se iba. —*Mne zhal'* —dije. *Lo siento.* Había estado practicando esa frase.

Él solo negó con la cabeza y se fue. Me dejó con aún más angustia.

Si hubiera sido uno de los gemelos, quizás le habría preguntado cómo estaba Ravil. Me habría disculpado por su detención.

Aunque, ¿de qué tengo que disculparme realmente? Ellos *eran* cómplices del secuestro de Ravil. Y él *sí* me secuestró.

No puedo olvidar eso.

Quizás sí tengo Síndrome de Estocolmo. Me sorprendo echándoles de menos, a todos. Echo de menos los masajes y la comida. Echo de menos las bromas fáciles entre los chicos. La calidez que todos me mostraron a pesar de que era una prisionera.

Y sobre todo echo muchísimo de menos a Ravil.

La culpa me corroe. Esta sensación que me carcome de que he hecho algo mal. Que he jodido a Ravil.

Pero eso no es justo.

Él fue quien me secuestró. Me mantuvo prisionera y amenazó con enviarme a Rusia.

Pero ¿realmente fue tan malo?, una vocecita sigue susurrando.

Maldita sea, si aún quiero ser su prisionera.

Intento seguir trabajando desde casa. Mantengo la farsa de que sigo en reposo, al menos hasta que deje de sentirme como un zombi.

Sarah me escribió un correo muy humillante que copió a todos los socios, así que, por supuesto, no la despidieron. Me encuentro incapaz de darle la más mínima importancia a ella, al puesto de socia o al bufete.

Apenas puedo pasar el día. Apenas me alimento o me ducho. He estado sentada en este sofá con los mismos pantalones de yoga desde la noche en que todo explotó.

Ni siquiera me doy cuenta de que es sábado hasta que mi madre llama y me sobresalta. Debo haberme quedado dormida. Las muñecas caen al suelo con estrépito y ruedan.

—¿Cariño? ¿Vendrás hoy?

Me incorporo con una brusca inhalación y la habitación da vueltas. —Oh, mamá. Lo siento, estaba dormida, me está costando dormir por la noche por las hormonas y tener que levantarme a orinar tres veces por noche.

—¿Qué es eso que he oído sobre que estás en reposo?

Gretchen había sido lo suficientemente inteligente como para no poner en alerta a mi madre cuando la llamó por lo del reposo, así que mi madre todavía no sabe nada sobre el secuestro.

—Sí, es solo por una semana o dos. Pero estoy bien. Con suerte podré ir la semana que viene. Os echo de menos.

—Bueno, ¿debería ir a verte?

—No, mamá. Ya tienes bastante con papá. Gretchen vino a ayudarme esta semana, aunque no necesitaba ayuda. Te prometo que estoy bien. Dale un beso a papá de mi parte, ¿vale?

—¿Lucy?

—¿Sí?

—¿Qué pasa entre tú y Ravil? ¿Estáis saliendo?

El peso en mi pecho se vuelve aún más pesado. —No, mamá. Solo vamos a intentar ser buenos padres juntos.

—No parece tu tipo. —Esa es la forma muy educada de mi madre de decir que parece un criminal.

—No lo es, mamá, pero eso no significa que no vaya a ser un gran padre.

Eso lo creo. Con todo mi corazón.

Pero, ¿acaso Ravil aún quiere formar parte de la vida del bebé?

Qué irónico que cuando yo no quería que formara parte, él exigió su lugar, y ahora que estoy cómoda con ello, ha desaparecido.

Claro, Gretchen le dijo que desapareciera.

Y yo no he llamado para decir nada diferente.

Simplemente no puedo decidir si quiero llamar. Si debería llamar.

¿Son las cosas más fáciles así? Después de todo, es un criminal. El FBI solo está esperando para atraparlo. ¿Es ese el tipo de modelo a seguir que quiero para nuestro hijo?

¡Claro que no!

Mis ojos se llenan de lágrimas. —Me voy a ir, mamá. Te quiero. —Intento que mi voz suene normal.

—Yo también te quiero, querida. Hazme saber cómo estás.

—Gracias, lo haré.

Miro el reloj en mi móvil.

Clase de preparación para el parto.

Es ridículo. No necesito ir a esa clase. Ahora puedo volver a mi plan de parto hospitalario con epidural donde no tengo que preocuparme por nada, los médicos se encargan de todo.

Excepto que… ahora que he visto esos hermosos partos en casa, mi plan de parto ha perdido su atractivo.

Y realmente quiero ir a esa clase. Quiero ver más vídeos y llorar por la belleza del parto.

Y sí… secretamente espero que Ravil esté allí.

O verlo.

Podemos hablar. Aclarar las cosas.

Me levanto, me ducho y me dirijo al Kremlin. Al acercarme, mi corazón empieza a latir con fuerza en mi pecho. Más fuerte, más ruidoso, más insistente que en cualquier sala de tribunal. El lugar tiene tanto significado para mí. Un significado enredado, anudado, confuso.

Maykl me dirige una mirada cautelosa y suspicaz cuando entro, y mi corazón se hunde. Por supuesto, todos en el edificio sabrían lo que pasó. Los federales estuvieron por todo el lugar.

—¿El señor Baranov la está esperando? —dice, demasiado formal para ser amistoso.

Trago saliva. —Estoy aquí para la clase de preparación al parto.

Su rostro se relaja y se endereza. —Claro. Tercer piso. ¿Recuerda cómo llegar?

—Sí, gracias.

Coge su teléfono y empieza a enviar mensajes. Avisando a Ravil, sin duda.

Recibo una reacción similar de Svetlana cuando me presento. Un poco sorprendida al verme, pero se recupera rápidamente. —¿Viene Ravil?

Me encojo de hombros. —No creo. No le dije que venía.

—Ya veo. Bueno, bienvenida. Me alegro de que hayas venido. —Hace un gesto con la mano en dirección a Carrie—. Como sabes, dar a luz en casa sin una pareja es igual de hermoso.

Dar a luz en casa.

Sin una pareja.

¿Es eso lo que estoy haciendo?

No lo sé. Solo vine por los vídeos. Pero no se lo digo. Todavía tengo meses para decidir.

Asisto a la clase, lloro al final de cada vídeo de parto, y regreso a casa sola, sin ver a Ravil.

En el momento en que entro en mi apartamento, rompo a llorar.

~

Ravil

—Con todo respeto, ¿qué coño estás haciendo? —dice Dima.

Entreabro los párpados contra el sol de la tarde para ver a Dima de pie sobre mí, con Nikolai a su lado. Ambos tienen los brazos cruzados sobre el pecho. Demonios gemelos que me despiertan de un estupor alcohólico.

Estoy en la azotea, quemándome junto a la piscina y bebiendo suficiente vodka Beluga Noble como para conservar permanentemente mi hígado. Creo que he estado aquí desde anoche. Puede que incluso haya dormido aquí.

Levanto un dedo torpe y señalo. —Cuida cómo me hablas —balbuceo. Mis párpados se cierran de nuevo para bloquear el resplandor.

—Lucy tiene una ecografía hoy. Y te *invitó a acompañarla* —entona Dima con énfasis.

Entreabro un párpado. —¿Cómo lo sabes?

—Sigo monitorizando todos sus dispositivos. Te envió un mensaje anoche.

—Y no te molestaste en contestar —añade Nikolai.

Agito la mano como si estuviera espantando una mosca. —Largaos de aquí. —Le diría que dejara de monitorizarla, pero no soporto la idea de no saber qué ocurre en su vida. Ya es bastante insoportable haberla dejado marchar.

No se mueven. Lo sé porque vuelvo a entreabrir un ojo. —*Yob vas*. —Que os jodan.

—Ravil. —Esta vez es Nikolai—. ¿Por qué te comportas como un capullo con ella? Literalmente no te ha hecho nada. La secuestraste y la obligaste a enamorarse de ti, ¿y ahora la tratas como si fuera basura?

Gruño y me incorporo. —¿Quién ha dicho que está enamorada de mí?

Dima me mira como diciendo *¿eres estúpido?* —Cuando su amiga consigue que la rescaten, ella miente para asegurarse de que no te

impliquen. Incluso después de lo que hiciste. Si eso no es amor, no sé qué es.

—Y ahora se acerca a ti. Vino al edificio para la clase de parto. Te invitó a ver a tu maldito bebé nadar en el útero, ¿y tú la ignoras? Estás siendo un *govnosos*.

—La dejé marchar. —En mi cabeza, eso lo explica todo—. Quería que la dejara marchar, y la dejé marchar.

Nikolai sacude la cabeza. —Dejarla marchar y ser un *govnosos* son dos cosas diferentes.

—Te quería en esa ecografía —dice Dima—. ¿Vas a dejar que tenga este bebé sola?

—Eso es lo que ella quería. —Hago un amplio gesto con la mano, derramando más Beluga sobre mi pecho. Siseo porque me escuece donde golpea mi quemadura solar.

—Joder, Ravil, te estás quemando. Baja de la puta azotea. —Habla Dima, pero ambos se mueven al unísono, agarrando los lados de mi tumbona y volcándola, de modo que caigo rodando.

—Ahora estáis muertos los dos —murmuro, esforzándome por ponerme en pie, lo que requiere más esfuerzo del que esperaba.

—Tienes que dormir la mona —dice Nikolai, agachándose cuando intento golpearlo y atrapando mi brazo en su lugar.

—Y darte una puta ducha. —Dima agarra mi otro brazo.

Hago un débil intento de zafarme. —*Yob vas*. —Maldecir en ruso es casi lo único que puedo hacer en este momento.

—Confía en mí, jefe, nos lo agradecerás más tarde —dice Nikolai.

—No —murmuro—. No lo haré. —Tropiezo hacia la puerta. O tal vez me arrastran. Es difícil saberlo. Hay escaleras que son muy difíciles de bajar.

No voy a llamar a Lucy. Me está matando, pero la dejé ir. Si vuelvo a abrir esa puerta, no pararé. La reclamaré como mía, y nunca, jamás la dejaré ir.

Y Lucy no es el tipo de mujer que puede ser retenida. No se la puede mantener cautiva.

Es un pájaro, y necesita…

Caigo en la cama con un golpe seco, y entonces todo pensamiento desaparece.

CAPÍTULO 20



Lucy

Fui una idiota. Fui una idiota al tener esperanzas y desear y esperar que Ravil apareciera en la ecografía ayer aunque no respondiera a mi mensaje.

Y ahora soy una idiota aún mayor.

Pero no me importa.

El dolor que sentí cuando no vino, ese vacío, lo dejó todo demasiado claro.

No *quiero* hacer esto sola.

Ravil es el padre de mi bebé, y va a ser uno buenísimo. Las pruebas estaban por todas partes, solo que yo era demasiado crítica para verlo. La lealtad de sus hombres lo demuestra. La forma en que trató al adolescente en la piscina. El niño del fútbol en el ascensor. Cómo ha apoyado e invertido en todos los negocios de sus inquilinos.

Y lo más obvio: la forma en que me trató a mí. Incluso como su prisionera, me trató como oro. Era una princesa mimada en ese ático.

Pero no es por eso que vuelvo.

Echo de menos a Ravil. Echo de menos su contacto. Echo de menos su sonrisa afectuosa. Quiero conocerlo mejor, sin juzgarlo

esta vez. Quiero oír sobre su terrible infancia y consolarlo en lugar de activar sus defensas.

Quiero devolverle algo después de todo lo que me ha dado.

Lo quiero.

Esa razón es suficiente.

No, puede que no sea la pareja que habría elegido si pudiera escoger a un hombre de un catálogo, pero es perfecto para mí. No puedo imaginar a un hombre mejor.

Y voy a ir a por él.

Con mi maleta hecha, cojo un taxi hasta el Kremlin. Son más de las nueve y está oscuro, las luces de la ciudad destellan en las ventanas mientras pasamos. Salgo, pago al taxista y entro en el vestíbulo.

No reconozco al guardia de la puerta. Tiene tatuajes en los antebrazos, y parece terrorífico. Trago saliva y levanto la barbilla.

—Voy a subir al ático —le digo, intentando pasar sin más.

—Muéstreme su tarjeta de acceso —dice con un fuerte acento ruso.

Me detengo. Maldita sea. Los pisos superiores requieren tarjeta de acceso para usar el ascensor. Por supuesto, no tengo una. Alzo la barbilla. —Dígale a Ravil que estoy aquí abajo. Dígale que no voy a comer hasta que venga a buscarme.

El tipo frunce el ceño. —Fuera.

Vale, aparentemente no sabe que este bebé es de Ravil.

Saco mi móvil. Bien. Llamaré a Ravil yo misma. No es que esté segura de que vaya a contestar.

Mierda.

No contesta.

—Fuera —repite el guardia.

Una mano pesada cae sobre mi espalda. —¡Oh! —me sobresalto y me giro. Oleg está ahí de pie. Debe de haber entrado detrás de mí. —¡Oleg! *Zdravstvuyte* —digo, como si por hablar ruso, mágicamente pudiera comunicarme con él.

Coge mi maleta y empuja suavemente mi espalda, dirigiéndome hacia el ascensor.

El guardia le dice algo a Oleg en ruso, y el gigante asiente sin mirar atrás, empujándome suavemente lejos de él. Entramos en el ascensor, y yo parpadeo mirándole.

—Gracias. *Blagodaryu vas.*

No asiente ni hace nada más que mirarme con expresión vacía. Si no confiara ya en él, encontraría extremadamente intimidante estar a solas con él en un ascensor.

Abre la puerta del ático.

Todo está normal: Dima, Nikolai y Pavel descansan en el salón, con la televisión encendida.

Excepto que entonces veo a Ravil de pie frente al muro de ventanas que dan al agua. Mirando fijamente la oscuridad.

Pavel me ve primero y se lanza hacia el mando, apagando la televisión. —¿Has ido a buscarla? —le pregunta a Oleg, como asombrado.

Ravil se da la vuelta. En el momento en que sus ojos se posan en mí, dice: —Dejadnos solos —y todos en la habitación salen.

Su expresión está muerta. Ojos azules fríos.

—¿Por qué estás aquí? —exige saber.

Vale. Vaya recibimiento tan cálido. Debe estar enfadado por las detenciones, entonces.

Normalmente, enderezaría un poco más la espalda para enfrentarme a mi adversario. Pero ya no quiero que seamos adversarios. Quiero que seamos amantes. Compañeros.

Así que digo: —Tenía antojo de pierogi.

No lo ablanda. —Lo siento. Creo que se nos han acabado.

Se me retuerce el estómago, y Benjamin me da una patada en respuesta.

Camina lentamente hacia mí, y mientras lo hace, veo que su expresión no es fría. Está atormentada. Tiene círculos oscuros bajo los ojos, y no se ha afeitado en un par de días, al menos. —Te dejé ir, Lucy. No deberías haber vuelto.

Parpadeo para contener las lágrimas. ¿Qué está diciendo? ¿Ya no me quiere? En realidad, nunca dijo que lo hiciera; solo quería al bebé. Pero actuó como si lo hiciera. ¿Lo había interpretado todo

mal? —Quizás… —Lucho por controlar el temblor en mi voz—. Quizás yo no quería que me dejaras ir.

Se acerca más. Su expresión está ensombrecida por el dolor. —No lo digas si no es verdad.

—Es verdad.

Se detiene frente a mí, observando mi maleta, que Oleg dejó aquí fuera. Extiende la mano y roza mi pómulo con los nudillos. —No me conformaré con la mitad. Te quiero entera. —El dolor irradia de él.

Extiendo la mano y acaricio su mejilla. —Estoy aquí, Ravil. Es donde quiero estar. Contigo. Criando a nuestro hijo.

Ravil deja escapar un sonido herido y ataca mi boca, sus labios, dientes y lengua devorándome con un beso abrasador. —¿Estás segura? —Me levanta en brazos, como una recién casada, aunque ahora soy demasiado grande.

—Te necesito —le digo.

Su sonrisa es salvaje. Me lleva a su dormitorio y abre la puerta de una patada. Me deposita en la cama.

—Te he echado de menos —le digo mientras me quito la camiseta de premamá.

—Yo me moría sin ti —jura, ayudándome a quitarme los pantalones de yoga.

—Te quiero, Ravil. —Ya está. Se lo he dicho. No más contenciones. Ya es hora de ser vulnerable.

Él detiene lo que está haciendo como si estuviera escuchando para asegurarse de que ha oído bien.

—Te quiero —repito.

—*Ya lyublyu tebya.* Estoy completamente loco por ti. He estado loco por ti desde el momento en que te vi con ese vestido rojo en Black Light. ¿Sabes una cosa? —Va dejando besos por la parte exterior de mi brazo.

—¿Qué?

—Tenía un plan aquella noche. No pensé que te emparejarían conmigo en la ruleta porque no creo en la suerte. —Me dedica una sonrisa traviesa—. Creo en los planes. Y mi plan era sobornar al hombre que tuviera la suerte de emparejarse contigo.

—Pero me tocaste tú —digo con una sonrisa, recordando lo horrorizada que estaba.

—Sí, mi Dama Fortuna —dice, refiriéndose al nombre que adopté para aquella noche.

—Al principio me asustaste —admito—. Solo por los tatuajes. Pero supiste manejar mis nervios. Fuiste maravilloso. Exactamente lo que necesitaba. —Deslizo la mano sobre mi barriga de embarazada.

La besa. —Exactamente lo que ambos necesitábamos. —Me separa las piernas y arrastra su lengua por mis pliegues—. Siento no haber ido a la ecografía ayer. Simplemente no creía que pudiera soportar verte. Estaba demasiado destrozado.

Tomo su cabeza y le masajeo el cuero cabelludo.

—¿Era perfecto?

Asiento. —Sí.

—Iré a la próxima.

—Voy a tener este bebé en casa. En la bañera. Contigo.

Ravil sonríe. Su rostro se ha transformado desde la máscara atormentada que tenía en el salón. Ahora parece casi infantil. —No tienes que hacerlo, *kotyonok*. Nunca iba a obligarte. Solo estaba presionando tus límites, eso es todo.

Todo encaja. El gran farol de Ravil. Creo que una parte de mí lo supo desde el principio. Por eso no le tenía miedo. Por eso sabía que estaba a salvo, y que él cuidaría de mí. Por eso no me rebelé. Estaba jugando conmigo. Pero mis necesidades, mi felicidad nunca estuvieron en juego.

—Quiero hacerlo. Creo que será perfecto —jadeo y vuelvo a agarrar la cabeza de Ravil cuando pasa rápidamente su lengua sobre mi clítoris.

—Lo que quieras —dice—. Lo digo en serio. No hay nada que no te daría. —Levanta la cabeza—. Excepto tu libertad. —Sus ojos azules brillan con una promesa traviesa.

—¿Qué tal unos pierogi?

—Haré que te los preparen antes de la medianoche. —Se levanta y busca su móvil.

—No, no, espera. Primero sexo. Luego comida. Están estrechamente relacionados, pero te necesito a ti primero.

Su sonrisa es tan cálida que calienta todo mi cuerpo desde dentro. —¿Me necesitas?

Asiento. —Por favor. *Pozhaluysta.*

Se despoja rápidamente de su ropa, manteniendo la mirada fija en mí. —Bueno, ya que lo has pedido tan educadamente. —Se arrodilla en la cama detrás de mí—. A cuatro patas. —Me da una palmada en el trasero.

La satisfacción recorre todo mi cuerpo. Como si hubiera olvidado en tan poco tiempo cuánto me gustaba su dominación, pero mi cuerpo no. Celebra la palmada. El calor y el hormigueo de la marca que seguramente dejó en mi piel. La conmoción de la sensación. La rendición, sabiendo que ahora él está al mando, y que lo que elija será increíble.

Me pongo a cuatro patas, y él me penetra desde atrás. Me sujeta con una mano en la cadera mientras envuelve la otra en mi largo cabello. —Nunca me gustó el misionero, pero lo habría elegido esta vez si pudiéramos. —Tira de mi pelo hacia atrás para levantarme la cabeza—. Cuando nazca Benjamin, te pondré en todas las posiciones posibles —promete.

Bombea dentro y fuera, cogiendo ritmo, luego me hace rodar de lado, sujetándome la cara entre sus dedos. —Necesito ver este rostro hermoso —dice—. Quiero verte correrte, gatita.

Agarro su firme trasero para ayudarlo a entrar más profundo, más fuerte. Mis uñas marcan su piel.

Él gruñe y se coloca más alto sobre mí, presionando mi rodilla superior contra mi hombro. Es delicioso. Profundo y perfecto. Y entonces empieza a frotar mi clítoris.

—*Pozhaluysta, pozhaluysta* —gimo.

Ravil ruge y embiste profundamente, frotando más rápido contra mi clítoris con la punta de su dedo. Me corro al instante, olas de placer recorriéndome, bañándome en amor, en satisfacción, en calidez.

—Te amo, Lucy. Amo tu adorable acento estadounidense. Amo que empezaras a aprender ruso el día que te traje aquí. —Me mordisquea el hombro. Levanto la cara para atraer su boca hacia la

mía y besarlo—. Amo tu fuerza. Tu perfeccionismo. Y sobre todo, amo cuando te sometes.

—Me encanta cuando me dominas —susurro. Palabras que nunca pensé que diría. Pero tan ciertas. Él es el vikingo conquistador que me raptó. Y yo soy la heroína que se dejó reclamar, pero no sin luchar. Y al final, como en cualquier buen romance vikingo, hice que el héroe malote se arrodillara ante mí.

CAPÍTULO 21



Ravil

—Te dije que no usaras más tacones. —Masajeo suavemente los pies hinchados de Lucy. Estamos en el sofá del ático, con sus pies en mi regazo donde puedo frotarlos mientras ella disfruta de su merienda nocturna de perogis y leche.

Ya la he follado a conciencia, tanto en la cama como después en la ducha, y su consiguiente resplandor me hace sentir orgulloso.

—No eran tan altos. —Lucy se inclina para darme un bocado de su pastel de carne. Se mudó conmigo pero insistió en volver al trabajo esta semana, terminando milagrosamente su reposo—. ¿Me pasas ese cojín? —Señala uno de los cojines decorativos, y cuando se lo doy, se lo coloca detrás de la zona lumbar.

Niego con la cabeza.

—No me gusta, *kotyonok*. Trabajas demasiado. ¿Todo para qué? ¿Para probarte a ti misma ante un montón de imbéciles que son demasiado idiotas para reconocer tu verdadera brillantez?

—Estoy pensando en dejarlo. —Su mirada marrón recorre mi rostro, como si estuviera evaluando mi reacción.

—Sí —digo inmediatamente—. Déjalo. Descansa. Nada. Disfruta del resto de tu embarazo.

—No me gustó volver —admite—. Todo se sentía mal. La gente, el ambiente. No sé… simplemente ya no me importaban tanto las

cosas que antes me importaban.

—Déjalo. O trabaja desde casa. Inicia tu propio negocio. Trabaja a tiempo parcial. Puedes hacer lo que quieras, Lucy. Cualquier cosa. Cuando seas mi esposa, serás rica, *kotyonok*. Serás dueña de la mitad de todo. Así que no dejes que el dinero influya en tu decisión.

Sus párpados caen de esa manera a la que me he vuelto adicto. Esa mirada cuando puedo sentir que se siente amada.

—No recuerdo que me hayas pedido matrimonio. —Una sonrisa traviesa se dibuja en sus suaves labios.

Chasqueo la lengua.

—Te dije que no me conformaría con medias tintas. Te vas a casar conmigo, Lucy Lawrence. No finjas que no.

Ella se ríe.

—¿Es esta tu propuesta?

Niego con la cabeza.

—No. El anillo aún está por llegar.

Estoy haciendo fabricar un anillo precioso a medida. Es un trío de diamantes rosados. Elegante y con clase, como ella. Se supone que estará listo la semana que viene.

—Pero te advierto que no será una propuesta. Lo hecho, hecho está. Ya eres mía.

—Esto no es muy romántico, Ravil.

—Nunca quisiste romance, gatita. Quisiste ser conquistada. —Tomo su mano y beso el dorso.

Los párpados vuelven a caer.

—Solo de la manera en que tú conquistas.

Mi pecho se calienta y mi polla se endurece, pero antes de que pueda devorar a mi futura esposa, la puerta se abre de golpe y los chicos entran en tropel, hablando demasiado alto y oliendo a alcohol.

—Hola, chicos —los saluda Lucy.

—Y si quieres que eche a estos cabrones, considéralo hecho —digo, señalándolos con el pulgar irritado.

—De ninguna manera. Me encanta la vida en comunidad. Es entretenido —sonríe—. Además, tendremos muchas niñeras cuando llegue Benjamin.

Pavel gime. Dima parece un ciervo deslumbrado por los faros. Oleg, por supuesto, no muestra…

—¡Oleg! —exclamo—. ¿Es eso pintalabios en tu cuello?

—Sí —ronronea Nikolai—. Hemos ido a ver a su novia en su discoteca.

Oleg le golpea con el dorso de la mano, un golpe que no pretende ser fuerte, pero hace que Nikolai se tambalee. Finge jadear y se encorva como si no pudiera respirar.

—No tan fuerte, imbécil.

Lucy se sienta más erguida.

—Oleg, ¿tienes novia?

Su expresión se vuelve tormentosa.

Ahora estoy aún más interesado. Es raro ver cualquier reacción en él.

—Aún no ha cerrado el trato —le confía Dima a Lucy en tono conspirativo—. Pero si se lo pidiera, ella diría que *sí*, seguro. Literalmente se le echa encima durante su espectáculo.

Oleg frunce el ceño y, con un nudo en el estómago, me doy cuenta de su dilema. Pide tan poco que a veces minimizamos su discapacidad real. Con nosotros, al menos puede escribir o enviar mensajes si necesita comunicar algo. Pero aunque pueda entenderlo, no escribe en inglés. Pedirle una cita a una chica sería imposible.

—Bueno, ¿y por qué coño no le habéis ayudado con eso? —exijo.

Dima parece sorprendido. Mira a Nikolai buscando apoyo.

—¿Porque no quería que me rompiera el cráneo?

Oleg asiente, como si efectivamente hubiera roto cráneos.

—Iré contigo la próxima vez —le prometo a Oleg, pero él sacude la cabeza.

—¿Ves? —protesta Dima—. No quiere ayuda. Definitivamente habría intervenido si la quisiera.

—Hmm —me guardo esa información. Definitivamente iré la próxima vez para ver qué está pasando.

La puerta se abre de nuevo y Maxim entra con una mujer pelirroja.

—¡Maxim! —exclama Lucy.

—He vuelto —dice Maxim. Está vestido con traje, pero arrugado, y parece cansado—. Con mi reticente novia. Conoced a la hija de Igor, Sasha.

Sasha sacude su pelo rojo con un resoplido. La he visto antes, pero solo un par de veces. La princesa de la *mafiya* es hermosa, pero joven. Y a juzgar por el agarre que Maxim tiene en su codo, es difícil de manejar.

—¿*Ella* fue su regalo de despedida para ti? —se burla Nikolai, y Maxim le lanza una mirada que podría matar mientras la conduce hacia su dormitorio.

—No sale de este ático —dice Maxim por encima del hombro—. No sin escolta —desaparecen en su habitación y cierra la puerta.

Por un momento, todos nos miramos asimilando la situación de matrimonio concertado que acaba de caer en nuestras vidas. Luego me levanto y ayudo a Lucy a levantarse del sofá.

—Me encantaría hacer conjeturas con vosotros, pero *mi* futura esposa parece cansada —*y estoy listo para otra ronda con ella*.

—*Spokoynoy nochi* —dice Lucy, todavía practicando su ruso.

—Buenas noches, Lucy —corean Dima y Nikolai.

—Buenas noches —grita Pavel hacia nuestras espaldas.

—Dime que esa chica no es otra prisionera —dice Lucy cuando entramos en el dormitorio. Le quito la parte de arriba del pijama mientras la guío hacia la cama.

—Solo sería por su propia seguridad —juro—. Esa habría sido la razón por la que Igor la emparejó con Maxim. Es una combinación brillante, en realidad. Necesitaba que Maxim la sacara de Rusia y la alejara de los tigres que compiten por su poder y su riqueza.

—¿Y qué hay del amor? —pregunta Lucy.

Sostengo la parte posterior de su cabeza y la beso antes de que sus rodillas toquen la cama. —La conquista. ¿No era eso lo preferible? Maxim la conquistará. Y ella lo conquistará a él. Y entonces llegará el amor. Igual que con nosotros, ¿no?

Sus párpados caen pesadamente.

Aparto las sábanas y la acuesto en la cama. —Te amo, *kotyonok*. Mi feroz y salvaje leona. —Me tumbo a su lado.

—Te amo, Ravil Baranov. Y sí, me casaré contigo.

Extiendo la mano para apagar la luz. —No te lo estaba preguntando.

Su risa es ronca y plena. —Lo sé. Estás reclamando. —Me besa el pecho y luego apoya su cabeza sobre él—. Ya has conquistado.

Fin

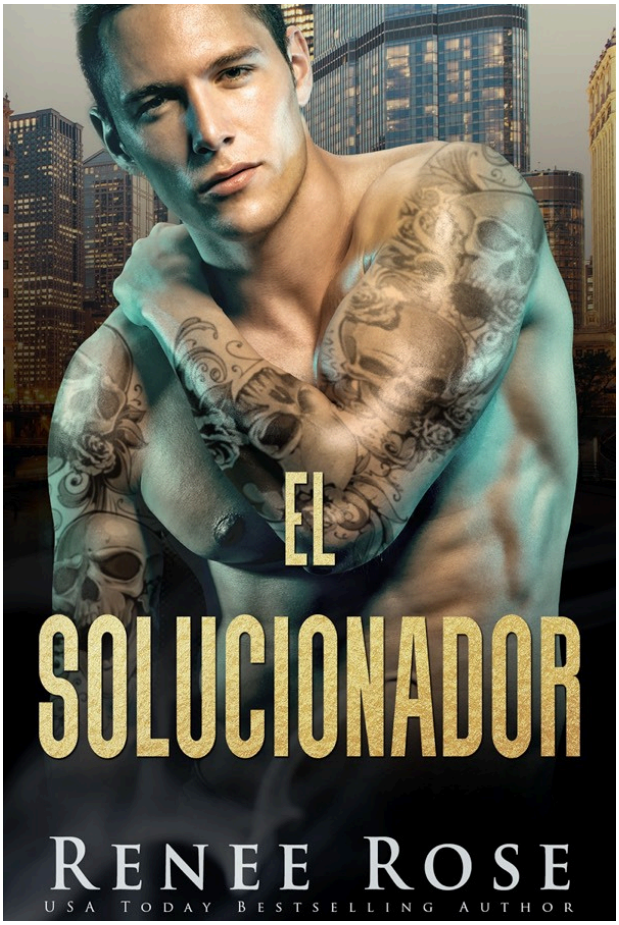
No incluí el nacimiento de Benjamin en este libro, ya que el Libro 3 – *El solucionador* comienza justo donde termina este. ¡Sin embargo, lo escribí! Para leer el epílogo extra sobre el nacimiento de Benjamin, únete a mi boletín. Obtendrás acceso a todos los materiales adicionales así como libros gratuitos.

https://www.subscribepage.com/reneerose_es

Gracias por leer . Si te ha gustado, agradecería muchísimo tu reseña: marcan una gran diferencia para autores independientes como yo.

¿QUIERES MÁS?

Lee el siguiente libro de la serie *Chicago Bratva*, ***El solucionador***



POSEÍDA POR HOMBRE AL QUE TRAICIONÉ

Hace seis años, dije una mentira que cambió la vida de un hombre.

Mi padre lo desterró de su célula de la Bratva. Del país.

Ahora ha vuelto para quedarse con mi herencia. Mi vida. No mediante un asesinato, sino a través del matrimonio.

Y fue mi propio padre quien lo arregló.

Maxim cree que puede someterme a su voluntad. Cree que tiene el control.

Una vez lo quise, y me rechazó. No volveré a caer.

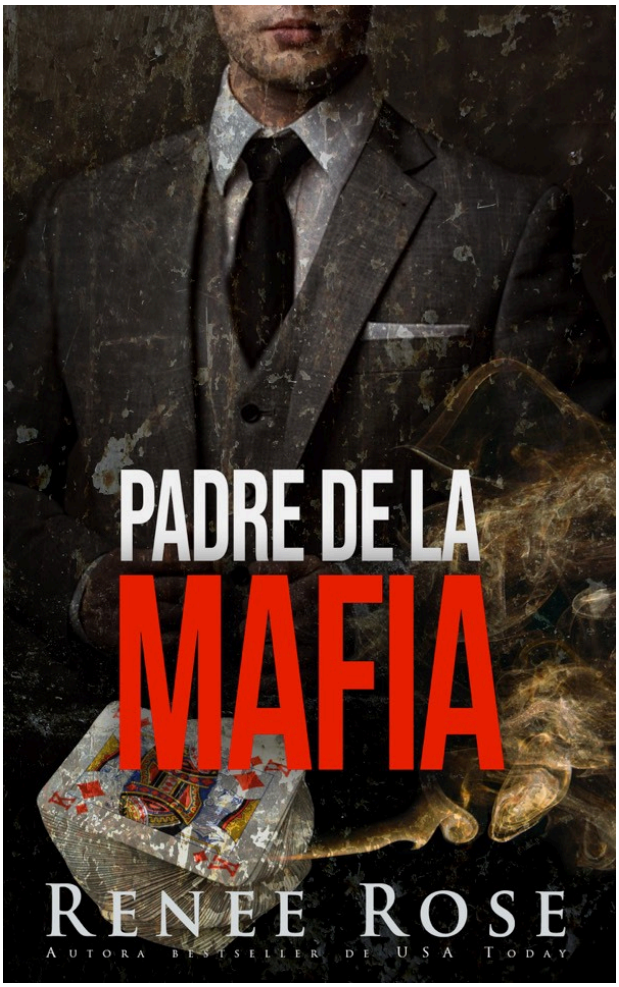
No pienso ceder.

Ni siquiera cuando me hace temblar de deseo…

El solucionador

LIBRO GRATIS DE RENEE ROSE

Quiere un libro gratis de Renee Rose? Suscríbete a mi newsletter para recibir ***Padre de la mafia*** y otro contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos. https://BookHip.com/NCVKLK


PADRE DE LA
MAFIA
RENEE ROSE
AUTORA BESTSELLER DE USA TODAY

OTROS LIBROS DE RENEE ROSE

Vegas Clandestina

Rey de diamantes

Padre de la mafia

Sota de picas

As de corazones

El comodín del Loco

Su reina de tréboles

La mano del muerto

El comodín

Serie Chicago Bratva

Preludio

El director

El solucionador

Poseída

El ejecutor

El soldado

El hacker

El corredor

El limpiador

El jugador

El guardián

Secundaria Wolf Ridge

Alfa Bravucón

El caballero alfa

Alfa-nastro

Alfas peligrosos

La tentación del alfa

El peligro del alfa

El premio del alfa

El reto del alfa

La obsesión del alfa

El deseo del alfa

La guerra del alfa

La misión del alfa

El tormento del alfa

El secreto de alfa

La presa del alfa

La sangre del alfa

El sol del alfa

La luna del alfa

El juramento del alfa

La venganza del alfa

El fuego del alfa

El rescate del alfa

Hombres lobo de Wall Street

Un Gran Jefe Malvado: Medianoche

Un Gran Jefe Malvado: Lunático

Un Gran Jefe Malvado: Marcada

Un Gran Jefe Malvado: Su pareja

Osos malvados

El reclamo del alfa

Alfa de Montaña

Héroe

Rebelde

Guerrero

Rancho Wolf

Áspero

Salvaje

Feroz

Rudo

Indomable

Implacable

Instintivo

Vigoroso

Dos Marcas

Rebelde - GRATIS

Tentada

Deseada

Seducida

SOBRE RENEE ROSE

RENÉE ROSE, LA AUTORA BESTSELLER EN USA TODAY, ama los héroes dominantes, ¡los machos alfa que saben hablar sucio! Ha vendido más de un millón de copias de tórridas novelas románticas con diferentes niveles de sexo no convencional. Sus libros han sido presentados en el Happily Ever After de USA Today y en Popsugar. Nombrada en el Eroticon de los Estados Unidos como la Próxima Autora Erótica Top en 2013, ha ganado también como Autora Preferida en Ciencia Ficción y Antología Valiente y Atrevida y con la mejor novela romántica histórica en The Romance Reviews. Figuró catorce veces en la lista de USA Today con su serie Rancho Wolf y varias antologías.

**Suscríbete a mi newsletter para recibir contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos lanzamientos en Español.

https://www.subscribepage.com/reneerose_es

